TATO YOUNG

LOS HORRIBLES

DE GALIMBERTI A ANGELICI
OPERADORES, ESPÍAS Y OTRAS MISERIAS DE LA POLÍTICA Y EL PERIODISMO

Espejo de la Argentina Planeta

Los horribles

Los horribles

Tato Young

De Galimberti a Angelici. Operadores, espías y otras miserias de la política y el periodismo

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Los horribles

Young, Gerardo
Los horribles / Gerardo Young. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2019.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-6834-4
1. Investigación Periodística. 2. Política. I. Título.
CDD 070.44932

© 2019, Gerardo Matías Young

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Fotografía del autor: Lucas Perez Alonso

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: septiembre de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6834-4

1.

Habían pasado dos semanas desde la asunción de Mauricio Macri cuando Patricio entró a la Rond Point y lo vio al Tano en toda su dimensión. Había ocupado dos de las mesas más alejadas de la puerta y estaba ensimismado y solo, aunque a pocos metros de distancia se hacían los distraídos dos de sus custodios, que tomaban café con el delicado cuidado de damas inglesas. El Tano y Rond Point estaban unidos por una historia y un hombre en común. Sobre avenida Figueroa Alcorta, a metros del edificio de la televisión pública, la confitería había sido sede tertulias y desfile de gateríos desde hacía veinte o treinta años, pero se resistía al paso del tiempo y a los cambios de hábitos de la noche de la lujuria vip. Había sido en ese mismo lugar, entre espejos y vidrios espejados, donde Macri había saltado del mundo privado al público unos años antes. Tal vez por eso el Tano la usaba ocasionalmente como oficina, tal era su devoción por el nuevo presidente. ¿Qué hacía allí, casi en soledad, observando una pila de papeles, marcando con una lapicera algo que la distancia no permitía adivinar? Patricio, por supuesto, era uno de los de su raza. Y no pudo con su curiosidad. Aunque había ido hasta allí para juntarse con uno de sus contactos, sus piernas lo arrastraron directo hasta la doble mesa del Tano. Lo interrumpió y se pusieron a conversar de trivialidades, hasta que el Tano le contó lo que hacía. La pila de papeles era un listado con los distintos organigramas del nuevo gobierno o más bien de los nuevos gobiernos, porque su amigo el presidente no solo había ganado el poder central de la Nación sino también a la poderosa provincia de Buenos Aires y aún conservaba la ciudad. Las planillas describirían cada uno de los muchos puestos disponibles. Ministerios, secretarías de Estado, departamentos, organismos descentralizados, autárquicos, puestos de todo tipo y color a lo largo y ancho de un Estado gigantesco y de pronto regalado para los cazadores. “Tenemos que completar miles de cargos”, dijo el Tano. “Y adiviná quién va a llenar estos casilleros.”

Aquello que estaba viendo Patricio, y que escribió luego en sus borradores, era mucho más que un hombre llenando casilleros. Estaba viéndolo al Tano Angelici. Y el Tano Angelici, supuesto abogado, supuesto tantas cosas, era en realidad una política de Estado.

2.

Ya iremos conociendo al Tano, ya lo iremos viendo. Tanto como él no quisiera. Pero vamos a empezar por Patricio.

¿Quién es Patricio?

¿Por qué él?

Patricio será, a partir de ahora, la puerta de entrada y nuestro anfitrión en un universo que opera en las sombras y que decide mucho de nuestro destino. Se encargará de guiarnos por los pasillos de su historia y la de un país que construye su trama en confiterías pasadas de moda, en los lobbys de los hoteles, en departamentos tapiados o en oficinas públicas, pero siempre a espaldas de la afición masiva por lo visible y efímero.

Su historia nos llevará hacia atrás, inevitablemente. Hacia los orígenes de la Argentina democrática y todavía antes. ¿Argentina democrática, dijimos? Bueno, de eso también hablaremos con Patricio. Pero para ponerle un punto de inicio a este relato no es necesario ir tan lejos. Apenas al pasado reciente, a los inicios del gobierno de Mauricio Macri, cuando Patricio me comentó como al pasar su encuentro con el Tano Angelici. Porque para los hombres como él, todo eso es *al pasar*. Escenas de sus vidas complejas, pequeños instantes que no pretenden interpretar ni observar porque forman parte de lo cotidiano que los transporta de un lugar a otro. Solo que esta vez lo trivial estaba por ponerse en duda. Esta vez Patricio había decidido detenerlo.

3.

Nos habíamos citado donde solíamos hacerlo en ese último tiempo. En el restorán de un hotel seis estrellas del centro, frente a un ventanal que se abría hacia una galería de baldosas soleadas y un enorme jardín que se extendía en leve caída hacia el final de un terreno cubierto de césped brasilero y rodeado de flores y palos borrachos, en una armonía que revelaba, una vez más, la obsesión de los seres urbanos por el orden. Patricio me recibió con el abrazo y los dos besos que daba, uno en cada mejilla, a sus invitados de confianza. Vestía un saco oscuro impecable y una camisa lisa de tono salmón. Un pañuelo en el bolsillo superior del saco le hacía juego con la camisa.

Aunque llevaba viéndolo desde hacía veinte años, siempre era un misterio saber con qué clase de Patricio iba a encontrarme. Lo había visto de todas las formas posibles. Sombrío a veces, la mayoría alegre, en algunas ocasiones mendigando pena, otras eufórico, casi siempre exuberante en sus estados de ánimo. Esta vez, vaya rareza, Patricio estaba apagado. Nos sentamos en su mesa de siempre y, como enseña nuestro oficio, dediqué los primeros minutos a observarlo. Su elegancia era la de su última etapa. También sus dientes impecables, que yo sabía refaccionados. Las uñas y las manos cuidadas como si fuera un actor de cine. Pero había algo en su mirada, en sus movimientos especialmente lentos, en su forzado entusiasmo. Sus sonrisas iniciales parecían actuadas. Ni siquiera llamó al mozo para encargarle comida o algo para tomar. Simplemente se sentó y miró hacia la mesa, como ausente o ensimismado. Era Patricio, claro, pero era como si lo hubieran desenchufado del motor que lo había convertido en uno de los tipos imprescindibles del tejido invisible del poder.

–¿Estás bien?

Patricio hizo un silencio largo, tosco y dramático, y entonces soltó lo que quería contarme.

–Hasta acá llegué, compañero.

Empilchado con miles de dólares, con un reloj que debía costar un departamento de dos ambientes, sentado en un territorio solo apto para ricos, Patricio ofrecía una escena que parecía sacada de un melodrama de segunda categoría o de una copia de serie yanqui. Visto seriamente, no parecía un hombre ni abatido ni a punto del derrumbe; apenas alguien con un muy mal día. O tal vez estaba actuando, como tantas veces lo había hecho. Decidí, por cortesía, seguirle la corriente. Puse mi mejor cara de preocupación, le regalé mi atento silencio.

Según me dijo, llevaba demasiados años viviendo altos niveles de estrés y sentía que había llegado el momento de tomarse la vida con más tranquilidad. A todos nos llega, agregó. Al parecer, su salud no era la mejor (sufría hipertensión y soportaba altos niveles de colesterol) y había ganado lo suficiente para disfrutar el tiempo que le quedaba en pie. Ya tenía más de sesenta años y quién sabe cuántos millones ahorrados por ahí. Había que pensar en otros horizontes, en otro modo de vida.

Patricio, la principal fuente de información que yo jamás había tenido, ese hombre al que creía infalible, que había transitado por décadas los pasillos de la información, finalmente había decidido retirarse.

¿Qué iba a hacer ahora? Para empezar, tenía ganas de terminar de escribir su libro de memorias.

Así lo dijo: un libro de memorias.

La noticia me dejó helado. No tenía ni la menor idea de que estuviera trabajando en un libro, mucho menos que fueran sus "memorias" ni que estuviera por terminarlo. Patricio no era un político en el ocaso ni una persona conocida, es decir, no era un viejo actor o un deportista retirado que se decidía a narrar lo que su público esperaba. Pero el libro estaba bien encaminado, me dijo. Es más: muy bien encaminado. Se lo había encargado a un periodista al que le venía relatando desde hacía meses los tramos más importantes de su historia. Ya que estábamos allí sentados, le parecía oportuno preguntarme si yo podía habilitarle algún contacto con la editorial que publicaba mis libros, Planeta.

–¿Y qué vas a contar?

–Todo.

–¿Te volviste loco?

La conversación empezó a incomodarme y a extenderse. Por suerte al rato llegó el mozo, encargamos lo de siempre (milanesa de bife de chorizo y ensaladas) y compartimos una botella de vino (Malbec). Con Patricio se podía conversar antes y después de las comidas, pero nunca durante. Con él, cuando se comía solo se comía, en silencio y disfrutando de cada bocado. Aproveché esos minutos para pensar en lo que podía contener un libro de Patricio. Su historia personal, seguramente. Después de más veinticinco años de periodista, había aprendido que todos los actores del poder, incluso los invisibles, acaban por desear hablar de ellos mismos. Lo había visto en los personajes más sigilosos. En espías de seudónimos imposibles, en hombres y mujeres de supuesta entrega total al ostracismo. Al final, todos se rendían a la emoción de sus nombres en boca de todos. Pero lo importante, en este caso, no iba a ser la historia personal de Patricio, sino su influencia en la vida de otros. En la nuestra. En la de todos.

Al terminar de comer volvimos a la charla y evité el tema del libro. Lo esquivé, realmente. Tal vez me haya molestado que le estuviera relatando

todo aquello a otro periodista. Tal vez hubiese esperado que me dijera el nombre de su escritor fantasma. Le pregunté por su novia del momento, hablamos de política, conversamos un rato sobre los temas de agenda. Yo ya quería estar en otro sitio. Rechacé la copa de limoncello con la que Patricio cerraba sus almuerzos y me levanté para irme. Cuando nos despedíamos recordé el motivo que me había llevado hasta allí. Precisaba que me hiciera de puente con un juez federal que se negaba a atenderme. Un juez de los más turbios, al que yo quería consultar para un libro que estaba escribiendo sobre la Justicia Federal.

–Olvidate –me dijo–. Es amigo mío de toda la vida. Ahora también es amigo tuyo.

4.

La idea de un libro escrito por Patricio me parecía inverosímil. Dos semanas después de su anuncio, me envió un mensaje por Telegram para que fuera a verlo, otra vez, al mismo lugar. Telegram era desde hacía tiempo la manera de comunicarse de los hombres sigilosos. Se sabía que todas las redes sociales eran vidrieras abiertas a los curiosos, pero se suponía que Telegram era más protegida y difícil de vulnerar. En el mensaje, me adelantó que quería mostrarme sus primeros borradores. Quería conocer mi opinión sobre su libro.

Y acá estamos.

Me recibe, una vez más, en la galería del hotel seis estrellas, pero ahora de noche. Cenamos las milanesas de bife de chorizo, tomamos vino del bueno. Los hombres como él son animales de costumbres. Los mismos lugares, la repetición como modelo de lo cotidiano. En un mundo tan alocado e imprevisible, esos pequeños rituales parecen darle cierto orden. ¿No es ese, también, el fin de la escritura? ¿Darle orden al caos?

Lo primero que hago es agradecerle el contacto con su juez amigo, luego conversamos sobre un personaje sobre el que yo estaba escribiendo, intercambiamos opiniones sobre el rumbo del país, comentamos los programas de televisión del momento, finalmente callamos un largo rato. Hace tiempo aprendí a no preguntar demasiado. Contra lo que enseñan en las escuelas de periodismo, la experiencia me ha demostrado que frente a una fuente ya declarada como fuente, lo mejor es mantenerse en silencio y esperar. Es asombroso el poder de la escucha. Provoca vacíos que hay que llenar y en esos huecos de tiempo es donde ocurre lo inesperado. Patricio había sido, desde siempre, alguien incómodo con esos momentos, así que se levanta de pronto y me pide que lo acompañe a fumar un puro. Es su rutina. Comida en el restorán; un puro para la sobremesa.

El salón para fumadores se ubica en el entrepiso del hotel, también con una espléndida vista al jardín, ahora iluminado, pero desde una perspectiva todavía más espectacular. El salón consiste en un living enorme repleto de juegos de sillones que conforman siete u ocho rincones más o menos íntimos y separados unos de otros, a una distancia prudente para evitar interferencias y generar cierto ámbito de privacidad. La iluminación ayuda, por cierto. Cada rinconcito tiene sus propios focos, aislando los espacios, lo que genera la sensación de que nada hay por fuera de cada juego de sillones. Nos sentamos uno frente al otro. Patricio prende su cigarro y arroja el humo hacia el techo. Lo miro y me asombro de ver

cómo ha cambiado con los años. Poco queda del primer hombre al que conocí veinte años atrás en la confitería del Oso o de aquel que se me apareció una tarde por la redacción del diario, cuando yo era todavía un joven redactor de diario. Patricio mantiene esa manera de hablar desordenada, cierta vaguedad en sus expresiones, pero ahora es alguien definitivamente seguro de sí mismo y cercano a la calma. Tal vez, finalmente, después de tanto buscarlo, se está empezando a parecer a sus ídolos de los western, esos vaqueros representados por John Wayne o Clint Eastwood a los que había visto mil veces en las películas de John Ford, Howard Hawks o Sergio Leone, aunque lo más sensato sería decir que, por varias razones, se parecía más bien a los enemigos de John Wayne y Clint Eastwood.

Con un gesto actuado, la mano izquierda haciendo un círculo invisible en el aire, Patricio llama a uno de los mozos que, supongo, debe estar esperando su señal. El mozo se acerca y le entrega una carpeta negra bien gruesa y pesada. Allí están los apuntes. El libro casi terminado de Patricio.

5.

Se preguntarán por la primera persona. Por qué meterme de lleno en el relato. Para empezar, porque voy a contarles sobre cierto tipo de informantes con los que solemos trabajar los periodistas para acceder a las historias que se esconden detrás de los hechos que solemos relatar con demasiada velocidad. O con los que solíamos hacerlo, ya que mucho ha cambiado en los últimos años. Patricio era uno de esos informantes, el mejor de los míos. Los hay a montones. Lobbystas, operadores políticos, traficantes de información sensible, suelen ser las manos ocultas de muchas de las acciones que luego vemos cuando están frente a nosotros como hechos consumados.

Alguna vez le pregunté a Patricio cómo podía definir su trabajo.

–Yo llevo y traigo. Conecto gente. Ayudo. Arreglo cosas.

Llevar y traer. O traer para llevar. La política y los tribunales están repletos de esos hombres y mujeres que comercializan información y conectan gente. Suelen atender en confiterías, en hoteles, incluso en estacionamientos, pero muy rara vez en alguna oficina. No tienen domicilios fijos, porque todo debe ser efímero, menos el resultado de lo que buscan.

Al primero que traté fue a uno de los jefes temporarios que tuvo Patricio. El Oso, le decían. Ya no recuerdo quién me lo presentó, pero sé que fue mi puerta de entrada a ese mundo al que vamos a asomarnos. El Oso debía medir cerca de dos metros y un pesaje que no debía bajar de los ciento treinta kilos o más. Sus manos eran como patios, la espalda era la más ancha del mundo y parecía salirse de las camisas que llevaba ajustadas a su corpulenta figura. Daba miedo imaginárselo enojado, pero El Oso siempre se mostraba alegre, al menos conmigo y en su territorio, La Ópera, una confitería decadente de Corrientes y Callao, que había sido una vieja pizzería a la que intentaron modernizar sobrecargando su techo con luces dicroicas incrustadas en el durlock. El Oso ocupaba siempre una de las mesas del fondo y se posicionaba, como un zaguero central, para poder ver desde allí todos los movimientos de La Ópera. Era como si esperara la llegada de la policía o de la mismísima muerte, cosa que estaba ocurriendo. Eran los años noventa, gobernaba el menemismo, y El Oso atendía un teléfono móvil del tamaño de un ladrillo, uno de los primeros de su tiempo. Me habían sugerido hablar con él por una serie de incidentes en el puerto de Buenos Aires. El gremio de los portuarios se oponía a la instalación de un casino en un barco flotante y llevaban más de una

semana bloqueando los accesos al barco. Ante la amenaza latente de una represión policial, los portuarios levantaban pancartas en contra de la ludopatía y juraban resistencia. El Oso, me habían dicho, era el que lideraba la protesta de los portuarios, aunque su única vinculación con los portuarios era su origen marplatense, de cara al mar. En su puta vida había trabajado en el puerto.

–El problema es la caja –me explicó El Oso. Los dueños del casino querían registrar a los empleados como lo que eran, esto es, empleados del negocio del juego. Pero el gremio de los portuarios los quería registrados como trabajadores propios. Daba lo mismo si tiraban dados o si cargaban bolsas, lo importante, para el gremio, era que su trabajo transcurría entre amarras y olores a río, combustible y mugre. Eso debía bastar para convertirlos en portuarios y así apoderarse de sus aportes gremiales, que sumaban una buena cantidad de plata.

Supongo, porque la memoria es algo vaga, que la primera charla con El Oso ayudó a iluminar en algo las crónicas que yo escribía para el diario *Clarín* sobre aquel conflicto. Por supuesto, mi compromiso era no citarlo como fuente ni vincularlo a los incidentes que derivaron en un choque violento entre la Prefectura y los sindicalistas, para luego llegar a un arreglo económico con el casino que dejó más o menos conformes a los portuarios. Para mí fue apenas una anécdota. Esa primera reunión devino en otras, muchas otras, por varios años, y acabé por conocer, como se puede conocer a una fuente como El Oso, ese gigantón que desde el fondo de un bar parecía ser un fabricante de historias más o menos reales.

El Oso me iba a llevar a muchos otros como él, que a su vez me llevarían a otros más. La lista iba a ser larga, como iremos viendo. El Coti Nosiglia, Galimberti, el Señor Javier, el Tano Angelici... Y, por supuesto, Patricio.

6.

En los años noventa las redacciones de los diarios no eran lo que son ahora. Muchos periodistas todavía trabajaban en máquinas de escribir y solo los más jóvenes escribíamos de corrido en las computadoras de escritorio. El tránsito entre la vieja maquinaria del siglo XX y el futuro era todavía tortuoso, casi para todos. El diario *Clarín*, donde yo trabajaba, se cerraba a medianoche y se imprimía en los talleres del subsuelo del edificio, donde veteranos artesanos pegaban titulares impresos sobre planchas de papel de topografía, que iban a encajar luego sobre las planas de periódicos que iban a reproducirse en las rotativas. Los periodistas más novatos solíamos ser los últimos en revisar esas planchas, que a veces ofrecían errores grotescos como letra cursiva en medio de un relato o fotos fuera de cuadro, que había que acomodar sobre la marcha, reemplazándolas por otras imágenes producidas a los apurones por máquinas de fotocomposición, entre gritos de histeria de los viejos y rudos empleados gráficos. Yo había empezado a trabajar como periodista profesional en el *Diario Popular*, entrevistando a caciques sindicales de la zona sur de la Provincia, para más tarde entrar a la redacción de *Clarín*, la más grande e importante del país. Era fascinante y a la vez aterrador ingresar al tercer piso de la calle Tacuarí, en Barracas, una redacción de más de cuatrocientos periodistas que contaba entre ellos a muchos de los más notables del país y a algunas glorias de la escuela de la bohemia, como Jorge Goettling, Emilio Petcoff, El Turco Sdrech, El Pajarito García Lupo, Landrú o Menchi Sábat. Contra lo que puede esperarse hoy de los jóvenes, nuestra generación no se maravillaba con lo nuevo, con lo incipiente, sino que abrazaba y admiraba a sus ídolos pasados y presentes. Por lo tanto también nosotros nos resistíamos a los cambios que se estaban gestando. No queríamos soltar a lo que tanto que admirábamos. Supongo que respondía a la fascinación que sentíamos por aquellos que habían sorteado los violentos años setenta y vivían para contarlo. Para estar a su altura, debíamos esforzarnos mucho. Los jovencitos éramos ignorantes, sospechosos de insolvencia intelectual, y debíamos ganarnos un lugar de respeto a fuerza de lecturas y borracheras. Y de crónicas, por supuesto. Solo así íbamos a poder permanecer en la periferia de esos tipos rudos que habían leído más que nosotros, que habían vivido más que nosotros, que habían intentado (aunque sin éxito) cambiar el mundo y todavía se pavoneaban de haber hecho el intento. Visto a la distancia, era un error garrafal que nos detuvo demasiado y nos hizo perder mucho tiempo. Pero

nosotros no queríamos superar o mejorar a nuestros jefes. Solo deseábamos ser como ellos. Veíamos a nuestro tiempo como la herencia del suyo; no como su continuidad. Por eso leíamos lo que ellos leían. A Cortázar, Onetti, Vargas Llosa, más tarde a Saer o a Piglia, antes y después a Hemingway, a Faulkner, tal vez a Mailer. Eran sus libros, pero acabaron siendo los nuestros. Ellos se habían reventado la vida en los años del boom latinoamericano y del ilusionismo revolucionario, pero nosotros no hacíamos más que alimentarnos de sus derrotas y cargábamos como propia la nostalgia de un tiempo que no habíamos vivido y que ni siquiera había sido como nos lo contaban. También les copiábamos la música; también el cine. Y sus formas, y sus métodos, y sus noches. Al cierre de cada edición, nuestros maestros (eran jefes, pero sobre todo maestros) nos guiaban hacia la trasnoche, el escenario donde escuchábamos los relatos de un pasado que se les había escapado, camuflando su tristeza con encuentros épicos con la casi muerte y otras tonterías. Los veo, todavía. Con sus puchos en la boca, tambaleando anécdotas, dibujando mundos con palabras, desesperados por ocultar su soledad, generosos y con un corazón de titanes.

Como casi todos en aquel tiempo, empecé por trabajar en la sección Policiales. Era la puerta de entrada al periodismo. Debíamos aprender a contar historias y la crónica policial ofrecía como ningún otro género la posibilidad de narrar un hecho sin nada más que eso, hechos. Mi caso era el de muchos. Llegaba a la redacción después del mediodía con la certeza de que cada día era un enigma. Mi jefe podía ser el mismo con el que me había emborrachado la noche previa, pero ese día era un mundo nuevo y me esperaba con cara adusta y firme para darme órdenes precisas e irrefutables. Me entregaba un cable de noticias impreso, donde se señalaba el acontecimiento que debía cubrir. Podía ser cualquier cosa. Un incendio en una fábrica de colchones en Avellaneda. El hallazgo de un cadáver descuartizado en un baldío de Tigre. El asalto a un camión blindado reventado a fuerza de fusiles en Florencio Varela. Con la primera información en el bolsillo, subíamos junto al fotógrafo de turno a uno de los Renault 12 de la flota de choferes del diario y partíamos a la incertidumbre. En el destino nos esperaba el revuelo de vecinos, la soberbia de los policías a cargo del operativo, los primeros testimonios sobre hechos todavía calientes. En mi anotador siempre incomprensible (incluso para mí) tomaba apuntes y empezaba a preparar la crónica de cada vez, que terminaba de escribir sobre las nueve o diez de la noche, envuelto en una redacción repleta de humo de cigarrillos y otras crónicas, diagramadores que cambiaban páginas a cada rato, fotógrafos que mostraban sus trabajos recién revelados en busca de más espacio para sus imágenes. Hasta allí los jefes eran los dueños absolutos de nuestros trabajos. Administrando con paciencia la histeria natural de los cierres, nos

tachaban los adjetivos, que eran cosa de los editorialistas, nos anulaban de cuajo los párrafos que no tenían información, nos ponían el título y nos mandaban a escribir todo de vuelta si no les gustaba lo que habíamos hecho. Así era cada vez. Así, hasta ganarse una sonrisa y la autorización para firmar la nota al pie, el equivalente a la consagración misma de una hazaña.

En ese mundo en el que crecimos, las crónicas nacían de nuestra presencia en el lugar de los hechos, de nuestra propia experiencia en cada uno de esos lugares. Había un famoso cronista polaco, Ryszard Kapuściński, gran narrador de las guerras y masacres en África del siglo XX, que para nosotros era el gran maestro al que aspirábamos y que resumía sus enseñanzas con cinco palabras o acciones a seguir: estar, ver, oír, compartir y pensar. Los cinco sentidos del periodista, los llamaba. No era más que un método para la realización de nuestro trabajo. Lo que veíamos, lo que escuchábamos, lo que recogíamos de los lugares de los hechos para después poder cotejarlo, observarlo, y finalmente poder reflexionar sobre lo que ocurría frente a nuestras narices.

Para la construcción de esas crónicas necesitábamos de las fuentes. Las fuentes de información. Aquellos que habían estado en el momento indicado y en el lugar indicado. Aquellos que habían visto y oído por nosotros.

Las fuentes.

Nuestros puentes con lo desconocido.

Nuestra materia prima.

Nuestro todo.

Hacia ellos vamos.

7.

¿Es posible que Patricio cuente su propia historia?

Por supuesto que parece algo imposible.

Al menos, si piensa contar la pura verdad.

El tiempo presente es el suyo. El de Patricio en su duda. El de Patricio coqueteando con su clausura.

Estamos sentados en el salón fumador del hotel seis estrellas. A través del enorme ventanal del entrepiso se puede ver el parque, en caída hacia el fondo del terreno. Hay luces clavadas sobre el césped, distribuidas en sitios estratégicos, que permiten iluminar trazos brillantes sobre el pasto, amplificar algunas flores de los canteros y agigantar los troncos de los árboles, generando una extraña sensación onírica, como si el parque estuviera allí pero no del todo, como si aquello fuera un mero artificio.

El mozo ya nos acercó la carpeta negra que contiene las hojas impresas. Patricio me dice que lleva meses contando su historia al periodista que lo ayuda con la redacción. Supongo que espera que le pregunte por ese periodista, pero no pienso darle el gusto. Si es un escritor fantasma, que lo sea para mí también. ¿Si me hubiera gustado ser yo el elegido? Tal vez, pero también sé que habría rechazado la oferta. No se puede estar en todas partes al mismo tiempo. Las fuentes son solo eso, fuentes. Escribir un libro para Patricio sería trabajar para él y eso no estaba en mis planes. Prefiero, me digo y me repito, prefiero mantener la prudente distancia que me ha llevado hasta aquí, observándolo mientras fuma su habano, cerca pero lejos. Al fin y al cabo tengo en mis manos una carpeta repleta de hojas que podré leer hasta que él me diga basta. Eso nos han enseñado nuestros maestros: hasta que nos digan basta. En nuestro oficio no hay que pedir permiso sino buscar lo que se desea, siempre, hasta que te detengan. Nuestro límite único es la ley. Así que voy a abrir el sobre y leer todo lo que pueda y quiera, hasta que Patricio me detenga. Por algo estamos aquí. Por algo me ha citado. Ya es hora de ver cuánto está dispuesto a contar. Sobre la vida de otros y sobre la suya. Sobre la mecánica. Sobre el método.

8.

Patricio era de una ciudad del interior de la provincia. Junín o Baradero, según yo recordaba. De una ciudad pujante alrededor del campo y de la industria agropecuaria, hijo de un matrimonio de docentes de escuela pública, seguramente criado en calles de tierra, en barrios plagados de baldíos que se convertían en estadios de fútbol o de campos de guerras de trincheras. Después de terminar el secundario en un colegio público, sabía que Patricio había ingresado al Ejército, como lo hacían muchos de los jóvenes de clase media con aspiraciones, cuando las fuerzas armadas eran todavía un lugar de prestigio y privilegio. De su paso por allí me había ido enterando de a poco, pero nunca pregunté demasiado. Había que ser cautelosos con las fuentes. Algunas eran demasiado sensibles. Sabía que se había retirado tras el colapso de la posdictadura con un cargo bajo de oficial (capitán, según creo recordar), por lo que había pasado la represión como un oficial de poca monta, al que yo prefería imaginar alejado de la maquinaria de aniquilación que habían construido las fuerzas armadas para terminar con la guerrilla y otros tantos. ¿De verdad había sido solo eso, un testigo mudo de los centros de cautiverio y exterminio? Puede que sí o nunca supe nada que lo desmintiera. Conservaba amigos de aquellos años que habían sido artífices de muertes y desapariciones, por lo que no le hubiera costado nada meterse dentro de la escena del crimen. Lo más probable es que fuera lo que decía, es decir, un testigo silencioso. En todo caso, había dejado un lugar del Estado para saltar a otro, ya que a poco de reencausarse la democracia pasó a formar parte de los muchos servicios informales de la Secretaría de Inteligencia de la Presidencia, la SIDE. No lo hizo como un agente de la planta estable, sino como parte de una inmensidad de agentes que operaba para el espionaje oficial desde afuera de su estructura y por encargo para misiones específicas. He escuchado decenas de anécdotas de esos años caóticos. Dos de mis libros han intentado contar la trama histórica de la SIDE, una trama por cierto secreta y por lo tanto difícil de aprehender con certezas. Parte de ese trazado me fue contado por Patricio. Junto a otro grupo de ex militares, integró una célula a las órdenes de un general retirado al que la SIDE le encargaba misiones de lo más diversas, esto es, algunas misiones de importancia para los objetivos de la Inteligencia y otras misiones totalmente absurdas e inútiles. Habitaban un departamento de la calle Cerrito, junto a la 9 de Julio, a metros del obelisco. Durante casi diez años, Patricio y sus compañeros recorrieron muchos de los circuitos más sórdidos y a veces

desopilantes del espionaje argentino. Primero a las órdenes del gobierno radical de Raúl Alfonsín y luego del de Carlos Menem, pintaron paredes con consignas políticas, alimentaron con fondos y armas a grupos sindicales, se infiltraron en organizaciones políticas o sociales para anticiparse a sus acciones o a provocarlas. Eran peligrosos, pero no al punto de matar, o eso creía yo. Se beneficiaron con una tesis que puso en práctica el jefe de la SIDE de Menem, Hugo Anzorreguy, un abogado astuto y de aspecto bonachón, que sostenía que la Secretaría de Inteligencia debía sostener a todos los argentinos de cierto riesgo para la democracia, incluso a los enemigos declarados de la democracia. Era eso o algo peor: tenerlos de enemigos. El plan precisó de una enorme caja de fondos reservados con la que la SIDE solventó a numerosos grupos como el de Patricio, en donde hacían de las suyas desde represores de temible prontuario hasta ladrones de bancos. La unidad de Patricio fue discreta en comparación a otras bandas. Las hubo ladronas, las hubo estafadoras, las hubo también asesinas. De uno de esos grupos salieron las balas que casi paralizan para siempre al dirigente de izquierda Fernando Pino Solanas. Pino acababa de declarar en un juicio por calumnias tras haber acusado a Menem de dirigir a un gobierno repleto de "corruptos, traidores y mafiosos". Menem se había sentido muy ofendido con la acusación y se lo hizo saber a uno de los operadores más letales de su entorno, el empresario Jorge Antonio, quien llevó el mensaje a uno de los grupos satélites de la SIDE. Dos de los colegas de Patricio interceptaron entonces a Pino. En la calle, a metros del Congreso, en medio de una multitud. Le pegaron tres tiros cada uno en las piernas y antes de escapar uno de ellos le alcanzó a advertir: "Si no te callás, la próxima es en la cabeza".

¿Acaso iba a contar Patricio de su paso por esas cuevas?

Envuelto en el humo de su habano, esta noche, en el salón fumador de un hotel seis estrellas, con el parque iluminado de fondo, justo antes de abrir la carpeta con su borrador de libro, se lo pregunto más incrédulo que curioso:

–Patricio, ¿vas a contar todo, absolutamente todo?

9.

Yo seguía escribiendo crónicas policiales y habitaba la trasnoche de Buenos Aires con mis compañeros y maestros de la redacción. Aquellos años han quedado envueltos en la bruma que la memoria suele usar para matizar tiempos de sobresaltos y aprendizajes disruptivos. Recién cuando todas las páginas iban camino a la imprenta, el trabajo en la redacción empezaba a aplacarse y los gestos mutaban y todos juntos salíamos a la noche. Íbamos a cenar a una vieja taberna del Parque Lezama, en San Telmo, o bien a tomar vino o ginebra a alguno de los muchos bares de la zona de Retiro o de la avenida Corrientes, alternando entre varios pero con la prohibición más o menos expresa de ir a la confitería La Paz, que había sido un refugio demasiado conocido del pasado de sueños revolucionarios. Las horas de la noche se alargaban a veces hasta la madrugada. En esas mesas íbamos aprendiendo el oficio. Los periodistas más experimentados dejaban su rol de jefes y nos narraban sus aventuras de tiempos de cronistas, nos invitaban a leer, nos transmitían todo lo que ellos habían aprehendido o lo que creían haber aprehendido. Los jóvenes callábamos, casi siempre. Las sobremesas se llenaban de historias repetidas sobre redacciones que ya no existían y aventuras más o menos ciertas transcurridas por otros personajes igualmente inverosímiles. Nuestro jefe en la redacción era José Alemán, un hombre hosco mientras caminaba entre sus cronistas, que se ablandaba cada noche con una generosidad asombrosa, consejos y empuje. José soñaba con ganarse la lotería y era tan famosa su fe en los números, que cada noche era abordado por cuatro o cinco vendedores de billetes prometedores de milagros. Me parece verlo, todavía, mientras le desplegaban largas cartulinas de colores y números, que él analizaba como si el azar tuviera alguna explicación que pudiera perseguirse y atraparse. También estaba Jorge Aulicino, poeta brillante, de pocas palabras hasta que la noche le bajaba la guardia y nos guiaba a libros incunables y recitados perfectos, a veces en italiano, su segunda lengua. Recuerdo las risas sonoras de Eduardo Sampedro, campeón absoluto en hacer entrar cualquier título a las dimensiones más diversas de columnas y caracteres, que en esos años parecían encorsetar la realidad a su capricho. Al implacable Oscar Spinelli, talento y enojo en igual medida; al sabio Marcelo Moreno, que llevaba paraguas aun en las noches estrelladas; a Ricardo Canaletti con sus relatos de la mafia italiana; y al juguetón Eduardo Van Der Horst, eslabón perdido entre generaciones, rufián de perfecta pluma y corazón enorme. Con ellos y otros fuimos

aprendiendo y desaprendiendo algunos de los misterios del oficio y, sobre todo, a empezar a intuir lo que solo los años iban a terminar por descifrarnos: nuestro oficio era un oficio para contar historias, y esas historias eran casi siempre inalcanzables.

En aquellos años, los más jóvenes creímos descubrir la peligrosa cercanía entre la poesía y los márgenes. El lenguaje de las aguafuertes era de rufianes. Los códigos del amor y de la muerte que clamaban por igual los poetas y el lumpenaje, todavía con tufo de resistencia. En aquellos años supimos, también, que debíamos abandonar los episodios crueles de la tozuda violencia para intentar comprender a los fabricantes de esa violencia, o al menos para señalar a los responsables de no paliar sus consecuencias. Por supuesto, todavía ignorábamos que era demasiado pretenciosa la comprensión de fenómenos que no solo nos excedían, sino que también nos hacían parte de ellos. Ignorábamos sobre todo que estábamos viviendo un tiempo en vías de extinción y que todo aquello estaba cerrándose para dejar lugar a otra cosa. Del poder, desde ya, no sabíamos nada.

10.

Como se sabe, la vida no es una línea recta, sino que suele girar o tomar diagonales inesperadas en cualquier momento. La pregunta, decía un escritor recitado en aquellas noches, es si estás dispuesto a jugar esa vida.

En mi caso, hubo un episodio que cambió todo. Nació como un hecho policial y acabó siendo uno de los acontecimientos políticos más trascendentes del fin de los años noventa. En el verano de 1997, alguien ejecutó y prendió fuego a un fotógrafo de la revista *Noticias*, José Luis Cabezas, en las afueras de Pinamar, en la Costa Atlántica. La noticia impactó en los medios de prensa como un mensaje tenebroso. Las sospechas apuntaron de inmediato hacia un hombre clave del poder, el empresario Alfredo Yabrán, cercano al presidente Menem y a buena parte de su gabinete, que había ampliado su fortuna y su influencia gracias a los favores del Estado. Yo estaba festejando un cumpleaños en City Bell cuando llamaron de la redacción al teléfono fijo del dueño de casa. Me ordenaron viajar de inmediato a Pinamar. Y llevarme mucha ropa. La cosa, me dijeron, iba para largo.

Durante poco más de un año, un grupo de treinta o cuarenta periodistas vivimos fuera de casa, entre Pinamar y Dolores, la ciudad judicial con jurisdicción en la Costa y donde se llevó adelante la investigación y el proceso. Por supuesto, éramos en su mayoría jóvenes e idealistas, cubriendo un hecho que iba a ocupar dos de cada tres tapas de diarios durante un año entero y era apertura obligada de todos los noticieros de la noche en la tele y de todos los programas radiales por las mañanas. Pocas veces antes (y nunca más después) se había concentrado la información vital de un país en un mismo lugar y durante tanto tiempo. Allí fue donde muchos de nosotros vimos por primera vez a Los Horribles en acción. Yabrán era un hombre muy influyente dentro del gobierno de Menem, pero había dividido las aguas dentro del gabinete. Algunos querían culparlo del crimen y otros encubrirlo. A pocos les importaba la verdad. Con el tiempo supimos que a Cabezas lo habían matado cuatro marginales de los barrios aledaños a La Plata, guiados por policías que habían recibido el encargo de parte del aparato de seguridad de Yabrán. Pero hasta que eso estuvo más o menos claro, sufrimos infinidad de presiones y operaciones que intentaban asustarnos (lo lograron) o empujarnos hacia caminos equivocados (casi lo consiguen). Por las noches seguían nuestros autos, de día nos infiltraban agentes de Inteligencia en las salas donde trabajábamos. Los mismos investigadores plantaban pistas falsas, todo el tiempo. Al

principio nos hicieron creer que Cabezas había sido víctima de un ajuste de cuentas de los bajos fondos prostibularios de Mar del Plata. Nos hicieron creer que el fotógrafo aprovechaba sus días de franco para escapar hacia la lujuria de la ciudad feliz y que en su exceso se había envuelto en algún alboroto demasiado peligroso. Allá fuimos entonces, a sumergirnos en las cuevas de luces rojas del puerto, tugurios con olor a pescado y cremas femeninas, donde sonaban discos de Sandro y se bebía hasta el derrumbe. Otra vez la bruma envuelve aquellas noches, donde los periodistas buscábamos verdades mientras las putas solo pretendían sacarnos la plata de nuestros viáticos. Preguntábamos por Cabezas, pero ellas nos mostraban las tetas y las caderas inmensas listas para aguantarse a los marineros que llegaban desde todos los puertos del planeta. Con el tiempo descubrimos que no tenían nada para contarnos, al menos nada que interesara al caso. Era una pista falsa; la primera de muchas.

Así fue durante meses. Perdíamos tiempo y energía detrás de teorías inventadas en las oficinas del poder, que bajaban a tierra entre nosotros a través de operadores disfrazados de policías o de informantes difusos o de periodistas de radios inexistentes. En el terreno mismo del combate, en la arena de la discusión probatoria, sufríamos las embestidas que ocurrían bien arriba, en los palacios y mansiones, donde ministros y secretarios de Estado peleaban por dominar los destinos de un caso del que parecía depender el destino de la patria. A favor o en contra de Yabrán, lanzaban su artillería, toda junta, para contaminar nuestra propia capacidad para discernir. En ese juego de mentiras y verdades a medias chocaban agentes de la SIDE, policías de la Federal, policías de la Bonaerense, prefectos, viejos cuadros de la represión ilegal que ahora trabajaban en la custodia de Yabrán, y hasta la embajada de Estados Unidos, decidida a asestarle a ese sigiloso empresario un tal vez merecido golpe de gracia. ¿Fue durante ese caso cuando lo intuimos por primera vez? ¿Fue allí cuando empezamos a sospechar que la verdad era o es, para muchos, un interés secundario?

De vuelta en la redacción, más de un año más tarde, supe que debía dar un giro a mi carrera. Era tiempo de abandonar las crónicas policiales y sumergirme en ese mundo fascinante y aterrador donde los hechos se subordinaban a los intereses. El mundo donde gobiernan Los Horribles.

En el primero que pensé fue en El Oso.

11.

Según su relato, El Oso había empezado a jugar en las grandes ligas (o lo que eso signifique) como custodio de José Ignacio Rucci, el líder de la CGT desde principios de 1970 hasta su asesinato el 25 de septiembre de 1973. El Oso se jactaba de saber perfectamente lo que había ocurrido con Rucci cuando lo cosieron a balazos en la puerta de su casa de Flores, un asesinato que cambió la historia porque, entre otras cosas, acabó con la ilusión de una unidad del peronismo tras el fin del exilio de su líder. El Oso estaba seguro de que habían sido los Montoneros, aun cuando en esos días casi no se hablaba de eso, pero a la conspiración le sumaba un actor igualmente decisivo: lo habían entregado los enemigos internos de Rucci dentro del sindicalismo. Esa mañana El Oso pudo haber muerto junto a su jefe, pero estaba en su día de descanso y se enteró del asesinato por la radio, mientras tomaba mate en su casa.

Al tiempo lo llamaron para acompañar a otro sindicalista, marplatense como él, el poderoso dirigente petrolero Diego Ibáñez, con quien trabajó durante muchos años asistiéndolo como las manos pesadas que lo guiaban a los actos del gremio o a mediar en conflictos cuerpo a cuerpo con otros sindicalistas o con la patronal de los pozos petroleros. En el camino, y como tantos otros de su calaña, Ibáñez montó empresas de transporte para participar del negocio petrolero y mamar un poco de la sangría de los fondos del Estado. Se hizo millonario, se convirtió en diputado, volvió al ruedo con su gremio. Pero la vida de Ibáñez también se truncó dramáticamente. En 1990, su hijo Guillermo fue secuestrado por tres socios menores de su empresa familiar y el chico acabó enterrado en un campo de las afueras de Mar del Plata. Las pericias comprobaron que estaba vivo cuando cavaron su fosa y lo cubrieron de cal, para garantizarle una muerte lenta y horrenda. Al Oso se le humedecían los ojos cuando recordaba aquellos días. Contaba que el cruel asesinato del hijo de Ibáñez había matado también a su padre. El temible cacique sindical simplemente había dejado de ser quien era. Caminaba como un fantasma. Había dejado de asistir a lugares públicos. Hablaba solo y repetía como una mantra un lamento constante: "¿Por qué no a mí? ¿Por qué no a mí?". El dirigente petrolero, que sabía del uso de la violencia como herramienta de presión, no se podía sacar de la cabeza la imagen de su hijo asfixiado y quemado lentamente bajo la tierra removida.

Después de eso El Oso debió diversificar su clientela. Cuando yo lo conocí, en aquella confitería de la avenida Callao, no tenía un solo patrón

sino varios. Trabajaba por encargo, como un proveedor de servicios a la carta. Desde el fondo de La Ópera, atendía su teléfono y negociaba como si fuera un colocador de aparatos de aire acondicionado o un vendedor de seguros. Nunca se sabía si estaba negociando algo o buscando información, pero siempre parecía colgado al teléfono, un Motorola armatoste que debía conectar a cada rato a su cargador de batería. El gesto de cortesía del Oso era desatender esos llamados para prestarle atención a su invitado. Cuando yo me aparecía por su mesa, exhibía su agrado cortando la comunicación que lo había mantenido ocupado:

–Estoy en una reunión importante, te llamo después –decía al teléfono y luego te sonreía.

El Oso era un tipo rudo, que se habría matado a piñas cientos de veces, que llevaba un arma colgada adentro de su campera o guardada en el bolsito de cuero que lo seguía a todos lados. Pero le gustaba hablar y ser escuchado. Supongo que lo hacía sentirse importante. Tal vez lo liberaba de ciertas culpas. Una vez le pregunté sobre los enfrentamientos armados. ¿En cuántos había participado? ¿Eran como mostraban las películas, cuando los pistoleros se tiran al piso o se refugian detrás de los autos y aciertan a su blanco cada vez que aprietan el gatillo? Minga, me dijo. Según El Oso, no había nada más difícil que matar durante un tiroteo. Había que tener huevos para pararse frente a otro tipo igualmente armado y tirar y dar en el contrincante. Él, me dijo, ponía su cuerpo de costado, apuntando su hombro contra el rival para achicarle el flanco y evitar el eventual impacto. Su relato era acompañado por el movimiento. El Oso describía mientras se ponía de costado, levantaba un arma imaginaria, estiraba el brazo y disparaba, rodeado de decenas de comensales que parecían no observarlo. En todos esos años había recibido un solo impacto de bala, pero no me quiso decir dónde ni de parte de quién. Eran sus secretitos. Sus pequeños tesoros. También parecía disfrutarlos.

–Eso me lo guardo para mí –decía.

Cada tanto, por supuesto, yo me preguntaba qué demonios hacía ahí. Tenía respuestas posibles. Los periodistas debíamos juntarnos con todo el mundo y escuchar todas las voces posibles para nutrir nuestras historias y la gran historia que soñábamos escribir. Era parte de nuestro trabajo. Era lo que debíamos hacer. Pero muchas veces esas reuniones parecían una pérdida de tiempo. El Oso se iba por las nubes, recordaba episodios propios o ajenos que no conducían a ninguna parte, teorizaba sobre la historia del siglo XX, intentaba hacer análisis políticos que parecían infantiles o inviables y repetía historias que había escuchado por ahí y le parecían aleccionadoras. Su preferida era la de Solís, el gran conquistador, ingresando a nuestras tierras para ser devorado por los indios.

–Esos somos nosotros. Los indios. Nos quieren hacer creer que somos Solís, pero somos los indios.

Yo tenía que volver a la redacción a escribir (para eso me pagaban) y muchas veces lo hacía con las manos vacías, porque El Oso me era, siempre, mucho menos funcional de lo que prometía. Sin embargo volvía a verlo, cada vez. Y así conocí a Patricio.

12.

En ese tiempo su delgadez era más llamativa. También sus hombros cerrados hacia adentro y su largo cuello. O tal vez haya sido mi impresión inicial antes de ir acostumbrándome a sus singularidades. Patricio se me presentó junto al Oso como un amigo de su oficio. Eran colegas. Eran socios de un mismo club sin nombre. Entre ellos se mostraban cómplices y se reían como si se conocieran desde siempre. Sentados uno al lado del otro, conversaban sin mirarse y cada tanto uno soltaba una carcajada y el otro asentía. Pedían café, nada más, y podían quedarse largo tiempo sentados, a veces sin hablar, definitivamente a gusto. Yo creía, todavía, que Patricio era uno más entre otros. Era habitual que se aparecieran por la mesa del fondo de La Ópera tipos raros que se sentaban y le daban charla al Oso o tal vez le transmitían algún encargo, como ayuda para montar un acto en el Conurbano o para acompañar a un dirigente en una elección interna de alguna agrupación gremial. Patricio, entonces, era uno de esos muchos hombres misteriosos.

Aunque lo supe mucho después, en este tiempo Patricio trabajaba para la SIDE. Eran los años finales del menemismo y los grupos satélites del Señor Cinco, Hugo Anzorreguy, estaban aún activos. El grupo de Patricio, como ya dije, se encargaba de trabajos relativamente menores, aunque ilegales. Se infiltraban en marchas de agrupaciones opositoras, organizaban protestas contra enemigos políticos de turno y otras travesuras, algunas increíblemente inocentes. Una vez se les ocurrió molestar a un secretario de Estado que había empezado a despegarse del presidente Menem antes de tiempo y lanzaron una serie masiva de invitaciones en su nombre para su fiesta de cumpleaños. Pedazo de sorpresa se pegó el funcionario cuando cayeron en su caserón de Barrio Norte unos cincuentas invitados inesperados. Para eso se valían de las escuchas telefónicas ilegales, que sacaban en casetes o disquetes de la oficina de escuchas de la SIDE, en la Avenida de Los Incas, del barrio de Belgrano. Empezaba allí un festival de escuchas telefónicas. Aunque en teoría la SIDE solo podía interferir conversaciones ajenas a pedido de los jueces, por el interior de la base de Los Incas circulaba una copia de todas las conversaciones, gracias a un tendido montado por las compañías telefónicas, y era demasiado fácil para los agentes colgarse de cualquier línea sin pedir permiso. Eso generó un comercio clandestino de casetes con escuchas. Los mismos agentes que debían controlar que no se filtrara información vendían a quien quisiera las charlas privadas de funcionarios,

empresarios, periodistas y hasta personajes de la farándula. Iban a pasar muchos años hasta que ese delirio se controlara en parte. Y a que las comunicaciones por celular o redes sociales precisaran de tecnologías algo más sofisticadas.

También supe más tarde, aunque Patricio nunca me lo confesó, que varias de esas bandas paraestatales tenían accesos a la información de los decomisos de mercadería en la Aduana en Ezeiza y en el puerto de Buenos Aires. Esos datos, que se suponían ultrasecretos, habilitaban a los agentes a extorsiones de todo tipo. La más común: presionar al dueño de una mercadería demorada en la Aduana, por un precio razonable, para sacarla del cerrojo oficial.

En ese universo donde la información servía para intereses económicos o políticos, El Oso y Patricio y tantos otros representaban la fuerza capital de la táctica. La mayoría de las veces, no eran mentores ni estrategas (no todavía), sino ejecutores de pedacitos de un plan mucho más amplio que se definía en otros lugares de mayor poder y cálculo. Los Horribles, en la escala que íbamos conociendo, eran jugadores que no definían el Gran Plan, sino que ponían en marcha la trama definida por otros. Ellos podían poner pistas falsas en una investigación penal, frenar la instalación de un casino con un piquete organizado a tal fin o asustar a un rival político, pero no sabían del todo por qué ni para qué lo hacían. Para pensar en grande había otros jugadores, los que ocupaban los escalones más altos en la escala de jerarquías. Uno de ellos había sido ministro de la Nación y ahora se dedicaba con exclusividad al territorio de las sombras. Era uno de los jefes habituales del Oso. Y el jefe de muchos otros. Le decían El Coti o El Mudo. Enrique Nosiglia.

13.

Seguimos sentados en el salón fumador. Han pasado muchos años desde el primer Patricio, todavía un peón de todo aquello, hasta convertirse en este Patricio de riqueza y calma. Su cara tiene arrugas, el pelo ha perdido brillo y se le ha vuelto ceniza en los extremos. Ya no me llaman la atención su delgadez ni sus hombros cerrados, acaso porque ahora usa un traje que le calza a la perfección. Tiene las uñas cortadas en la manicura, los zapatos lustrados.

Si adivino que la noche va a ser larga es porque habla poco. Por primera vez en mucho tiempo, parece más dispuesto a recibir preguntas o comentarios que a soltar su labia. Ya pidió un licor para él y un whisky para mí. El mozo sabe exactamente lo que tiene que servirle. Patricio habita este hotel desde antes de que se convirtiera en uno de categoría seis estrellas y se mueve como dueño de casa. En realidad, él lo convirtió en lo que es, gracias a una gestión que hizo hace un puñado de años en el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. El hotel ocupa uno de los históricos caserones de Buenos Aires, en la zona de Recoleta, pero tenía muchos problemas de papeles –una habilitación incompleta, refacciones nunca autorizadas, quejas de los vecinos– y los dueños convocaron a Patricio para que los auxiliara. Es lo que hizo. Habló con nadie sabe qué ministros y consiguió que el hotel saliera de su limbo de ilegalidad para convertirse en uno de los puntos privilegiados de la ciudad. De esas cosas se ocupa el nuevo Patricio, al menos hasta esta noche. De abrir y cerrar puertas de poderosos. De conseguir lo que los otros no pueden gracias a sus relaciones y a la acumulación sostenida durante décadas de favores dados y recibidos. Es de imaginar que mucho de todo eso se mueve con plata, pero de eso no va a decir nada Patricio, nunca. Como si evitar hablar de plata hiciera que todo pareciera menos turbio. Nos hemos mal acostumbrado a creer que solo la plata corrompe.

A cambio de su auxilio para el hotel seis estrellas, Patricio se mueve por aquí como un ser especial. Tiene una suite a su disposición. Usa el sauna y el gimnasio. Cena y bebe cuanto quiere. Conspira donde le place.

Ya es momento de zambullirse en los papeles. De penetrar en sus memorias o lo que sea que estos papeles sean. Es de imaginar que no podré llevarme una copia, así que no deberé perder el tiempo. Lo primero que me sorprende es ver que son mucho más que apuntes o un borrador. Son poco más de seiscientas páginas, sin numeración, impresas en papel A4, y el texto, llamativamente, parece bien redactado. Tiene el formato de un

libro dividido por decenas de capítulos, algunos cortos y otros más largos, como postales de un álbum de fotografías, donde la realidad que intenta describir resulta de la acumulación de esas postales. El periodista al que le encargó sus memorias (insisto en no preguntar el nombre del colega) ha estado trabajando con seriedad y dedicación, calculo que durante meses o incluso años si es que no se dedicó a su tarea a tiempo completo. Miro las primeras páginas. Hay apuntes sobre la infancia de Patricio (ahora compruebo que su ciudad natal era vecina a las que yo creía), datos sobre su colegio secundario, su ingreso a la escuela militar y, por supuesto, ninguna referencia a su paso por la Secretaría de Inteligencia. Detecto allí una primera mentira. Aunque es lógico: nadie que haya pasado por la SIDE lo cuenta abiertamente. En parte porque se lo prohíbe la ley de Inteligencia, pero sobre todo porque les quitaría seriedad. Los espías más o menos creídos de su oficio no andan gritando por la tele. O no lo hacían antes.

Luego salta directamente al retorno de la democracia. Alfonsín, luego Menem y el menemismo, ese trazo de la historia que acaso nos marcó más de lo que podemos imaginar, con su formidable devaluación de valores morales.

El rol del narrador es curioso. Alcanzo a ver que Patricio se coloca apenas como un testigo casi involuntario de lo que relata. Salvo durante las primeras páginas, que son de tono claramente autobiográfico, luego Patricio toma la posición de quien ha visto cosas y las cuenta, pero cuya presencia es casi fantasmal o intrascendente. Está allí; pero sin estarlo del todo. Como en la escena de la confitería Rond Point, donde cuenta su ingreso y acercamiento al Tano Angelici y a su organigrama casi como un accidente. Allí se expone como lo que es: un hombre en el lugar y a la hora indicada. Pero sin mancharse. Sin tocar el cable pelado.

14.

He citado, como al pasar, a Jorge Antonio. Su nombre salta a la vista en los primeros apuntes del casi libro de Patricio. Citado al pasar, en tertulias y comentarios, omnipresente en los más de diez años de menemismo.

Voy a resumir su historia, a mi manera. De una familia pobre emigrada de Siria, recibido en el colegio militar como enfermero, Jorge Antonio llegó a ser presidente de Mercedes-Benz en Argentina y construyó una amistad profunda y poderosa con el general Juan Domingo Perón primero y con Carlos Menem después, a quien ayudó a financiar su campaña para llegar a la Presidencia en 1989. A la sombra del peronismo, Antonio multiplicó una fortuna que nunca pudo calcularse por su dimensión y misterio, vinculada luego (nunca llegó a investigarse) a negocios tales como el narcotráfico, el comercio ilegal de armas o el lavado de dinero. Su papel en el entorno de Menem era el de asesorarlo en lo que podemos llamar, como bautizó el español Felipe González al lado prohibido de la política real, *el territorio de las cloacas*. Antonio era un ministro sin cartera pero con derecho a todo. Decidía quién iba a ganar las licitaciones antes de que estuvieran escritas. Metía y sacaba candidatos de las listas electorales. Hacía y deshacía negocios para la corona o para él mismo. Daba órdenes en la SIDE (como demostraron las piernas rotas de Pino Solanas) aunque no era funcionario del organismo.

Jorge Antonio fue el artífice de la remodelación de la Justicia Federal al gusto del menemismo, un artificio que sirvió para asegurarle impunidad al poder político de aquel tiempo y para siempre, al menos mientras el poder político se mantuviera en su sitio. Su primera pieza en esa arquitectura fue nombrar al frente del Juzgado Federal n.° 1, con competencia electoral, a María Servini, una jueza a la que le debía un favor descomunal. Antes, como jueza del fuero penal ordinario, ella había intervenido en el asesinato de un psicólogo, declarando loco de remate a su asesino, un tal Elías Antonio, el hermano de Jorge. María Servini le había salvado la vida a su hermano, y Jorge Antonio le pagó con el juzgado de mayor poder e influencia en toda la vida democrática, juzgado que, treinta años después, aún mantiene y gobierna. Sería imposible contar la cantidad de favores que ofreció y recibió Jorge Antonio mientras fue parte del entramado del poder. Pero siempre fueron pagos y cobros a escondidas. El secreto fue siempre la base de su progreso activo.

Las citas a Jorge Antonio no son casuales. Mientras vivió, fue un Horrible del escalón más alto en su estado puro. Un hacedor de aquello

que los políticos hacen a escondidas, o de lo que precisan aun sin saber que lo precisan. Ya veremos que esta dependencia no reconoce, hasta hoy, ni banderas partidarias ni épocas. Sus caminos iban a cruzarse con el de muchos otros de los de su raza. También con los del Tano Angelici.

15.

Leo que Alfonsín, según Patricio, fue el mejor y el peor presidente. Fue el mejor porque creía en la democracia. Pero fue el peor porque a pesar de eso no hizo lo que la democracia le pedía. Un viernes por la tarde, cuando su gobierno ya se caía a pedazos, sus asesores lo convencieron para que ordenara la detención de sus enemigos. Por el delito de sedición y conspiración contra la democracia. Se llegó a redactar el decreto, con los nombres de los conspiradores. Como era de esperar, la lista estaba encabezada por empresarios. También había sindicalistas, periodistas, políticos de toda clase, militares varios. El decreto estuvo redactado el fin de semana. Solo faltaba su firma y publicación. Pero justo cuando Alfonsín iba a poner su firma al pie, se le apareció El Coti en el despacho. Sí, El Mudo iba a hablar. Y qué le dijo. Le dijo que estaba loco. Que si lo hacía iba a estallar todo por el aire. Al final, pasó lo que sabemos. El gobierno de Alfonsín estalló igual y los demás siguieron, hasta hoy.

¿Estuvo Patricio en esa escena que describe con detalles? ¿Estuvo en las otras que narra? Debemos suponer que en algunas ha sido protagonista y en otras testigo. Pero también que ha hecho lo que nosotros, los periodistas. Estar, ver, oír, compartir, pensar. Es una fuente de información, alimentada por otras. De eso se trata todo. Nuestro trabajo y el suyo. Lo que no significa que seamos lo mismo.

16.

La revolución tecnológica nos tomó a todos por sorpresa. Fue casi sin darnos cuenta que llegaron las computadoras. Fue casi sin que pudiéramos verlo, que el viejo sistema de la fotocomposición fue reemplazado por un centro de cómputos interconectado a un servidor de red, encargado de hacer confluir la información de todas las secciones del diario hacia una maqueta final con terminal en la planta impresora. Todavía faltaba que Internet fuera el Aleph de la información, pero el mundo se estaba dando vuelta con nosotros adentro. Los cables de noticias de las agencias dejaron de llegar vía impresora y aparecieron como por arte de magia en las pantallas de nuestras computadoras. En la tele comenzaron a fluir las primeras señales de noticias veinticuatro horas. Las guías telefónicas, fuente básica de nuestros recursos, se vieron ociosas en sus mamotretos de papel y se trasladaron a disquetes, que agilizaban la búsqueda y permitían dar con direcciones y teléfonos de casi cualquier mortal. Los políticos, las organizaciones civiles y las cámaras empresarias acudieron a voceros y gacetillas, que de pronto inundaron las redacciones en clave de información sencilla, aunque no siempre ajustada a la realidad. El flujo de las noticias, poco a poco, fue cambiando de mano, a una velocidad impensada. Ya no éramos los periodistas los que debíamos buscar la noticia, sino que la noticia empezaba a buscarnos a nosotros. En la redacción de *Clarín*, como en todas, intentamos resistirnos al cambio a pesar de que sabíamos que era una batalla perdida. El mayor símbolo de aquello fue el ocaso del archivo de papel, que funcionaba en la entrada misma de la redacción, en el tercer piso de la calle Tacuarí. Era una laberíntica hemeroteca, formada por centenares de armarios metálicos de tres metros de altura, acumulados en hileras y repletos de sobres blancos cargados de recortes y fotografías. Durante las veinticuatro horas del día y en turnos rotativos, un ejército de cucarachas humanas organizaba por tema y por tiempo y por personaje a miles y miles de artículos escritos en decenas de diarios y revistas, que pasaban a formar parte del glosario histórico de los acontecimientos. Los periodistas pasábamos horas allí adentro, desgranando datos sueltos, recuperando frases olvidadas, atando lazos entre personajes o hechos que parecían ajenos entre sí. En aquel tiempo, hace no tanto, entre bolsones de papel amarillento, ese archivo era el territorio sagrado de búsqueda de información de contexto. Pronto, muy pronto, también iba a quedar obsoleto.

17.

Una mañana me llamaron por teléfono para avisarme que El Oso había muerto. Sabía que estaba enfermo porque en el último tiempo posponía las citas o simplemente me dejaba de plantón en La Ópera. Desde hacía meses arrastraba un cáncer que resultó letal. Ese hombre gigantesco, que había confrontado tiros y peleas, al final había caído como lo haría cualquiera de nosotros en su situación. Me pregunté si debía ir al entierro. A los periodistas nos enseñaron que no debemos involucrarnos con nuestras fuentes. Que debemos mantener distancia y no dejar que las emociones nos confundan. Yo creía en esas enseñanzas, pero al mismo tiempo sentía que debía despedirme del Oso. Como no supe qué hacer, al final me quedé quieto y me limité a mirar los avisos fúnebres del diario del día después, donde encontré muchos saludos que intuía. Lo despedían sindicalistas, algunos políticos, El Coti. Saludaban a su mujer y a sus hijos y nietas. En esa despedida seguramente se concentraba buena parte de su vida. Los aliados, los amigos, los jefes del gran táctico que había sido y, seguramente, algunos de sus rivales. ¿Y yo? ¿Por qué sentía afecto por El Oso? Me cuestionaba haberme relacionado tanto con tipos peligrosos como él. Me preguntaba si esa pregunta tenía algún sentido.

18.

Juan Solís y sus hombres avanzaban sobre el río Uruguay, a lo que sospechaban era la conquista de un paso seguro hacia las islas Molucas y la riqueza y los honores. Según el calendario de Occidente, corría el año 1516 después de Cristo. Solís avanzaba al mando de tres embarcaciones y más de sesenta hombres, que se sentían fuertes y audaces pese a que llevaban tres meses atravesando los mares y las enfermedades. Aquí estaban, sobre el río marrón, listos para descubrir las nuevas rutas que conectaran al viejo mundo con el futuro. *A tierra*, ordenó el conquistador español, orgulloso y temerario como debían ser los conquistadores. Solís escogió a unos veinte hombres, a los mejores, con quienes descendió a los botes y enseguida tocaron tierra. Y pisaron la tierra. Y la observaron. Y la sintieron en sus botas sucias de otras suciedades. Y estudiaron el entorno, el barro gomoso, la vegetación desordenada. Juan Solís, descubridor de tierras y fortunas, les ordenó a sus tropas de exploración penetrar la vegetación de ese litoral sin nombre. Avanzaron. O mejor: creían avanzar.

Cuando El Oso narraba aquellos hechos lejanos, gustaba detenerse en la atmósfera de ese litoral pantanoso. Tal vez porque lo conocía, tal vez porque su corpulenta figura temiera sobre todo a esa calor ardiente de verano, plagado de insectos y la humedad más insoportable del mundo. Pero también observaba, o más bien imaginaba, el carácter de los conquistadores. Los españoles no eran, en su relato, más que unos bravucones muertos de hambre, esclavos de su soberbia, que creían ser capaces de pasar por encima de todo en nombre de la civilización a la que representaban, cuando en realidad ignoraban absolutamente todo del sistema de valores e intereses al que estaban accediendo por primera y, no lo sabían, única vez.

Solís y sus hombres –seguía contando El Oso– avanzaron tierra adentro creyendo en sus glorias y sus riquezas, como si esas glorias y esas riquezas fueran valiosas para todos por igual. Pero ignoraban que estaban en otro mundo, donde gobernaban otras creencias y otras leyes. A los pocos metros de andar tierra adentro, Solís y sus hombres se toparon con los hombres que habitaban el litoral. Estaban desnudos y armados con arcos, flechas, lanzas y palos. Esos hombres miraron a los invasores. Los observaron por unos instantes. Y después hicieron lo que sabían hacer: los achuraron, en segundos, para inmediatamente después darse una descomunal panzada. A Solís y a sus hombres se los comieron crudos, allí mismo, a la vista de los demás expedicionarios que aguardaban aterrados arriba de las

embarcaciones. Así se iniciaba nuestra historia de civilizaciones encontradas. Con una formidable comilona.

–Somos los indios –decía El Oso–. Nos hacen creer que somos Solís, pero somos los indios.

19.

El Coti, por supuesto. Ya lo nombré varias veces.

Nunca supe exactamente qué trabajos hacía El Oso para él. Pero puedo imaginarme que era más o menos lo mismo que hacía para otros. Marchas, empujones, las manos como patios a su servicio. La última tarea que yo le conocí fue la manifestación en contra de la instalación del casino flotante en el puerto de Buenos Aires. Como ya dije, El Oso no había trabajado jamás ni en el puerto ni en un casino, pero le organizaba las marchas a pedido del Coti, que tampoco había trabajado ni en puertos ni en casinos, pero debía tener amigos que le habían encargado esas manifestaciones. El Oso era táctico; El Coti andaba flotando en la estrategia, seguramente para favorecer a algún empresario. De esas cosas se ocupaba El Oso y de esas otras se encargaba El Coti, que hacía tiempo había dejado de ser la promesa naciente del radicalismo para convertirse en un millonario de descomunal capacidad de lobby. Porque sí, El Coti había sido uno de los jóvenes más audaces del radicalismo, que sobre el final de la dictadura decidió antes que muchos acompañar la candidatura de Raúl Alfonsín. Cuando llegó finalmente a la presidencia, Alfonsín lo premió designándolo primero Subsecretario de Acción Social y más tarde Ministro del Interior, un cargo que lo obligaba a la negociación política permanente y le permitió convertirse en el operador más eficaz y atrevido del gobierno. En los ochenta, todos los periodistas lo miraban al Coti y aspiraban a su información. De su mano se gestaron acuerdos cruciales de aquel tiempo, como las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, que favorecieron a guerrilleros y represores de la dictadura reciente, o los detalles de la transición entre la renuncia anticipada de Alfonsín y la llegada de Carlos Menem al poder. Años más tarde, ya fuera del gobierno y en absoluto hermetismo, El Coti iba a negociar con sus pares del peronismo (Luis Barrionuevo entre otros) los puntos decisivos del Pacto final de Olivos, el borrador de la reforma Constitucional de 1994.

Como muchos otros, El Coti había construido su poder gracias a un movimiento permanente que consistía en generar discípulos, fabricarles puestos de influencia y afianzar los puentes entre unos y otros. El tejido, al que haría referencia Patricio. La interconexión. La lógica de construir por tentáculos que se cruzan de manera permanente y se precisan. En más de veinticinco años de periodismo he visto esa maquinaria (o esa pócima) en muchos de Los Horribles. Lo que hacía El Coti era designar secretarios de Estado, apurar nombramientos de jueces, ocupar vacantes en sillones de

segundo y tercer nivel de los lugares de toma de decisiones. Le fue más fácil mientras fue ministro de Alfonsín, pero lo siguió haciendo después como el lobbysta más influyente del radicalismo, provocando y generando favores en cantidad, hasta convertirse en un hombre omnipresente en todas las acciones de la política del detrás de escena y en un hombre rico, si hasta se hizo dueño de un hotel (el Hermitage) y proveedor fantasma de la obra social de los jubilados, el Pami, junto a su principal interlocutor en el peronismo, su amigo Barrionuevo. Hablaba poco El Coti, pero conseguía favores y los devolvía. Casi no había sitio del Estado donde no tuviera gente, mientras él se reservaba un lugar en las sombras. Y llenaba casilleros, en todos lados, igual a como iba a hacer años más tarde uno de sus ahijados. Porque adivinen: uno iba a guiar los pasos del otro. En aquellos años dorados de Nosiglia, uno de sus asistentes personales era un morocho de hablar tosco y ambiciones desmedidas al que todos conocían solo por su apodo de ascendencia. El Tano.

20.

Me tiento de contarles sobre Barrionuevo, pero este libro sería interminable. El mundo al que nos asomamos es inabarcable, así que hay que acotarlo. Lo que nos importa, por ahora, es el ascenso de Patricio, lo que su recorrido nos pueda enseñar y lo que sus apuntes o su casi libro nos revelan. Tras la muerte del Oso dejé de ver a Patricio por un par de años. Simplemente desapareció de mi radar y yo del suyo. En realidad, casi lo había olvidado cuando un día vino a verme a la redacción de *Clarín*. Ya se estaban yendo los años noventa y recién habían llegado a las redacciones las primeras computadoras con acceso a Internet. Parece la prehistoria, pero fue hace un ratito. La mayoría de nosotros mirábamos con desconfianza al Yahoo, el buscador con el que los más osados intentaban mostrarnos el nuevo mundo. Parecía cosa de locos confiar en la persecución de datos a través de una pantalla plana y desde la comodidad de una oficina. A la mayoría, todavía nos parecía mucho más sensato aferrarse al cotejo de información que habíamos aprendido desde siempre, esto es, yendo al lugar de los hechos, pasando horas en el archivo de papel, consultando a los que estaban en los lugares adecuados. Sobre mi escritorio, ya en la sección Política del diario, tenía un teléfono fijo que no paraba de sonar y que era la vía más directa hacia lo que un periodista buscaba. Por teléfono se verificaba información y se acordaban las citas con las fuentes. Por teléfono se iniciaba el imprevisible camino de la búsqueda, una experiencia que todavía se basaba en la persecución empírica de los acontecimientos. Necesitábamos estar, ver, oír y todo aquello.

Una tarde me avisaron desde la recepción que alguien quería verme. Era un hombre que insistía con hablar conmigo personalmente porque tenía información muy importante para darme. Mi primera reacción fue intentar sacármelo de encima. Era habitual que se acercaran al diario un montón de denunciantes más o menos delirantes, que juraban conocer la verdad desnuda sobre los crímenes más trascendentes de la historia o alertaban sobre conspiraciones descomunales a punto de desatar el fin de los tiempos. Tras la cobertura del caso Cabezas, yo seguía siendo uno de los periodistas más novatos, ahora de la sección Política, y por lo tanto era también el encargado (contra mi voluntad) de filtrar a muchos de esos denunciadores incomprobables. Hice lo de siempre: a través del empleado de la recepción, le transmití que me dejara esa información tan valiosa en un sobre. Por supuesto, supuse que ese sobre iba a tener como destino el

tacho de basura.

Cuando lo abrí recordé todo. Al Oso sentado al fondo del bar La Ópera. A ese hombre delgado de cuello largo y hombros cerrados al que había visto cuatro o cinco veces sentado a su lado y dialogando con evidente complicidad. Dentro del sobre solo había una nota a mano donde me decía quién era. *El amigo del Oso*, firmaba. Me aseguraba que tenía información para pasarme. Algo importante. Algo que debíamos hablar "en persona". ¿Y entonces? Patricio me avisaba, finalmente, que iba a volver al día siguiente a la misma hora.

Así fue como nos reencontramos. Lo esperaba ansioso, por lo que apenas llegó a la redacción bajé a la puerta de ingreso al diario y nos fuimos a un bar de la esquina. Era una vieja cantina con techos altos repletos de manchones húmedos y ventiladores enclenques. La iluminación de tubos fluorescentes parecía siempre insuficiente, lo que tal vez ayudaba a ocultar la suciedad de los pisos y las mesas. Pero era el único bar de la zona y no se comía nada mal. Yo lo solía usar para reuniones con fuentes ocasionales. No me gustaba recibirlas en el diario porque en la redacción se me hacía difícil dar por terminada las charlas, que a veces se volvían insufribles. No era este el caso. Entre cafés y medialunas, Patricio me ofreció información valiosa que más tarde iba a convertir en una serie de artículos de denuncia publicados en el diario. Creo recordar que se trataba de una sospechosa contratación pública, de algún ministerio, dirigida de antemano para algún empresario amigo del poder. O tal vez se trataba de una escandalosa resolución judicial o el despilfarro de fondos de una secretaría de Estado. Eran esas las cosas que me ofrecía Patricio. Esa primera vez y muchísimas más, durante muchos años. A partir de esa tarde, iba a convertirse en una de mis mejores fuentes de información, sino la mejor que llegué a tener. A veces me acercaba documentación, otras veces simples chismes o datos que yo debía verificar. Pero poco a poco fui descubriendo en Patricio a un caudal único. Hablaba demasiado rápido, era desordenado en sus relatos, abría ventanas a cada paso y se dispersaba, al igual que su amigo El Oso. Pero a medida que lo fui conociendo, cuando empecé a desgranar su tormentosa forma de soltar palabras, fui descubriendo que era de una riqueza formidable para un periodista. Patricio sabía de negocios del Estado que yo ni siquiera imaginaba que existían, conocía nombres de funcionarios que yo jamás había escuchado nombrar, pero sobre todo miraba las cosas de una manera que yo nunca las había visto. Descreía de la política, era un agnóstico absoluto del sistema democrático, estaba convencido de que los hombres del poder eran todos farsantes o, mejor dicho, que en realidad eran hombres como él, carentes de cualquier aspiración moral. Los jóvenes como yo seguíamos leyendo, gracias al dictado de nuestros jefes o maestros, a Hammett, a Chandler, obviamente a Hemingway y a Capote. Patricio se me

representaba como un personaje escapado desde algún policial negro hacia nuestro profundo sur. Un tipo duro, dedicado a resolver los entuertos que se le aparecían a cada paso, carente de ideales y de objetivos políticos, solo dedicado a perseguir resultados. Pero más que salido del policial negro, él añoraba un pasado igualmente inventado, pero distinto. El de los héroes de los western. Se los conocía a todos de memoria y contaba sus escenas preferidas imitando los gestos de sus héroes, John Wayne, Gary Cooper, Clint Eastwood y otros. Su película predilecta era *El bueno, el malo y el feo*. Criticaba el heroísmo colectivo de *A la hora señalada*, porque Gary Cooper, ante la inminente llegada de una banda de forajidos, recorría las calles polvorientas del pueblo pidiendo la ayuda de los vecinos de a pie.

–Los héroes son solos o no son héroes –me dijo aquella primera vez.

Prefería, antes que nada, el sacrificio silencioso del John Wayne en *El hombre que mató a Liberty Valance*, donde el pistolero justiciero resignaba a la chica y al prestigio para hacer justicia.

El tiempo iba a decirme si Patricio se parecía a John Wayne o a Hammett o, especialmente, a los enemigos o a los antecesores de todos ellos. Como fuera, en aquella cita iniciática y en las que siguieron me fue quedando claro que lo suyo era sobrevivir en un mundo áspero e indescifrable.

21.

Patricio, como les conté, todavía era colaborador informante de la SIDE. Los periodistas que cubríamos los asuntos judiciales del poder conocimos a unos cuantos de ellos gracias a la cobertura del atentado a la AMIA, la mutual judía destruida por una explosión de amonal la mañana del 18 de julio de 1994. Los ochenta y cinco muertos de la AMIA generaron una conmoción que nos iba a acompañar por décadas y que iba a exponer no solo la incapacidad de la Justicia argentina para investigar delitos complejos, sino su propensión a transformar esa incapacidad en una herramienta de manipulación política. Argentina había quedado sepultada por una imagen importada de las guerras eternas de Medio Oriente y la Justicia debió investigar quiénes habían sido los criminales que la ordenaron y quiénes la ejecutaron. Hacia 1998, en la redacción de *Clarín* me asignaron seguir el caso. Y como correspondía, me metí obsesivamente en el asunto.

En ese momento ya primaba la hipótesis que atribuía la autoría intelectual del atentado a funcionarios del gobierno de Irán. Pero la investigación judicial había puesto toda su energía en dar con los autores materiales del atentado, lo que se llamaba *la conexión local*. Con la ayuda de la SIDE y de la Policía Federal, el juez federal Juan José Galeano había detenido y acusaba del trabajo sucio a un doblador de autos robados del Conurbano y a un grupo de policías de la provincia de Buenos Aires. Se suponía que esos policías le habían encargado a Carlos Telleldín (el doblador) el trabajo de conseguir una camioneta Trafic robada y prepararla para ser usada como coche-bomba. ¿Pero era eso lo que había ocurrido? La experiencia en el caso Cabezas nos había enseñado a desconfiar. Para achicar riesgos de operaciones y falsedades, debíamos buscar la verdad probable en la mayor cantidad de miradas posibles acerca de los supuestos hechos. Por eso debíamos valernos de la información que pudieran darnos el juez, los fiscales, los abogados de las víctimas, pero también los acusados. Las fuentes fueron especialmente sucias en ese caso. Todas, sin excepción, nos pasaban información, opiniones, datos que llegaban a la causa, datos que se perdían en el camino, pero también muchas mentiras. Poco a poco, los que participábamos de la cobertura fuimos descubriendo que el trabajo de los periodistas ya no era tanto el oficio de buscar verdades, sino el de descartar las farsas que intentaban vendernos.

Los especialistas en vender mentiras eran, por supuesto, los agentes de

la SIDE. Los había a montones alrededor del caso AMIA, en principio porque la SIDE había sido asignada a investigar el atentado desde el primer instante. Gracias a ese caso fuimos conociendo a los principales agentes de ese tiempo. Alguna vez lo hablé con el director de Contrainteligencia de la SIDE, Jaime Stiuso, el agente secreto más trascendente de la democracia (no precisamente por su favor a la democracia) y protagonista de dos de mis libros. Jaime me contó que cuando volaron la AMIA él estaba en una de las bases secretas, en el barrio de Monserrat. Lo separaban de la AMIA unas treinta cuadras pero el rugir de la tierra se sintió igual, como si algo se sacudiera en los cimientos. Esa explosión le iba a cambiar la vida a demasiada gente.

Patricio no formaba parte de la planta permanente de la Secretaría, sino de la enorme cantidad de espías informales que en esos años pululaban en oficinas secretas regadas por los fondos reservados de La Casa. Los había a montones y los periodistas debíamos acostumbrarnos a sus visitas y operaciones. Llevaban encima información sobre un supuesto atentado contra el presidente Menem, datos sensibles que ensuciaban a un ministro en desgracia, cuentas bancarias secretas (y muchas veces falsas) sobre opositores. Muchos de ellos se habían formado en las Fuerzas Armadas; otros en las líneas bajas de la política; otros en las manos pesadas del sindicalismo.

Entre los espías de aquellos años, el que más lejos parecía haber llegado era Alejandro Brousson.

22.

Brousson había sido oficial de Inteligencia del Ejército durante la dictadura y en 1982 había participado de la ocupación de las islas Malvinas, recuperadas del poderío británico en una aventura delirante que pretendía mantener a la dictadura en un poder que se le escurría. Brousson había sido asignado a una de las misiones más delicadas de la guerra: la colocación de minas antipersonales. Durante semanas, había formado parte de una brigada dedicada a cavar y colocar miles de explosivos capaces de romper en pedazos de carne a quien se atreviera a transitar por los inmensos territorios en disputa. Debió ser un trabajo delicadísimo. Imaginemos la tensión, el peligro de ir colocando cada una de esas bombas del tamaño de pequeños platos de copetín, y activándolas bajo la tierra de las orillas o la turba helada de las islas a la espera de los enemigos.

Cuando terminó la guerra, con la previsible pero dolorosa rendición argentina, Brousson acabó siendo tomado por los ingleses como prisionero y se le exigió colaborar en la confección de los planos de ubicación de aquellas bombas. Los ingleses lo trataron bien, como a todos los prisioneros. Pero él nunca pudo olvidar la humillación de la derrota ni del regreso a casa, sin reconocimientos ni honores de ningún tipo, más bien como un paria. Los combatientes pasaron a ser la demostración no deseada del fracaso de la dictadura; eran la cara de su vergüenza.

Tiempo después, Patricio me contó otra historia inquietante sobre Brousson. En el verano de 1989, un grupo guerrillero conducido por Enrique Gorriarán Merlo, el llamado Movimiento Todos por la Patria (MTP), había tomado por asalto un cuartel militar de La Tablada, en La Matanza, la zona más pobre del Conurbano. Llevábamos unos años de democracia y aquel asalto representaba el último acto de la guerrilla setentista, totalmente fuera de tiempo y lugar, mientras el país intentaba dejar atrás toda la locura de sangre y fuego. El ingreso de los rebeldes al cuartel fue sangriento y disparatado. Rompieron la barrera del cuartel con un camión de Coca-Cola que acababan de robar, y sesenta combatientes entraron a los tiros, sin importarles que la mayoría de los soldados eran colimbas, es decir, muchachos de dieciocho años asignados por la fuerza al servicio militar. La reacción del cuartel no fue la esperada por los atacantes. Respondieron con igual fuerza y se desató un enfrentamiento que iba a dejar los rincones del cuartel repleto de sangre y cadáveres. Apenas trascendió la noticia del ataque, Brousson fue asignado junto a otros oficiales para entrar a La Tablada a reprimir a los insurgentes y

recuperar el control del lugar. Contaba Patricio que Brousson entró hecho un verdadero demonio y se sumó a la ofrenda sangrienta que consistía en reventar a tiros a los guerrilleros, la mayoría de ellos jóvenes con muchísimo más ímpetu que capacidad de combate. La batalla duró horas y fue despiadada. Hubo decenas de muertos. Los tanques oficiales aplastaron cuerpos vivos o muertos. Los gritos de euforia de los guerrilleros pronto se convirtieron en lamentos desgarradores.

Sobre el final del combate, hubo una escena que mostró como ninguna otra la furia de los militares a la hora de vengar a sus muertos y recuperar lo que les pertenecía. Los pocos sobrevivientes de la guerrilla lo contaron durante el juicio que se hizo unos años más tarde. Apenas se apagaron los estruendos, los militares comenzaron a acumular los cadáveres de los rebeldes dentro de un galpón del cuartel. Diez cadáveres, veinte, treinta y dos en total. Cuando estuvieron todos alineados, un cuerpo al lado del otro, apareció un militar vestido de civil que empezó a pisotearlos y a saltarles encima, mientras insultaba a gritos y juraba que los guerrilleros se quedarían para siempre en el infierno, porque él era el mismísimo Dios y así lo disponía. La escena resultaba dantesca: un hombre, acaso empapado de sangre, saltando sobre los muertos recién muertos, aplastando sus cuerpos en pleno proceso hacia la putrefacción, tal vez para asustar a los que habían sobrevivido o simplemente para descargar su odio contra esos lunáticos que en su embate habían matado colimbas y militares de la democracia. O tal vez lo hacía por algo aún más irracional, como si su acción de pisotear la muerte, de aprisionar aún más la muerte, pudiera apurar el descenso de esos cuerpos hacia los círculos infernales. El odio, se sabe, es la principal herramienta para el combate.

Patricio me había contado que ese hombre que apuraba la muerte había sido el mismísimo Brousson. Yo lo había visto en un par de ocasiones y podía contactarlo, así que ¿por qué no preguntárselo a él?

23.

Nos encontramos en un bar de hamburguesas de San Isidro, cerca del club donde Brousson había pasado toda su vida social. Entre los agentes de Inteligencia era bastante habitual que llevaran una vida desdoblada. Durante la semana o en tiempos de trabajo completo, Brousson era un oficial armado, usaba nombres de fantasía, manejaba fondos reservados y dirigía a un montón de hombres como él que eran capaces de matar o morir si las órdenes lo disponían. Los fines de semana, en tiempos de ocio, abandonaba ese mundo de sigilo y farsa, para ponerse su campera de gamuza marrón y habitar un club como un buen padre de familia preocupado y ocupado por sus hijos, amante del deporte y cultor de la vida en comunidad. Brousson era la demostración misma de que siempre conviven varias vidas en cada vida. Como decía García Márquez, en cada vida confluyen una vida pública, una privada y también una íntima.

Aquella tarde. Mientras comíamos nuestras hamburguesas y hablábamos sobre los avatares de la vida pública, yo juntaba coraje para preguntarle por sus más íntimos secretos. Yo sabía que tras resistir el asalto al cuartel, Brousson había abandonado el Ejército para pasar a trabajar en la SIDE, casi sin escalas. Era de imaginar que jamás había olvidado aquellas horas de furia. Años más tarde, de hecho, ya como agente de la Secretaría de Inteligencia, había conseguido ser asignado al frente de la misión para atrapar a Gorriarán Merlo, el líder del MTP, que se había profugado del país y se ocultaba en México. Él mismo lo había detenido después de una larga persecución y lo había acompañado en el vuelo de regreso al país. Él mismo se había ocupado de cerrar aquella historia, que sin embargo tenía, al menos para mí, algunos cabos sueltos.

¿Fuiste vos el que caminó sobre los cadáveres?

Esa era la pregunta que yo tenía que hacerle.

¿Fuiste ese hombre fuera de sí, que se hacía llamar Dios para apurar el fin de los tiempos?

Estábamos sentados, frente a frente, terminando de devorar nuestras hamburguesas. No sabría explicar por qué, pero recuerdo perfectamente la imagen y el haber pensado que las hamburguesas desencajaban con la conversación y el contexto, como si para acompañar ciertas charlas debieran existir alimentos de mayor complejidad y no comida chatarra. El tipo que estaba delante de mí era experto en explosivos, había combatido en situaciones de máxima tensión, debía tener unos cuantos muertos bajo su arma, y sin embargo estaba masticando un trozo de pan y carne y

manchando sus bigotes con mostaza mientras ponía gestos de aprobación.

¿Fuiste o no el hombre que, en ese día de locos, apenas apagado el ruido de las metrallas y los fusiles, aplastó los cuerpos todavía calientes de los muertos de La Tablada?

A nuestro alrededor había otros comensales. Una pareja de novios adolescentes envueltos en besos y susurros; un grupo de chicos con uniforme de colegio privado repasando apuntes; un par de hombres grandes con camperas de cuero sentados en la vereda junto a dos impresionantes motos.

¿Y por qué hacerlo? ¿Por qué castigar lo que ya no tenía vida? ¿Era odio? ¿Era cinismo ante la muerte?

Me fui de esa reunión con una profunda sensación de derrota. Me prometí que volvería a verlo poco tiempo después y que entonces sí, tomaría el coraje suficiente para hacerle la pregunta o las preguntas correctas. Pero no lo hice y estaba por aprender que las preguntas, antes que buenas o malas, deben ser oportunas.

Un par de semanas más tarde me enteré que Brousson había muerto de un paro cardíaco fulminante. Sin previo aviso, se desplomó para no volver a levantarse. Nunca más.

24.

En esa misma hamburguesería paraba Rodolfo Galimberti.

Un hombre ya adulto, con la campera de cuero, sentado en una mesa de la vereda junto a la impresionante moto. Al principio usaba modelos clásicos, tipo Harley-Davidson, pero las tendría de todos los tipos y colores y cilindradas y con todos los detalles posibles. Cromadas o no. Con manubrios rectos o en jarra. Con llantas comunes o ricks. Algunas customizadas. Con caños de escape cortos o largos.

Había vuelto a escena tras los indultos de Menem a los jefes de la dictadura y de la guerrilla, durante los primeros meses de su gobierno. Galimba, como le decían, había sido uno de los iniciadores de las organizaciones armadas y se había ganado fama de hombre de armas al frente de la Columna Norte de Montoneros, para partir al exilio durante la dictadura militar. Durante su estadía en el exterior, había roto con la conducción de su organización por oponerse a la Contraofensiva montonera, una operación suicida que consistió en el regreso al país de algunos comandos especiales que pretendían retomar el combate guerrillero sin saber que los esperaba una muerte casi inmediata.

El exilio y su espíritu aventurero habían llevado a Galimberti a combatir en el Líbano para líderes palestinos, a relacionarse más tarde con la CIA y a otros delirios de la época, pero al fin había vuelto a casa, con más ganas de vivir la buena vida que de quedarse anclado en una historia de tropiezos y pérdidas. Por supuesto, su regreso, aunque sigiloso al principio, dividía aguas como pocos. Muchos le achacaban la masacre pasada; otros se morían por conocerlo. Entre los segundos se encontraba Hugo Anzorreguy, el jefe de los espías del menemismo, que pronto le asignó a uno de los grupos que pululaban en las afueras de la Secretaría de Inteligencia.

Fanático de la adrenalina, Galimba no podía arrancar el día sin pasarse un buen rato descargando pistolas en uno de los muchos polígonos de la ciudad. Era buen tirador, se jactaba. Pero sobre todo era un hombre sin miedo. Y a poco de volver a la acción (algunos le atribuían ser el autor de los disparos contra Pino Solanas), comenzó a relacionarse con dirigentes políticos, empresarios, funcionarios de clase y, también, con algunos periodistas.

Quien me acercó a él, claro, no fue otro que Patricio. Ya eran los tiempos de los mensajes de texto, que se enviaban dictando palabras a un operador telefónico, que a su vez transcribía el mensaje al interlocutor a

través de un pequeño dispositivo que llevábamos todos en la cintura. Una tarde Patricio me avisó por esa vía que alguien quería conocerme. Alguien que me iba a interesar.

La cita fue en una casona de Barrio Parque. Toqué el timbre y detrás de una puerta fundida en chapa se asomó una sonriente anciana que me invitó a pasar. Me esperaban arriba, me anunció. Pasé por un enorme hall de distribución hasta una escalera que llevaba al piso superior y hasta una oficina inmensa que daba a la calle, con vidrios espejados que ocultaban de intrusos lo que allí pasaba. Las paredes estaban cubiertas con banderas norteamericanas, fotos de señores uniformados, gorros y banderines colgados como trofeos. Parecía una oficina diplomática o una central de operaciones. Pensé más bien en eso: en una central de operaciones. El centro de la sala estaba ocupado casi en su totalidad por una inmensa mesa ovalada, donde estaban conversando Patricio y su acompañante. Apenas me vio entrar, Galimba se paró y vino hacia mí. Era corpulento, llevaba una barba desprolija de varios días, tenía una camisa abierta hasta la panza que se le asomaba sin vergüenza. Me dio un largo abrazo, como si me conociera de toda la vida, y tres besos alternados en las mejillas.

–Por fin te conozco –me dijo, como si en verdad le interesara.

A partir de ese saludo ritual, se abría ante su interlocutor (en este caso yo) un hombre totalmente distinto al que narraban las crónicas de los crueles años setenta. Lejos de ser el frío mercenario que muchos pintaban, Galimba se mostraba como un hombre cariñoso y encantador. Por supuesto, yo también sabía que era un peligro. Empezaron allí una serie de reuniones que eran, por cierto, difíciles de sostener. Galimba te recibía para conversar un ratito, pero esa porción de tiempo se estiraba de manera irracional hasta convertirse en una tarde interminable. Rara vez hacía silencio. Se recostaba en su silla y comenzaba a narrar historias, una detrás de la otra. De su paso por Montoneros, de su relación con el menemismo, de sus viajes por el mundo, de sus amigos de aquí y allá, de sus nuevas relaciones con el espionaje local y la CIA norteamericana. Cuando lo conocí, él acababa de romper un noviazgo con una mujer a la que había plantado en el altar. No porque no la quisiera, sino porque había llegado tarde a la boda, simplemente. A decir verdad, tarde es poco. Había llegado exactamente un día después de la cita. Pero Galimba era así. Se quejaba de la falta de empatía de los demás, como si no fuera él sino el resto (su novia plantada o quien fuera) quienes estuvieran desfasados del mundo. Quedábamos en almorzar en su oficina (o lo que fuera esa misteriosa casona) y de pronto aparecían mozos de chaqueta sirviéndonos suculentos asados que podían abastecer a una patrulla entera de soldados hambrientos. Galimba comía cada vez como si fuera la última y bebía como si no hubiera límite. Vino, más vino, y finalmente una botella de Johnnie Walker que apoyaba en la sobremesa hasta agotarla. En medio de

la charla (o más bien, de sus exposiciones) la anciana de sonrisa plena le acercaba mensajes escritos en papel o le arrimaba el teléfono inalámbrico que era furor en esos días. Galimba parecía despreciar la intimidad. Delante de su invitado, atendía el teléfono y conversaba con igual soltura con algún amigo personal o con un funcionario. Pedía cosas, insultaba, se mostraba afectuoso, prometía influencia o acciones concretas. En esos encuentros lo escuché regalar viajes, lo escuché prometer el pago de la educación completa en una universidad norteamericana para el hijo de un amigo que estaba en la mala. Exuberante. Eso era. Definitivamente exuberante.

Por supuesto, mi vida debía seguir su curso. Después de semejantes comilonas yo debía volver a la redacción del diario a escribir mis crónicas del día. Llegaba pasadas las cinco o seis de la tarde, casi arrastrándome, y con falta absoluta de disimulo les confesaba a mis jefes que no tenía nada para contar porque andaba "en algo" que ya iba a dar sus frutos. La promesa de una futura gran crónica los contenía, pero solo a veces. Para compensar la falta, me sentaba en mi escritorio y me dedicaba a resolver con rigor mecánico las noticias del día, sin levantar la vista del teclado hasta terminar con el trabajo. Era extraño regresar al mundo real. Mi cabeza se quedaba allá, en esa casona alocada donde el palpitar de las cosas parecía tener otro tiempo. El jefe de la sección Política era Julio Blanck, un periodista de espaldas anchas y una personalidad avasallante, tal vez el más brillante de su generación. Julio debió practicar mucha paciencia conmigo, pero suponía que más tarde o más temprano mis contactos iban a dar algún beneficio. *Antes de ser policía, fui ladrón*, solía decir, para justificar su debilidad por algunos rufianes. Ahora que lo pienso: ¿no fue él quien me habló por primera vez de Los Horribles? Me parece verlo. Julio acercándose a mi escritorio, una tarde cualquiera, para preguntarme sobre algún episodio espinoso de la realidad:

–¿Y? ¿Qué dicen Los Horribles? –me apuraba.

Los Horribles, por supuesto, siempre tenían algo para decir.

25.

Galimberti, Rodolfo. Montoneros. Guerrilla.

Ese era el título del primero de los tres sobres amarillentos que guardaban viejos recortes de diarios y revistas sobre él en el archivo del diario *Clarín*. El archivo, como les dije, era inmenso e intimidante. Los enormes estantes de aluminio, repletos de sobres, llegaban hasta el techo y dejaban entre sí pasillos iluminados por tubos flourescentes por donde circulaban, a toda hora, los cuatro a cinco empleados de cada turno, encargados de seleccionar toda la información publicada en todos los diarios y revistas del país. Por supuesto, acudí al archivo para ver qué decía sobre mi nueva y peligrosa fuente.

Galimberti, Rodolfo. Los primeros recortes referían a los años ochenta, cuando la Justicia llevó a juicio a los militares que habían conducido la dictadura que gobernó al país entre 1976 y 1983, junto a los líderes de la guerrilla que les había servido de argumento para sostenerse en el poder. El juicio a ese pasado letal había removido las historias de los principales cabecillas de la guerrilla, algunos de ellos cubiertos por una pátina de heroísmo y otros por la de la traición. Galimba pertenecía al segundo grupo, acaso porque había salido de la conducción de Montoneros en pleno exilio y antes del final de la dictadura, perdiendo cierto control sobre el relato que iba a retratarlos. Aunque pensándolo mejor, a Galimberti no se le perdonaba su recorrido posterior. En su regreso al país, se había convertido en un hombre de buen pasar y de contactos bien alejados de los supuestos de un hombre con sueños revolucionarios. Los últimos recortes daban cuenta de eso. El archivo lo mostraba en fotos con Jorge Born, una de las víctimas del secuestro extorsivo más famoso y costoso de los setenta, del que había participado el propio Galimberti. Aunque parecía un cuento imposible, Galimba y Born no solo se habían reencontrado, sino que se habían hecho amigos y hasta socios. Se habían conocido como secuestrador y secuestrado, pero en tiempos de paz habían hecho las paces y se decía que Rodolfo –así lo llamaban sus conocidos– lo había acercado a parte de la fortuna que había pagado su familia como rescate. Había más. Entre los recortes se lo veía con su campera de cuero a bordo de una Harley-Davidson. Se lo veía tomando champán en Punta del Este. Se lo veía en cócteles junto a diplomáticos y empresarios. Se lo veía incluso junto a Susana Giménez, la gran diva de la televisión, que se había puesto de novia con uno de sus nuevos amigos, Jorge El Corcho Rodríguez.

¿Cómo explicar al viejo guerrillero convertido en hombre de lujos y

farándula? Galimberti se reía de todo eso. Había que adaptarse a los tiempos, decía. Había que acompañar a los tiempos y no esperar que los tiempos lo acompañen a uno. Una tarde le pregunté por ese sorprendente giro en su vida. No me olvido de su reacción. Para empezar, me miró como si yo no entendiera nada. Después lanzó una carcajada. Después encendió un cigarro. Y después me dijo algo así:

–Yo me cagué a tiros con un montón de milicos y hoy muchos de esos milicos son amigos míos. Qué voy a hacer. ¿Llorar por los muertos? Los que murieron sabían que estaban expuestos a eso. Y yo tuve que seguir. Todos tuvimos que seguir. No podés quedarte en el pasado. Nunca.

Siguió Galimba, unos cuantos años más. Junto a Jorge Born y su amigo El Corcho, armaron una sociedad con Susana Giménez y el cura Julio César Grassi, muy prestigioso en ese tiempo, sobre quien todos ignorábamos su afición por abusar a los chicos pobres a los que decía proteger en su fundación de supuesta beneficencia. Aprovechando el programa de televisión de Susana, y gracias a sus contactos en la SIDE, Galimba y sus amigos habían conseguido un software que permitía algo inédito en esos años: identificar y cobrar los llamados telefónicos que hacían los televidentes al programa. Lo que inventaron fue un sistema que les cobraba un pequeño monto a los cientos de miles que se comunicaban con el programa *Hola Susana*, a cambio del sueño de un premio millonario y una tajada que, se suponía, iba en forma de donación a la fundación de Grassi. Todo terminó en un escándalo cuando Grassi y los otros miembros de la sociedad se culparon entre sí de haberse quedado con una parte desmedida de esa tajada, que no iba hacia los pobres sino a sus bolsillos.

26.

Una licitación que salía con trampa, un juez que estaba por procesar a alguien, algún romance del poder. Esos eran los datos que solía proveerme Patricio. A veces eran datos útiles, pero muchas veces eran impublicables, o porque no había manera de comprobarlos o porque no tenían un valor verdadero para los lectores. ¿Por qué me acercaba él esa información? Era evidente que tenía intereses. Como todas las fuentes, ofrecía información porque le servía que se hiciera pública. Algunas veces me transparentaba las razones que lo motivaban, otras me las ocultaba. Así funcionaba y funciona la relación con todos los informantes. Nadie ofrece información si no es porque le conviene que se conozca. Esa regla vale para las fuentes de todo tipo y calaña, no importa si son bien intencionadas o no. En ciertas ocasiones, aquello que los motiva está a la vista o es explícito. Pero no siempre sabemos el motivo que los empuja a contarnos cosas. A veces, solo a veces, debemos adivinarlo. Si Patricio me traía datos sobre una empresa fantasma que estaba por ganar un negocio fenomenal con el Estado, yo debía sospechar que trabajaba para otra empresa que había perdido ese negocio. Si me acercaba información sobre un juez corrupto, debía imaginar que estaba trabajando para alguien investigado por ese juez.

Nuestro trabajo, el de los periodistas, consistía y aún consiste en valorar esa información pero sin perder de vista que es parte de un interés y que puede ser, si no falsa, al menos información intencionada. Para protegernos, lo que debemos hacer es mantener una prudente distancia de los acontecimientos que nos narran. No debemos ser parte de ellos. No debemos ser parte del problema.

Una mañana Patricio me llamó al teléfono fijo de mi casa. Yo me había borrado de las guías telefónicas para evitar llamadas inoportunas, pero Patricio consiguió el número de alguna manera y ahí estaba, al otro lado de la línea. Apenas le di los buenos días, le pasó el teléfono a Rodolfo Galimberti. Resulta que Galimba estaba en un aprieto, no sabía qué hacer, y quería mi opinión, la de "alguien ajeno a su mundo". Confieso que no supe si alegrarme o preocuparme. Estar fuera de su mundo era lo que yo quería, pero suponía que, tratándose de él, era un estatus un poco precario que podía derrumbarse en cualquier momento. Nunca supe si lo que me contó era cierto o parte de sus invenciones. Según su relato, la policía había detectado flotando en el río Reconquista, en el Gran Buenos Aires, a la altura del partido de Tigre, una vieja bolsa de cuero con media docena de fusiles, de los fusiles que se usaban allá lejos y hace tiempo, cuando la

Columna Norte de Montoneros se mataba a tiros con la policía y los militares. Me recuerdo a mí mismo parado en la cocina de mi pequeño departamento, preparado para ir a trabajar al diario, cuando Galimba me contaba que la bolsa había formado parte de un arsenal que él mismo había ocultado en una cueva en los tiempos de la guerrilla. Me había olvidado, me dijo. Habían pasado casi treinta años. La bolsa estaba dentro de una casilla de la vera del río, pero la subida de las aguas debió haber inundado la casilla y debió haber rescatado la bolsa de armas desde los sótanos de la historia para arrastrarlos por el cauce podrido del Reconquista. Como si fuera un camalote perdido, me dijo. Pero más peligroso.

¿Y qué quería que yo hiciera? Solo saber mi opinión. Solo saber si yo creía conveniente que se revelara como el propietario de las armas para poder reclamarlas.

El mundo de Los Horribles es contaminante. Todos y cada uno de ellos acaban por intentar la complicidad que los justifique. Para los periodistas, son fuentes de información, muchas veces valiosa y conveniente. Pero para ellos no somos tan distintos ni hacemos algo demasiado diferente a lo que ellos hacen. Vivimos de la información, en todo caso. Solo que ellos la utilizan para vivir y nosotros, según nos dijeron nuestros maestros, la usamos para contarles a nuestros lectores o a nuestro público el mundo que nos rodea. ¿Tenía que contestarle? ¿O simplemente decirle que no era mi asunto? O más aún: ¿no debía denunciar yo mismo el origen de aquellos fusiles perdidos en la trama alucinada de la historia?

Todavía me veo, en la cocina, el teléfono en la oreja y el mate en la mano. Era muy temprano para discutir con Galimberti.

–No sé, Rodolfo –le dije–, hacete el boludo.

Nunca supe cómo terminó esa historia, porque al poco tiempo Galimberti se murió. Otro más. Como a Brousson el suyo, su cuerpo no lo había aguantado. Galimba comía como un chico hambriento, tomaba como un loco, andaba en su moto a dos mil por hora, no paraba de meterse en líos, casi que parecía que andaba convocando a la muerte a gritos. Más allá de su ampuloso deseo por no mirar atrás, supongo que iba demasiado rápido para no detenerse a pensar en todo lo que había vivido. Las venas se le taparon y, tras unas horas de agonía, murió en una clínica de San Isidro. Me pasó algo parecido a cuando se murió El Oso. ¿Debía ir al entierro? ¿Debía sentir algo por él? Otra vez me ganó el profesional y me limité a escribir un artículo para el diario, donde relaté parte de lo que fueron sus últimos años y su intento más o menos fallido por volver a reinsertarse en la escena pública. Conté de su pasión por las motos, por la buena comida, de su intento por dejar atrás las heridas y muertes de los años setenta. Nada dije de los fusiles perdidos y tampoco conocía, todavía, sobre el escuadrón fantasma que tenía en la SIDE.

Pero su muerte me obligó a regresar al archivo.

Galimberti, Rodolfo.

Volví a ver sus fotos en blanco y negro, los primeros planos de su cara, los ojos más profundos que los que yo había conocido. Algunas fotos estaban marcadas con trazos de colores en diagonal o rectos, hechos por los diagramadores para definir los espacios que habían ocupado en las impresiones de páginas. Volví también a releer los recortes de diarios y revistas. La Columna Norte de Montoneros. Su ruptura con la guerrilla. Su sociedad con Susana y El Corcho. Pero en los sobres del archivo no estaba Galimba. Definitivamente, el Galimba al que yo conocí no estaba en esos sobres amarillentos.

Fue allí, por primera vez, cuando me sorprendió la idea de que lo realmente importante de una vida no entra nunca en un archivo y que un archivo, como materia prima de nuestra información, necesariamente representaba una vasta distancia entre la realidad y lo que podíamos sospechar sobre ella. Así que era eso lo que hacíamos: narrábamos sospechas.

27.

Definitivamente, no tendría que haberle dicho eso a Galimberti.

–Hacete el boludo.

¿Quién era yo para decirle eso? No hay que involucrarse con las fuentes de información, menos con este tipo de fuentes. Nos pueden contaminar y convertirnos en lo que son ellos. Debe haber una pared invisible que nos divida. Ellos viven su vida y nosotros la nuestra. Lo mismo vale para Patricio.

Vuelvo ahora al salón fumador.

Del hotel seis estrellas.

En la mesa que comparto junto a Patricio.

Tengo ante mí la pila de papeles que son mucho más que papeles.

Puedo mirarlos, pero sé que el tiempo apremia. Solo mi memoria accederá a lo que tengo enfrente, al menos hasta que se convierta en libro, si alguna vez ocurre.

Paso las páginas al azar y saltan a la vista algunos nombres, claves. El Oso, El Mudo, Galimberti, unos cuantos empresarios, un banquero muy conocido, varios dueños de medios de comunicación, varios lobbystas y todos los ex presidentes. Pero Patricio no ha usado nombres reales para todos. Hay referencias para citar a algunos de ellos. Es fácil adivinar que El Mudo es El Coti Nosiglia. Me llama la atención El Señor Javier, muy mencionado, a quien yo conocía también gracias a Patricio. Aparece El Bombón y sé que refiere al presidente Macri. Al Tano Angelici lo ha bautizado como El Coterráneo. Veo que lo ha citado mucho. Memorizo lo que puedo. El Bombón. El Coterráneo. Y El Malo. ¿Quién es El Malo?

28.

En esos años El Tano Angelici empezó a crear su fortuna. En su propio relato, todo se había gestado como un sueño delirante, durante una charla de café con un gallego que atendía su bar en la vecindad de la cancha de Huracán. Hasta ese instante, El Tano era el hijo de un matrimonio de inmigrantes llegados de Italia. Su papá, Remo Angelici, había tomado un barco desde las costas del mar Adriático para huir de las hambrunas de la posguerra europea y trabajaba como mecánico en la fábrica Ford, criando a su familia primero en Parque Patricios y luego en Soldati, dos de los barrios más abandonados de la ciudad. El Tano había hecho la escuela en un colegio marista, el Inmaculada Concepción, y ya en sus últimos años del secundario, en plena euforia por el retorno democrático, se había asociado a la Juventud Radical, abrazado como tantos otros a la ilusión de que la política podía mejorar el mundo. Los registros de la época y la memoria de unos pocos lo sitúan inscripto en la Circunscripción 23 (Pompeya–Soldati) de la Juventud Radical, que respondía directamente al Coti Nosiglia, El Mudo. Era de la línea alfonsinista, rabiosamente alfonsinista. Y aprendió rápido que su trabajo consistía en sumar voluntades a la causa. En los barrios a su cargo, se ocupaba de conseguir afiliados, organizar la distribución de boletas en tiempos de campaña, las pegatinas de los afiches y las pintadas, mientras rosqueaba entre los delegados de la Juventud para meter a sus propios discípulos en el cuerpo de delegados del partido y así ganar espacio de decisión en las listas de candidatos y en los puestos que se conseguían dentro del aparato estatal. Mucho se trataba de eso. De generar empleo político. Le fue más fácil durante la primavera alfonsinista, pero tras la salida de Alfonsín del gobierno el devenir se hizo más esforzado, aunque siempre se las rebuscaba para ocupar los espacios de poder que se generaban. En la ciudad de Buenos Aires, los puestos disponibles estaban en el Consejo Deliberante, en las asesorías del Congreso y en las múltiples oficinas públicas que pululaban por ahí. Pero también había espacios en la Universidad de Buenos Aires y otros claustros que la sociedad ni imaginaba, como entes reguladores o de control. A los veintipico de años, El Tano ya era un dirigente juvenil destacado en las tareas de acumulación. Administraba a unos cuantos delegados juveniles, conseguía cargos, y como por arte de magia comenzó a usar un collar de oro (o dorado, quién sabe) y hasta se atrevió a moverse en un auto descapotable de nuevo rico. Pocos sabían que su suerte estaba atada, en realidad, a negocios ajenos a la política o, mejor dicho, hijos de la política.

La versión edulcorada que daba Angelici sobre su asenso era similar a la que leo en los apuntes de Patricio. Un buen día, el gallego que atendía en el bar de Parque Patricios convocó a un grupo de clientes y amigos para invitarlos a participar del negocio que iba a cambiar sus vidas. El gallego les ofreció comprar entre todos un bingo en San Bernardo. Así es, un bingo. La apertura democrática había habilitado negocios antes prohibidos, entre ellos el del juego legal. Para convertirse en parte del emprendimiento, los futuros socios solo tenían que juntar un poco de plata y dividirse tareas en el manejo del negocio. El Tano, según su propia leyenda, apostó todo lo que podía: vendió el Renault 18 de la familia (todavía no soñaba con el descapotable) y se fue a vivir una temporada a San Bernardo, donde se hizo cargo de la parte gastronómica del bingo. Ese habría sido el principio de todo. El puntapié inicial, como se dice, tan incomprobable como la leyenda que circulaba entre los militantes radicales de aquellos años, que sospechaban que El Tano no era otra cosa más que el testaferro de su jefe político, El Coti, al que seguía de cerca cada que vez que El Mudo deambulaba por la zona sur de la ciudad. Algunos le atribuían el rol de chofer del Coti, otros de asistente. Pero la figura del testaferro flotaba entre todos, como un rumor consistente e incomprobable.

Años más tarde, promediando los años noventa, mientras militaba en un radicalismo que hacía todo lo posible por sobrevivir a su propia crisis, El Tano y varios de sus amigos, entre ellos un empleado de la Lotería de la Provincia de Buenos Aires llamado Daniel Mautone, se enfocaban en la tarea de la acumulación. Tras el éxito del bingo de San Bernardo, lograron abrir una casa de apuestas en San Clemente, y luego incursionaron en el Conurbano bonaerense, con la concesión del Club Alem, en General Rodríguez, con otra sala de bingos que, a diferencia de las de la Costa, recibía clientes durante todo el año.

Bingos, lotería, juego. Una caja de facturación rápida que iba a ir creciendo y que, poco a poco, lo iba a involucrar en la política pero desde otro lado. Muchos se preguntaban cuál era la prioridad entre las dos caras del Tano. Si sus negocios o la política. Por supuesto, era una pregunta estúpida.

29.

El problema no es cómo se entra a la política, escribió Patricio.

El problema es cómo se sale.

El universo nuestro nos proporciona un panorama desolador: casi todos salen millonarios.

30.

Una tarde, finalmente, nos anunciaron que el archivo del diario se mudaba al subsuelo del edificio. De ocupar un lugar de privilegio de la redacción, junto a la entrada del tercer piso, pasó a un tortuoso recinto sin luz natural, un laberinto de luces fluorescentes y olor a humedad que solo podía estar condenado al abandono. De los cinco empleados por turno que atendían el viejo archivo, pasaron a ser uno o dos por la tarde, que ya no iban a seleccionar ni a recortar nada, sino a administrar la memoria de papel de un país que se iba a sumergir, como todos, en la vorágine infinita de los archivos digitales. Tras un período bastante prolongado que llevó la digitalización del material físico, las bases de información se cargaron en discos de memoria y más tarde en la nube de Internet. Esta transformación definitiva iba a modificar nuestras rutinas y nuestra relación con la información. Ya no iba a ser necesario pasarse horas y horas revolviendo sobres amarillentos en pasillos a media luz, sino que alcanzaría con poner una palabra clave en una ventanita de la pantalla de la computadora. El mundo se abría ahora a la velocidad alucinada de los buscadores web. A un ritmo tan fascinante que pronto íbamos a perder de vista lo que pasaba a nuestro alrededor. Parecía que estábamos acercándonos a la información, cuando en realidad nos alejábamos. Como Solís y sus hombres, cuando creían avanzar, sin saber que estaban caminando hacia atrás.

31.

El país entero estaba cambiando. Sucedió durante la década del noventa. Solo para unos pocos, una década de excesos y lujos. Para todos los demás, un resbalón hacia los fondos.

Los más de diez años del gobierno de Carlos Menem fueron guiados por la apertura de la economía sin ningún tipo de control, el acceso a las primeras tecnologías de la globalización y el deterioro de muchas de las variables que contenían a una sociedad que no estaba preparada para la transformación que proponía el mercado. Desde el discurso del poder, se generaba la sensación de que el primer mundo no era algo tan alejado e imposible, pero ese relato solo era perceptible en los sectores altos y medios de la sociedad. Mientras una parte de los argentinos se beneficiaba por inversiones extranjeras y un dólar anclado al peso, otros sectores estaban siendo desplazados hacia trabajos cada vez más precarios o pobres, o incluso afuera de los márgenes del sistema. Se partió en dos, el país. Y esa fractura, desde entonces, solo iba a profundizarse. Escuelas privadas para unos; públicas para otros. Clínicas de prepagas para unos; hospitales desflecados para otros. Barrios cerrados y villas miserias. Lujo y carencia. Joda y sufrimiento.

El símbolo urbano de ese tiempo fue Puerto Madero. A pocas cuadras de la Villa 31 (que crecía como un virus sobre los terrenos linderos a la estación de trenes de Retiro), este nuevo barrio irrumpió como el gran salto a la modernidad. Hasta la llegada del menemismo, era una zona de la ciudad abandonada y semidestruida, con sus antiguos depósitos de ladrillos a la vista olvidados para el viento y las ratas. Pero Menem vio la oportunidad y armó un negocio descomunal. Los edificios se hicieron a nuevo, muchos se convirtieron en oficinas y lofts de última moda, las playas de depósito de contenedores se transformaron en paseos soleados junto al lengüetazo del río que se dejaba atrapar entre los diques, dándole al lugar un aire entre clásico y moderno que iba a fascinar a turistas y adinerados de cabotaje. Muchas empresas de punta comenzaron a mudarse a los edificios reciclados. Pronto iban a crecer como hongos espigados decenas de torres majestuosas que, mientras robaban el ingreso de aire fresco a la ciudad, ofrecían desde su altura vistas espectaculares hacia el marrón casi infinito del Río de la Plata.

Los Horribles ocuparon sus sitios, también allí. En los viejos galpones ahora reconvertidos se instalaron cuevas de la SIDE y, en simultáneo, las primeras agencias de investigaciones y espionaje empresario, entre otras la

agencia Pinkerton, nacida en Estados Unidos durante la conquista del Oeste, cuando los vaqueros armados a los que admiraba Patricio pretendían ampliar la frontera de sus vidas y estaban dispuestos a hacerlo matándose a tiros. Allan Pinkerton había fundado su agencia en 1850, cuando los cowboys emulados más tarde en las películas del western violentaban la ley y merecían un castigo que el Estado no alcanzaba a darles. Eran los detectives privados los que saldaban las cuentas, para el que podía pagarlas.

La cercanía física entre los espías oficiales y las agencias privadas de espionaje tenía su explicación. Ocurre que muchos agentes de planta o informales de la SIDE comenzaron a vender sus servicios a clientes externos, como empresarios, banqueros, sindicalistas y políticos. Escuchas telefónicas, informes comerciales, barridas financieras, todo parecía valer más afuera que puertas adentro del aparato estatal. Yo había visto y oído un puñado de casetes o disquetes con escuchas telefónicas, pero había gente de poder dispuesta a pagar fortunas por cientos de escuchas como esas o a financiar seguimientos personales o a encargar la instalación de micrófonos en oficinas comerciales de la competencia. El espionaje comercial, de hecho, emergió como el negocio más rentable de un mercado que acercó a muchos de Los Horribles con los empresarios. La posibilidad de anticiparse al movimiento de la empresa rival era una herramienta de seducción irresistible. Junto a la versión local de Pinkerton, aparecieron las firmas Kroll y otras de menos renombre pero de igual influencia. En ese contexto, en una pequeña pero bellísima oficina, con vista privilegiada al dique del puerto, Patricio comenzó a mostrarse como un investigador independiente. Empezó a vestirse mejor. Moderó sus modales y empezó a cuidar sus uñas y sus manos. Cambió los cafetines del centro por los restoranes con carta de vinos.

Su ascenso modificó nuestros hábitos. Ya no venía a verme a la redacción del diario ni a dejar sus sobres, sino que me llamaba por teléfono o me mandaba mensajes para que lo fuera a ver. Lo que me ofrecía era muchas veces información de altísimo riesgo. Nuevos casetes con escuchas telefónicas grabadas, disquetes con expedientes de la SIDE o informes reservados de las fuerzas de seguridad que se suponían confidenciales. Una tarde le comenté que estaba escribiendo sobre un dirigente y a la semana me visitó en la redacción un muchacho enviado por él con un sobre para mí. Al abrirlo, me encontré con una planilla con la lista completa de los gastos de tarjeta del funcionario, sus deudas bancarias, sus pagos más o menos habituales. Gracias a esa radiografía de consumos, podía saber lo que el dirigente en cuestión gastaba en nafta, en el supermercado, las paradas que hacía para almorzar, los gastos exuberantes para sus ingresos formales. Era algo impensable en otro tiempo, que solo se explicaba con alguna fuente directa en la agencia

impositiva (entonces se llamaba DGI) o incluso con la intromisión de sus bases de datos.

Semejeante información me ponía en aprietos. ¿Era publicable aquello que me acercaba Patricio? ¿Podíamos los periodistas valernos de datos de origen dudoso, aun suponiendo que fueran datos ciertos? Los periodistas nos hacíamos esas preguntas, todavía. Sentíamos que los cuestionamientos a nuestro oficio nos engrandecían.

32.

En una de las primeras escenas de *El Bueno, el malo y el feo* se lo ve a Clint Eastwood (el bueno) cortando de un disparo certero la soga con la que están a punto de ahorcar a Eli Wallach (el feo), en las afueras de un pueblo de polvo y sol ardiente. Ya sabemos que un rato antes el mismo Clint había entregado a Eli ante el sheriff local, para así cobrar el rescate que se pedía por su cabeza. Así comprendemos la farsa, que consiste en capturar al reo para después salvarlo y seguir con el juego otra vez, hasta el infinito. Es el feo quien explica las reglas:

–Hay dos clases de hombres. Los que cuelgan de la soga y los que la cortan.

En sus años de Puerto Madero, mientras se daba aires de Allan Pinkerton y comercializaba información para el mundo privado, Patricio comenzó a trabajar para El Señor Javier en el antiguo oficio de cortar la soga de los ahorcados. Como agente extraoficial de la Secretaría de Inteligencia, recibió la orden de acompañar al Señor Javier en su misión fundamental: las caminatas por Comodoro Py, un gigantesco edificio de hormigón en el puerto de Buenos Aires que en los años noventa recibió a los juzgados federales cuando se decidió ampliarlos de seis a una docena. Los jueces federales eran y son los encargados, en teoría, de investigar los hechos de corrupción del poder central, por lo que el menemismo (con el malo de Jorge Antonio) se impuso a sí mismo el objetivo de controlarlos o domesticarlos. El señor Javier empezaba a ser una pieza clave en ese plan. Peronista de toda la vida, trabajaba para el Ministerio de Justicia y visitaba a los jueces de manera periódica, en su calidad de asesor del ministerio y de enlace de auxilio para ellos. Al principio les preguntaba por sus necesidades administrativas o edilicias, les ofrecía la ayuda del ministerio para la compra de computadoras o la contratación de personal.

Como la mayoría de Los Horribles, El Señor Javier poseía el poderoso don del encanto. Simpático, conversador, nunca olvidaba el nombre de los hijos de los jueces y sabía preguntar con cautela por las causas que ellos llevaban. ¡Ah, la simpatía! ¡Qué herramienta poderosa! El Señor Javier abrazaba a los jueces, les sonreía, les contaba anécdotas imperdibles, era cariñoso con sus empleados, prometía y conseguía partidas presupuestarias extras para insumos o se aparecía con una impresora de última generación cuando la precisaban. Con el tiempo, se sabe aunque nunca se probó, también empezó a repartir plata. Poca al principio; mucha al poco rato. Como el Ministerio de Justicia no contaba con fondos reservados, o no con

los suficientes, quienes aportaban los billetes eran los de la Secretaría de Inteligencia. Y sí, Patricio era uno de los valijeros. Uno de muchos valijeros.

33.

Los valijeros.

Hasta que los vimos en acción, muchos años más tarde, los valijeros figuraban en nuestra imaginación como aquellos hombres retratados en las películas. Señores bien elegantes, silenciosos, que se trasladaban en autos con chofer y entraban a los despachos con un pequeño portafolios de cuero. En los años noventa había uno que cumplía con esa descripción. Era bastante conocido por los periodistas, llegó a ser director de Aduanas del gobierno de Menem, y había generado una pequeña fortuna como nexo (o valijero) entre el gobierno de Menem y el empresario Alfredo Yabrán, uno de los grandes beneficiarios del Estado hasta que, tras el caso Cabezas, acabó suicidándose de un tiro de escopeta en la cabeza.

Leo los apuntes de Patricio y me encuentro con una escena donde ese valiijero es el protagonista. Nos cuentra el narrador –desde la distancia, como si no tuviese nada que ver– que el valijero había intentado quedarse con una valija de más, sin medir las consecuencias de su ambición. Hasta que una mañana su auto con chofer fue alcanzado por una ráfaga de disparos. En plena calle, una mañana cualquiera, alguien bajó desde otro auto y le disparó a mansalva. Tanta suerte tuvo el valijero, que en ese preciso instante estaba recostado sobre el fondo del asiento trasero y la decena de balas que le inyectaron tropezó con el armazón de la carrocería sin siquiera rasguñarlo.

–Estaba leyendo el diario –escribió Patricio– y lo siguió haciendo después de la balacera.

34.

Daniel Angelici.

El Tano. O El Coterráneo.

Su incursión en el universo político fue, como ya sabemos, a través del Coti Nosiglia. Aunque la memoria de algunos le asigna el rol de chofer del Coti, Patricio y otros le atribuyen un rol de secretario privado o de delegado directo en la militancia radical de base. De él aprendió la política del tejido, la construcción a través de la proliferación de ahijados y de favores. Con poco más de treinta años, se movía en un auto importado, de su muñeca colgaba un reloj de miles de dólares, de su cuello un collar de oro. Pero lo más importante es que ya tenía su grupo de feligreses. Martín Ocampo era el más risueño, un muchacho carismático y entrador que le llevaba la agenda y con el que había que hablar para pedirle un rato con su jefe. Otro se hacía llamar Larry, Enrique Ochoa, un tipo largo con el que El Tano hablaba al oído en las reuniones. Completaba la pandilla un petiso engreído –siempre los hay–, Sebastián El Enano De Stéfano, el primero en ingresar a los lugares a los que llegaban, como si fuera la carta de presentación del grupo. Muchos recuerdan cómo llegaban en patota a las convenciones del radicalismo porteño, siempre sobre la hora pero haciendo ruido, moviéndose como jefes aunque todavía no lo eran.

El Tano estaba en pleno proceso de ampliación de sus tentáculos. Entre otros territorios, dentro de la agrupación estudiantil Franja Morada, fuerza de peso en la Universidad de Buenos Aires, gobernada por lo que quedaba del radicalismo. Tal vez eso explicaba el sorpendente salto de escala social que logró de pronto. El Tano seguía tropezándose con las eses y nunca nadie lo había visto jamás con un libro bajo el brazo, pero de pronto comenzó a exigir que lo llamaran Doctor, Doctor Angelici, ya que había conseguido su título de abogado, recibido en la prestigiosa UBA. Muchos de sus correligionarios lo miraban con desconfianza y se juraban entre sí que El Doctor Angelici debía haber conseguido el título con alguna trampa gracias a sus amigos de la Franja. Pero ya sabemos, el mundo está repleto de envidiosos.

Su fortuna seguía creciendo. Al bingo y la casa de apuestas en la Costa, al bingo de Pergamino, pronto le sumó uno en la ciudad de Ramallo y más tarde se iba a asociar a otro en la provincia de Córdoba. Es que el negocio del juego estaba en plena expansión. Así como los avances tecnológicos estaban alterando la vida de las redacciones y la de todos, en los bingos poco a poco dejaron de importar los cartones donde los jubilados y los

desesperados completaban casilleros esperando ganar una línea de la suerte. La revolución llegó de la mano de las máquinas tragamonedas. Sin pedir permiso al principio, y con respaldo legal más tarde, los bingueros empezaron a incorporar a sus salones cientos de máquinas tragamonedas, verdaderas comefortunas, donde el azar dejaba de serlo y se transformaba en una trampa. Ya lo sabemos: las máquinas estaban diseñadas para ganar, siempre, y en gran escala.

No habíamos llegado al siglo XXI y Angelici, Doctor o lo que fuera, se proyectaba hacia arriba a un ritmo vertiginoso. Faltaba saber hasta dónde deseaba llegar.

35.

Las redacciones no solo estaban cambiando por la revolución tecnológica. Sobre el final del menemismo, la bohemia nostálgica dejó su lugar a nuevos periodistas, mucho más cercanos al conocimiento sistematizado del oficio, que se formaban en las escuelas de comunicación social y aspiraban a un trabajo más metódico y profesional aunque, al mismo tiempo, iba a resultar menos comprometido. En la era naciente, ya no había trasnoches ni fantasía en los relatos, tampoco aspiraciones literarias, pero sí un fuerte rigor por la información precisa y comprobable, mucha de ella accesible a través de la nueva madre de todos los reinos, Internet. Todavía recuerdo el día exacto en que llegó Internet a la redacción de *Clarín*. Poco después del mediodía, fuimos llegando al tercer piso del diario y nos encontramos con que cada sección tenía ahora un cubículo armado con paredes móviles, con un escritorio con una computadora conectada a esa cosa llamada red. Un cubículo por sección. Un cubículo para Política, otro para Internacionales, otro para Deportes, Policiales, Sociedad y cada una de las partes que dividían el diario, cuando las noticias podían pensarse como tajadas de una realidad diseccionable. En Política, al menos, no había nadie que supiera navegar por las páginas web y solo unos pocos teníamos ánimos de aprender. Pero aquello que se nos había inoculado por la fuerza iba a quedarse para siempre y a multiplicarse y a ser el motor de gran parte de la información disponible. Casi sin que nos diéramos cuenta, ocurrió que Internet estaba en todas las terminales y tiempo después, bastante después, también en los teléfonos celulares. Como era lógico, los jovencitos de veintipico que fueron llegando a la redacción manejaban la computadora como especialistas, navegaban páginas con absoluta soltura y cruzaban datos de manera digital en archivos cada vez más inmensos en contenido y pequeños en formato. Los que habíamos sido jóvenes un puñado de años antes, en cambio, nos sentimos de pronto a mitad de camino de todo. No pertenecíamos a los revolucionarios setentistas (fallidos, pero a quién le importa), ni a los modernos adictos a las tecnologías que se aparecieron como una marea silenciosa sobre finales de la década del noventa o principios del nuevo siglo. Era raro verlos. Apenas habían leído un libro, pero parecían saber mucho más que nosotros. Al menos, habían ido a la facultad. No sabían ni de Faulkner, ni de Onetti, apenas conocían de historia, pero navegaban en la información con una velocidad inusitada. Con el correr de los años fuimos viendo más diferencias. Mientras que nosotros todavía aspirábamos a contar historias, ellos se contentaban con

dar noticias. Eran menos ambiciosos, pero más prácticos; menos prejuiciosos y por lo tanto más libres; definitivamente menos apasionados.

El país también daba vueltas en el aire. Y con él los lectores, que empezaron a pedir otro tipo de información y de manera casi imperceptibe nos obligaron a cambiar el contenido y la forma de lo que escribíamos y contábamos. En las páginas de la sección Política, fuimos viendo que ya no alcanzaba con hablar de tertulias y reuniones de funcionarios y legisladores. Ya no era suficiente con publicar las voces de los poderosos, ni de retratar sus obsesiones. El público ahora quería saber "de verdad" lo que pasaba; ahora quería ver desnudas las miserias de los que mandaban.

Las redacciones empezaron a indagar en lo que se ocultaba detrás de las apariencias. Era eso lo que vendía diarios. La trama secreta de la cosa. La verdadera historia. El enigma más o menos revelado. Para satisfacer esa demanda había que alimentarse de otro tipo de información. No bastaba con lo que podían aportar los periodistas acreditados en las dependencias oficiales –Casa Rosada, el Congreso, los ministerios–, sino que había que husmear por aquí y por allá, a espaldas de aquello que nos ofrecían.

Los Horribles, entonces, empezaron a destacarse. Las fuentes inconfesables –la información sensible, aquello que circulaba por detrás de los cortinados– comenzaron a completar las crónicas llenándolas de intriga y excitación. Buena parte del éxito o no de esa nueva narración se sostenía en la coherencia informativa y en la confianza que se ganara el periodista que la sostenía.

Un lugar selecto para la búsqueda de ese tipo de información era el Poder Judicial. Los tribunales. Los cientos de juzgados que debían mediar en los conflictos humanos y también mediaban entre los poderosos y en los muchos asuntos de interés público. Expedientes de papel que se acumulaban en silencio en armarios de metal parecían reclamar que alguien los desempolvara para empezar a mostrarle al mundo escándalos de corrupción y batallas sórdidas del poder subterráneo. En los noventa, casos como el Yomagate, el contrabando de armas a Ecuador y Croacia, o los pagos de sobresueldos a funcionarios públicos, fueron algunos entre muchos otros que iban a multiplicarse al mismo precio que la codicia de los dirigentes de un país cuyos límites morales, antes encorsetados por batallas ideológicas, se resquebrajaban en beneficio de la guía pragmática de los intereses. En la redacción de *Clarín*, si había uno o dos periodistas ocupados en la información judicial, pasamos a ser tres, cuatro, cinco o más. Lo mismo en los diarios de la competencia. Lo mismo en los canales de televisión, en las agencias de noticias, incluso en las radios. En apenas un puñado de años, la agenda de la información pública se vio cooptada por datos sobre causas judiciales, altercados entre abogados, pujas que enfrentaban a jueces, fiscales y funcionarios públicos. Era, a su vez, un reflejo del deterioro de la clase política, que no veía la forma de resolver

sus conflictos más que acudiendo a los tribunales, cuyos pasillos se llenaron de periodistas, que golpeábamos las puertas de los despachos de los jueces para conseguir un dato valioso o nos pasábamos horas leyendo resoluciones y pericias casi infinitas. En esa aventura nos cruzamos, ahora para siempre, con abogados de lobby impensado, con agentes de Inteligencia dedicados a fabricar hechos, con operadores políticos y judiciales, con Horribles de todo tipo.

36.

Tengo en mis manos sus apuntes. Levanto la vista para observarlo a él. Patricio fuma su habano y hace uno de sus gestos, un leve movimiento de hombros, un movimiento circular, como quien intenta precalentar antes de hacer algún ejercicio físico o se prepara para, quién sabe, batirse a duelo en una encrucijada de polvo del Lejano Oeste. Es un gesto que Patricio no puede evitar. Los hombros van y vienen. Hacia adelante y hacia atrás. Lo hace cuando está nervioso o, como en este caso, cuando espera la mirada o la aprobación del otro. Salteo las páginas, rápidamente. De pronto me detengo en un nombre. El Bombón. Descuento que se refiere al presidente, al que Patricio conoce desde hace muchos, desde fines de los años noventa, cuando el ingeniero Mauricio Macri saltó del mundo empresario para convertirse en dirigente de fútbol y se puso al frente del club más popular de la Argentina, lo que iba a ser su gran trampolín hacia la política. En la escena que relata el borrador, El Bombón está reunido con El Coterráneo. La escena los muestra a solas en un escritorio o despacho. Por la descripción es evidente que están en el despacho del jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Macri está sentado en un sillón de madera y cuero, luego se levanta y camina hacia la ventana que se abre hacia la Plaza de Mayo y la imagen lejana de la Casa Rosada. El Tano se le acerca, se le pone a un lado, pero se mantiene de pie y le dice que está comprando la voluntad de uno de los jueces federales. El Tano, sabemos, lleva un buen tiempo haciendo eso. Es el hombre que maneja las relaciones sucias de Macri con el mundo judicial. Es el que hace lo que otros no pueden. De lo que hablan en el despacho es sobre una causa muy sensible para el presidente. Una vieja investigación sobre una red de espionaje. Un juez ya había procesado a Macri como parte de la red de espías y la causa se ha convertido para él en un verdadera calvario. El Tano le pide ahora que se quede tranquilo. Que él puede arreglar al juez, al fiscal, a alguno de los camaristas. Pero Macri no quiere saber nada. Se ofende con solo escuchar la posibilidad de hacerlo. Ya le ha dicho mil veces que él representa un cambio y que no quiere negociar con esa runfla, porque tiene bien en claro que los jueces federales son eso, una runfla, a la que hay que erradicar. La discusión continúa. Un rato más. Otro. Al final, el futuro presidente mira a su amigo.

–Bueno –acaba por concederle–, pero que sea la única vez.

37.

La única vez, lo sabemos, nunca es la última. Salvo para morirse.

En el universo del Poder Judicial, pero también en el de la política partidaria, la única vez es una puerta que se abre pidiendo disculpas pero que ya no puede cerrarse. Es un camino de ida, como las drogas pesadas. La única vez intenta ser solo eso, una excepción, aunque todos saben con mayor o menor conciencia que es una trampa.

Patricio lo hizo, al principio, a la sombra del Señor Javier. Nunca me lo confesó abiertamente, pero sé que formaba parte del reparto de favores. La plata, lo dijimos, salía de la SIDE. Empezó durante el gobierno de Menem, por orden de Anzorreguy, y siguió más tarde. El primer valijero más o menos oficial fue el director de Legales de la Secretaría, José Pepe Allevato. Un tipo de la familia judicial, que había sido juez y era querido y respetado en los pasillos de Tribunales. Los primeros favores de Allevato eran, vistos a la distancia, casi inocentes. Les conseguía viáticos para asistir a congresos en el exterior, puestos en el Estado para familiares. Así, muchos colocaron a sus hijos o a sus novias en la SIDE o en la Justicia. Si se observa con cuidado la planta permanente de la Corte Suprema, por ejemplo, se verá que casi todos los jueces colocaron a sus esposas o a sus hijos en alguna secretaría. Pero la única vez nunca es la última y la cosa se fue yendo de control. Los jueces empezaron a pedir más. Y Allevato y otros emisarios (El Señor Javier) tuvieron que recurrir a más y más fondos, que recibían, como intermediarios, en el piso nueve de la sede central de la Secretaría, en la calle 25 de Mayo. Allí funcionaba una oficina de dos por dos, que era la mesa de entradas de la Dirección de Finanzas. Parecía un hall de distribución, con las paredes de madera oscura que camuflaban una puerta de la misma madera. Por esa puerta se asomaba una mujer sin gestos que entregaba los sobres o las bolsas, si el caso lo precisaba. Cada mes, durante años. Todo esto ocurría a metros de la Casa Rosada y a espaldas de todos nosotros. Eran fondos reservados, así que no iban a quedar registros de nada. Es algo que sabemos que ocurrió, pero en algún punto incomprobable, salvo por la fastuosa riqueza de muchos de los jueces y ex jueces federales. Siempre pensé en esa oficinita del piso nueve, con su puerta camuflada, con sus maderas oscuras, como el centro geográfico exacto del derrumbe moral de la política y la justicia. Fue allí cuando empezó casi todo. En ese lugar preciso, en un tiempo que no termina de irse, con la forma de los sobres cargados de billetes.

Al principio los sobres salían marcados. Con pequeñas referencias. J1.

J3. J8. F2. F7. C2. Las siglas marcaban al destinatario. La J refería a los juzgados, la F a las fiscalías, la C a los camaristas. Patricio, el mismo hombre al que yo veía de manera más o menos habitual, era uno de los eslabones de ese engranaje.

¿Hay algo de todo eso en los apuntes?

Observo los borradores buscando precisiones. Patricio escribe sobre los sobres. Menciona la cueva de donde salía la plata. Pero él no existe. Simplemente sabe lo que pasa. El narrador sigue tomando distancia de los hechos. Como si contara una historia de otros.

38.

Después de verlo durante unos cuantos años en Puerto Madero, Patricio desapareció de mi radar. Fue lo que podríamos llamar su "segunda temporada como fantasma". La primera había sido tras la muerte del Oso. Como aquella vez, se esfumó sin razones a la vista. Simplemente dejó de escribirme y de enviarme notas. Y yo dejé de buscarlo. No era para preocuparse. Muchas de nuestras relaciones se van perdiendo así, en pequeñas acciones que sin razón aparente se van dejando para otro momento y ese momento también es postergado hasta que eso que nos debíamos ya deja de tener sentido. Parte de la culpa la tuvo el colapso del gobierno de la Alianza, apenas un año y medio después del final del menemismo, que acabó con la salida anticipada del presidente Fernando De la Rúa y dejó a la vista una crisis política y económica descomunal. Fue un período de locura absoluta. La pobreza alcanzó a más de la mitad de los argentinos, se declaró el default de la deuda externa, las fábricas se cerraron, la política perdió toda su capacidad de representación. Nuestro trabajo en la redacción no daba ni un minuto de respiro y nos obligaba a sumergirnos en la crónica del día a día, sin lugar para ver demasiado lejos ni para detenernos en personajes que parecían prescindibles.

Como el resto de los redactores de la redacción de *Clarín*, poco a poco había dejado de visitar el archivo de papel del subsuelo, más temprano que tarde abandoné el teléfono fijo, empezamos a usar los primeros celulares y a consumir las plataformas online y las bases de datos electrónicas que permitían acceder a guías telefónicas en tiempo real, a documentación pública antes imposible, a estadísticas y archivos accesibles a un clic del mouse. Fue muy rápido y demasiado pronto. Ya no salíamos después del cierre a fundirnos en la noche de Buenos Aires ni podíamos reírnos de los chicos raros que husmeaban Yahoo, porque al fnal tuvimos que rendirnos a ellos. Los mails llevaban y traían declaraciones de funcionarios y gacetillas de prensa, estadísticas y auditorías y balances. Parecía todo más fácil, pero por supuesto que no lo era. La información al alcance de la pantalla, en realidad, empezaba a alejarnos de los hechos. Era una contracción con la que no era fácil lidiar. Mientras se nos exigía mayor complejidad y profundidad, las herramientas de la tecnología nos ofrecían tantas respuestas que parecía innecesario salir a la calle a buscarlas. Pero claro, la comodidad de los nuevos tiempos, mientras nos generaba la sensación de cercanía, mientras nos hacía sentirnos más vecinos de las cosas, en muchos sentidos nos estaba alejando.

Y pasó el gobierno de Eduardo Duhalde.
Y llegó el kirchnerismo.
El de Néstor primero; el de Cristina después.
Pero sobre todo el de él.

39.

Néstor Carlos Kirchner. Sus funcionarios más cercanos lo llamaban El Malo. Porque los maltrataba, les daba órdenes humillantes, incluso los golpeaba. Era malo con ellos y se merecía que lo llamaran así. El Malo. Pero había algo más que explicaba el apodo. Algo que nunca había ocurrido.

Alfonsín había tenido a sus funcionarios *horribles;* lo mismo Menem y De la Rúa; también Duhalde. Los presidentes de la democracia se habían valido siempre del mundo subterráneo para lograr aquello que no podían hacer en público. Para manejar la calle, lidiar en conflictos sindicales, para manipular jueces o dirigir negocios. Vimos a varios de ellos. El Oso. El Coti. Galimba. Jorge Antonio. Los sobres de la SIDE penetrando los juzgados federales. Pero Néstor Kirchner fue más allá. Porque él mismo se encargó del trabajo sucio. Casi sin intermediarios o en todo caso con intermediarios con los que hablaba y a los que les daba órdenes diarias, de jefe directo, conectado emocional y físicamente con ellos, como si fueran una extensión de sí mismo. Como íbamos a conocer en detalle después, Kirchner diseñó un impresionante sistema de recaudación de coimas en casi todas las áreas que asignaban negocios al sector privado. Los negocios del Estado en obra pública, en transporte, en los servicios de producción o provisión de energía, en la entrega de subsidios a privados, iban atados siempre al cobro de favores descomunales que se enviaban en bolsos directamente a la quinta presidencial de Olivos, al departamento del matrimonio Kirchner en Recoleta o incluso a la casa de su mamá en Río Gallegos. Kirchner pedía cientos de miles o millones de dólares y los recibía en persona. Se quejaba cuando recibía poco. Se reía cuando estaba satisfecho. Sus dedos se manchaban con los billetes como los nuestros con el papel de diario viejo.

No había pasado antes, ni ocurrió después, al menos no que sepamos. En mi primer libro, donde conté la historia probable de la SIDE, narré una escena que describía la relación de Menem con la corrupción. Su primer jefe de Inteligencia, Juan Bautista El Tata Yofre, había recibido una valija con cien mil dólares de parte de un emisario de Inteligencia del gobierno de Italia. Como no sabía qué hacer con semejante obsequio, decidió llevárselo a Menem al despacho presidencial. Parado frente al escritorio del presidente, El Tata esperaba directivas cuando vio al presidente abrir sus cajones. Menem tomó los fajos de dólares, de a uno por vez, y los fue guardando cuidadosamente en sus cajones. Parecía aturdido en la tarea,

ensimismado, hasta que recordó a su interlocutor y levantó la vista:

–Vos sabés que Kohan me tiene cortito. No me da nada para los gastos personales –se justificó.

Alberto Kohan era el secretario general de la Presidencia y, claro, uno de sus Horribles. Esa escena, que el propio Yofre contó a sus amigos, mostraba que Menem era inmoral, celebraba la fiesta y la dirigía, pero que en general se mantenía a una prudente distancia de los detalles. Lo mismo pasó con De la Rúa, Duhalde o Alfonsín. Los presidentes de la democracia no se manchaban los dedos. Hasta que llegó El Malo.

Acaso por desconfiado o por inseguro, Kirchner se colocaba en el centro mismo de la escena incluso en los momentos prohibidos. Como iban a contar más tarde sus colaboradores más cercanos, quería tener el control absoluto de lo que se recaudaba. Usaba de intermediarios solo a sus ministros y secretarios de Estado. Tomaba notas en un cuaderno personal, inaccesible para el resto, sobre cada coima recibida y cada uno de sus pagadores. Negociaba él mismo. Levantaba el teléfono y pedía más o cedía. Tomaba todos los riesgos. Esa obsesión por el dominio personal del mundo horrible lo había convertido en un hombre rico, mucho más rico que ningún otro político, pero también en insaciable.

En los años ochenta, sobre el final de la dictadura militar y los primeros años de la democracia recuperada, Kirchner había alcanzado a comprar más de treinta propiedades en Río Gallegos. Ya en el gobierno, su fortuna iba a multiplicarse por diez, por cien, por mil, sin contar a sus muchos testaferros y a la enorme cantidad de colaboradores suyos que se hicieron magnates desde la nada. Semejante desfalco precisaba, por supuesto, de gente que garantizara su impunidad. O la sensación de impunidad.

40.

El Tano Angelici llegó a la vida de Macri antes de conocerlo. Fue en coincidencia con el arribo de Kirchner al escenario nacional, cuando en las elecciones del 2003 Macri intentaba, todavía sin éxito, convertirse en jefe del gobierno porteño. El Tano no solo manejaba sus bingos sino que ya era presidente de la Cámara Argentina de Salas de Bingo y Anexos (CASBA), que hacía aportes periódicos a las cajas de la política y gracias a eso había conseguido el aval para llenar las salas de bingos con las depredadoras máquinas tragamonedas, lo que multiplicó el negocio y también su atractivo para los partidos políticos, siempre deseosos de aportantes para las campañas electorales. El Tano seguía participando de la vida política del radicalismo, siempre siguiendo los pasos del Coti, quien fue uno de los primeros dirigentes radicales en ver en Macri la oportunidad de mudar hacia él las aspiraciones de un partido que, tras la caída de la Alianza, se encontraba realmente desahuciado. Había otros puentes, por supuesto, pero eso le alcanzaba al Tano para que apostar por Macri le resultara natural y hasta obvio. Así que así lo hizo. No sabremos cuánto, pero Angelici donó parte de sus ganancias del negocio del juego y prestó empleados de sus bingos para fiscalizar las mesas del día de aquella primera elección con Macri como candidato. Era radical de cepa, pero empezaba a ser macrista.

Sin embargo, iban a pasar un par de años para que se vieran cara a cara. Ocurrió recién en el 2005, durante un encuentro en el bar Los Naranjos, de Pergamino, ciudad que El Tano empezaba a sentir como propia, por afectos y por el formidable éxito de su imponente Bingo Imperial. Macri había ido a Pergamino de gira proselitista junto a su primo Jorge y terminó cenando en la casa de ese *coterráneo* que hablaba con cierta torpeza pero era frontal y un interesante financista. Los puntos de contacto eran múltiples. La historia familiar y de ascenso social. El radicalismo. Un montón de conocidos en común. Además de la pasión por Boca, el club que Macri dirigía desde hacía unos años y del que Angelici se declaraba hincha fanático. No pasó más que un suspiro para que al propio Tano se le abriera una puerta en la bombonera. Pocos meses después del encuentro en Pergamino, pasó a trabajar en la tesorería del club. Macri venía de unos meses muy conflictivos en Boca, cuyos triunfos deportivos estaban manchados por denuncias muy graves sobre posibles coimas cobradas por pases de jugadores y sobreprecios en las obras de refacción del estadio. Fue El Coti quien le ofreció al Tano como una solución posible

para sus problemas. Macri no dudó un instante: ¿qué mejor que poner a controlar la caja a un especialista en manejar números y en hacerlos caer donde mejor le convenga?

41.

Entre los apuntes me encuentro con pistas sobre lo que anduvo haciendo Patricio durante su segundo período de ausencia. Como siempre, él no se encuentra en la escena, pero relata detalles que solo puede conocer uno de sus protagonistas.

Durante los primeros años del kirchnerismo, aparecieron nuevos negocios y nuevos empresarios, o algunos del montón que casi de la nada pasaron a manejar presupuestos millonarios. Uno de los ganadores del nuevo orden fue Sergio Szpolski, un tipo musculoso y pendenciero que se había hecho de la plata de su familia –poderosa e influyente dentro de la comunidad judía– para ligarse a dirigentes radicales, como el inoxidable Coti, y luego catapultarse a la fortuna gracias a algunos hombres clave del nuevo gobierno (ya volveremos a ellos), que le abrieron las puertas para montar empresas de medios financiadas con propaganda oficial. Como todo empresario afín a la aventura, a Szpolski le gustaba diversificar y pronto ingresó en el negocio de la venta de cámaras de vigilancia para la vía pública. Era un mercado creciente que había inventado unos años antes el ex dirigente montonero Mario Montoto (Marito para todo el mundo), otro reciclado de los setenta, como Galimberti, pero con mucha y mejor puntería para hacer plata. Marito había comprendido antes que nadie que la democracia ofrecía oportunidades únicas para los que administraran buenos contactos en la política y al mismo tiempo tuvieran un claro entendimiento de lo que producen la inseguridad y el miedo. Sí, El Miedo. De hecho, el gran salto económico de Marito, ahora millonario, había sido producto de la importación y venta de máquinas expendedoras de boletos de colectivos, que vendió de a miles en la década del noventa, cuando los choferes reclamaron dejar de cobrar los pasajes en efectivo –había que pagarles el boleto arriba del colectivo– con el argumento bastante sensato de que los exponía a robos a punta de pistola. Ese reclamo, por cierto, había sido empujado por manos pesadas como las del Oso, que se sumaron a protestas y manifestaciones pidiendo la sanción de una ley que obligara a las empresas de colectivos a comprar las maquinitas.

Lo de las cámaras de seguridad también fue otro acierto. La creciente sensación de que en la calle te podían matar por nada y en cualquier momento generó una oportunidad que Marito, gracias a sus contactos, supo aprovechar igual de rápido. Primero le vendió a la Ciudad de Buenos Aires cientos y luego miles de aparatitos que se colgaban de los postes de luz y registraban las calles las veinticuatro horas, además de un centro de

monitoreo y mantenimiento al que había que pagar mes a mes. Más tarde pasó a vender el sistema en distritos del conurbano bonaerense, corazón del delito, y en algunas provincias de las más populosas. Iba todo sobre ruedas, especialmente cuando su amigo Daniel Scioli llegó a la gobernación de la provincia de Buenos Aires y Marito se convirtió en asesor de seguridad del gabinete. La felicidad les duró unos cuantos años, hasta que el kirchnerismo lo puso en la mira. Dentro del gabinete de Kirchner había varios ministros que le cuestionaban, igual que a Galimberti, su conversión de revolucionario a millonario. En el relato de su gobierno, no podía haber lugar para conversos. Así que Marito pasó a una lista negra y le empezó a faltar una de las claves del negocio, la del guiño del Estado. Quien apareció para ocupar ese vacío fue Sergio Szpolski.

Después de vender con éxito sus cámaras a varios intendentes kirchneristas, Szpolski intentó avanzar sobre municipios más hostiles para él. Eligió a uno de los más ricos, el partido de San Isidro, gobernado por Gustavo Posse, radical desde la cuna. La primera respuesta que recibió fue de rechazo. El intendente le hizo saber que no lo creía prioritario y que en todo caso, cuando se decidiera, iba a llamar a una licitación pública. No debió imaginar lo que estaba por ocurrir.

Aprovechando una serie de asesinatos ocurridos en la Zona Norte del Gran Buenos Aires, los medios oficialistas que administraban Szpolski y sus socios comenzaron una campaña de saturación destinada a hacerle creer a los argentinos que el temible Bronx de los años ochenta se había mudado al distrito de San isidro. Se hablaba de olas de asesinatos, de descontrol, de inacción de las fuerzas de seguridad, de falta de sensibilidad del intendente. En concreto, habían ocurrido dos hechos dentro del municipio. El asesinato a sangre fría de un odontólogo cuando ingresaba a su casa, y otro espeluznante, cometido por una banda de quinceañeros que habían matado y rematado a un vendedor de seguros en la cocina de su casa y frente a toda su familia. Canales de televisión por cable, diarios, revistas, páginas web y hasta la Televisión Pública, todos los medios donde Szpolski daba las órdenes hablaban de la mañana a la noche de la tierra de nadie en la que se había convertido San Isidro. Montaron un escenario en la calle y, aprovechando el miedo legítimo de los vecinos, organizaron un festival de protesta al que acudieron algunos artistas y organizaciones, como las Madres del Dolor, víctimas de episodios de violencia e inseguridad.

En simultáneo, en el mientras tanto, un señor volvió a visitar a las autoridades de la intendencia. Patricio no se nombra en la escena, pero casi que puedo verlo. Delgado, con sus hombros cerrados hacia adelante, seguramente de traje, hablando de manera desordenada, con ese andar medio cansino que, supongo yo, copiaba de sus vaqueros. Llevaba una nueva propuesta para poner camaritas de seguridad en el municipio. Era una oferta que, esta vez, no se podía rechazar.

42.

Compinche con los periodistas ajenos a sus medios y al mismo tiempo un flagelo para los que trabajaban con él, Szpolski era un personaje frívolo y ambiguo al que no se podía tomar demasiado en serio. Pero a no confiarse, porque allí residía la clave de su éxito: siempre pareció mucho más tonto de lo que era. Recuerdo la primera vez que traté con él. Todavía gobernaba la Alianza y gracias a su afinidad con el radicalismo manejaba una revista, *La U*, financiada por la Universidad de Buenos Aires, que estaba administrada por sus aliados de la agrupación juvenil Franja Morada. Ya sabemos que entre esos amigos estaban también los amigos del Tano Angelici. Franja Morada era uno de los territorios donde El Tano sembraba y cosechaba. Pero a no adelantarse.

Szpolski atendía en unas bellísimas oficinas de Palermo. Para llegar a ellas había que atravesar un patio decorado con un piso de deck de madera y macetas, que daban un aire rústico y hacían olvidar, por un instante, que estábamos en pleno corazón de la ciudad de Buenos Aires. Era un día cualquiera, de semana. Me recibió en zapatillas deportivas, pantalón de jogging y musculosa, sentado y con las piernas encima del escritorio. La liviandad se expresaba en la ausencia de referencias, en la desnudez de ornamentos. En la oficina no había fotos personales, ni cuadros, ni adornos. Me había citado para ofrecerme un trabajo en un noticiero que estaba preparando para un canal de cable. El trabajo en las redacciones no estaba bien pago y muchos de los jóvenes que empezábamos a dejar de ser jóvenes (y empezábamos a tener hijos y muchos gastos y necesidad de mudarnos) debíamos buscar otros ingresos para sostenernos. Escuché su propuesta con atención y el trabajo me pareció adecuado. Hasta que le pregunté por el sueldo. Szpolski ya se estaba haciendo fama de mal pagador y yo quería asegurarme de que eso no fuera cierto.

–Te voy a confesar algo –me dijo–. A mí no me gusta pagar. No lo puedo evitar: no me gusta. Pero pago. Cada tanto te va a rebotar algún cheque, pero me lo traés y te lo cambio.

Ese era Szpolski. O lo sigue siendo, en realidad, porque era su esencia, algo que, según él mismo confesaba, era más fuerte que su voluntad.

Ya en ese tiempo, uno de sus íntimos amigos era un personaje clave en esta trama de Horribles: Darío Richarte. Formado en la militancia de Franja Morada, Richarte se había recibido de abogado con notas brillantes y había formado parte del círculo íntimo de la construcción de la candidatura a presidente de Fernando De la Rúa, junto a otras jóvenes

promesas como Lautaro García Batallán o el hijo de De la Rúa, Antonito. Cultores de la comida japonesa, se los había conocido como miembros del "Grupo Sushi" que había asesorado al presidente. Parecían la vanguardia del tiempo que se venía.

A diferencia de Szpolski, Darío Richarte se mostraba como un caballero. Elegante, amigable, muy educado. Cuando la Alianza asumió el poder, en 1999, rechazó una candidatura segura para ser juez federal y eligió en cambio un puesto decisivo pero de alto riesgo: vicejefe de la Secretaría de Inteligencia, la poderosa SIDE y sus fondos reservados. Ya sabemos cómo terminó aquella historia: De la Rúa desperdició en pocos meses un respaldo popular inédito y acabó escapando de la Casa Rosada en helicóptero, mientras la policía reprimía y mataba manifestantes en la Plaza de Mayo y otros centros de protestas de todo el país. Pero durante su paso por la SIDE, Richarte aprendió una de las claves de lo que estaba por venir. Que para garantizar impunidad alcanzaba con tener el control de la Justicia Federal porteña. Al fin y al cabo, no era tanto. Apenas había que controlar a doce jueces (Los Doce, se los llamaba) y un puñado de camaristas. De eso se encargarían después Szpolski y Richarte. Junto a otros actores. Junto a Horribles de verdad.

43.

Durante los primeros largos meses del gobierno de Néstor Kirchner, la relación con los jueces federales estuvo a cargo de su jefe de gabinete, Alberto Fernández. Esa era la muestra cabal de la importancia capital que le daba el nuevo presidente al trato con Los Doce que manejaban las causas por corrupción. Su jefe de Gabinete, Alberto, se encontraba a diario con los más representativos de los tribunales de Comodoro Py. Con tres en particular: con María Servini, que manejaba la justicia electoral, con Rodolfo Canicoba Corral, el más influyente entre sus colegas, y luego con Ariel Lijo, designado durante la nueva gestión y llamado a ser uno de los hombres clave del fuero. Al poco tiempo se notó que la táctica no era la adecuada. Alberto debía ocuparse de demasiadas cosas –el jefe de Gabinete era poco menos que un secretario full time del presidente– y además no era bueno que se lo viera lidiando con los hombres clave de la Justicia. Había que cambiar de interlocutores y al mismo tiempo ser más agresivos para lo que se venía por delante. Kirchner, entonces, mandó a preguntar quién podía manejar a esos jueces sin llamar la atención. Tenía que ser alguien influyente, pero invisible. Tenía que ser implacable si hiciera falta. Tenía que ser el dueño de Comodoro Py. Recibió un nombre:

–El Señor Javier.

Pocos días después lo citó en la Casa Rosada y le pidió que lo hiciera. Que manejara a los jueces a su gusto. Que los sometiera a su voluntad. No eran tantos, finalmente. Como dijimos: apenas doce jueces y un puñado de camaristas, por si las dudas. Si controlabas eso, no había posibilidad alguna de que la corrupción pagara.

El Señor Javier era auditor general de la Nación, un cargo político que lo obligaba a gestionar informes sobre organismos públicos y programas de gobierno. Pero esa era su misión oficial, no la más importante. En realidad, llevaba años caminando los tribunales federales y mimando a los jueces. Siempre lo había hecho por mandatos de otros y en competencia con otros operadores. A pedido del presidente, ahora se le pedía que fuera la cabeza de una misión de impunidad absoluta.

Por supuesto, El Señor Javier no iba a estar solo. Iba a necesitar de toda una cofradía, que intenté relatar en uno de mis libros, *Código Stiuso*, que llevaba ese título porque el personaje que unificaba a todos los socios de la organización no era otro que Jaime Stiuso, el superagente de Inteligencia de la SIDE que protagonizó gran parte de la trama del espionaje argentino de los últimos cuarenta años. Jaime era un viejo amigo y socio del Señor

Javier. Y era la clave de su poder. Jaime Stiuso, o Antonio Stiles para los reportes secretos, era un animal del espionaje, formado desde la década del setenta en el oficio de perseguir resultados sin importar las nimiedades de los hechos. Durante años, había dirigido las operaciones de espionaje interno más importantes del país y acumulaba información sensible sobre todos los hombres del poder político, sindical, empresarial y judicial. Tanto miedo generaba, que se lo nombraba entre susurros. Yo lo he visto: la cara de jueces, de ministros o de comisarios rudos se ensombrecían ante su nombre. Hablar de él frente a los poderosos les generaba escozor.

Jaime llevaba un largo tiempo trabajando junto a los jueces en investigaciones de alta complejidad, como casos de narcotráfico o terrorismo. Investigaba, además, como ya contamos, nada menos que el caso AMIA. Sus relaciones y el manejo de los fondos reservados de la SIDE se sumaron al trabajo del Señor Javier, con el objetivo de aplacar hasta el ridículo a los jueces federales y a los camaristas. Vaya si lo lograron. Durante poco más de diez años, los jueces simularon investigar cuando en realidad encubrían y las causas sobre corrupción se cerraban o se escondían hasta que el tiempo las borrara de toda memoria.

Jaime y El Señor Javier también movían los hilos para nombrar nuevos jueces, a medida que se iban generando vacantes, a través del Consejo de la Magistratura, otro organismo decisivo que manejaban a su gusto. La influencia que ejercieron fue tan eficiente que lograron nombrar amigos y protegidos en todos los fueros clave –la justicia federal, la del contencioso administrativo–, pero también fuera de la Capital, como en San Isidro, en Zárate, en San Martín y en varias provincias. También provocaron milagros, como cuando candidatearon para ocupar una de las vacantes entre Los Doce a Luis Rodríguez, compadre del Señor Javier. Rodríguez se presentó al examen del Consejo, obligatorio para estos casos, conociendo las preguntas que le iban a hacer y las respuestas que debía dar. Por supuesto, aprobó y se convirtió en juez federal.

La cofradía se completaba con Sergio Szpolski y Darío Richarte, en roles secundarios pero igualmente vitales. A través de los medios de Szpolski, El Señor Javier administraba la información y los montajes que el grupo precisaba para orquestar sus objetivos. Esos medios protegían y ensalzaban a sus aliados. Pero sobre todo, atacaban a los críticos o rebeldes que cuestionaban su sistema.

Los medios de Szpolski, durante años, se iban a encargar de difundir carpetas de espionaje, muchas veces extorsivas y otras con la intención de distorsionar la realidad. Lo mismo iba a hacer el programa de televisión *6.7.8*, por la Televisión Pública, un ariete de operaciones que marcó la época, con ediciones y campañas en contra de opositores al gobierno y críticos del sistema. Pero los medios de Szpolski, además o sobre todo, servían para cobrarse los favores prestados. Durante años, varios de sus

pasquines y radios recibieron cientos de millones de pesos de pauta oficial, que así como entraban salían por algún hueco sin fondo. Con los años, cuando los medios de Szpolski quebraran y dejaran a todos sus empleados en la calle, iba a saberse que ni siquiera les pagaba los aportes jubilatorios.

El rol de Richarte era, si se quiere, el del agente visible. Darío y su socio Diego Pirota pasaron a defender a todos y cada uno de los funcionarios kirchneristas que llegaban a la Justicia. Amado Boudou, José María Núñez Carmona, Julio De Vido, Claudio Uberti y tantos otros, quedaron bajo el paraguas protector de ese estudio jurídico cuya sola presencia en los tribunales suponía una advertencia. Era el estudio del poder. Eran los abogados del diablo. Eso sí: en sus horas libres, cuando el fixture lo permitía, Richarte aprovechaba para escaparse hacia un barrio del sur de la ciudad y soltar toda su pasión por el club de sus amores: Boca Juniors.

44.

El poder, escribió Patricio, es una red. Formada por una gran familia. Donde todos se relacionan con todos. Donde cada uno le debe algo a alguien. Donde todos están dispuestos a hacer cualquier cosa para defender a la gran familia. Porque se trata de sobrevivir. De permanecer. De mantenerse.

Los nombres, vamos viendo, se cruzan una y otra vez.

Jaime toca con El Señor Javier, que conecta con Spolsky, que se asocia a Richarte, que se vincula a la Franja Morada, que mora junto al Coti, que nos lleva al Tano como antes al Oso y a las manos pesadas de la SIDE y a las siempre listas de Patricio y tantos otros. Y es solo el principio.

El poder es una red.

Que atrapa al bicho chico.

Que solo rompe el grande.

45.

¿Qué pasa cuando uno de Los Horribles llega al máximo nivel de autoridad? ¿Cuando se convierte en el jefe de la red?

Pasa que se pudre todo.

Con Kirchner en la Presidencia, todo pareció tener un precio. Los gremios, los empresarios, los políticos de mayor o menor peso, todos eran, a los ojos del Malo, una mercancía por la que se podía pagar y disponer. El propio Kirchner daba las órdenes. Casi sin necesidad de intermediarios. Al Señor Javier lo llamaba por teléfono o lo citaba a la Quinta de Olivos, a cualquier hora. Le pedía por un expediente judicial o por otro, le explicaba lo que tenía que resolverse en determinada causa. Actuaba como si la justicia federal funcionara a la carta. Y en verdad, así era. "Decile a Oyarbide que no rompa las pelotas." "Avisale a Lijo que si no me saca ese fallo, lo vamos a colgar del mástil de la Casa Rosada." El mismo tono usaba para pedir favores en el mundo empresario, especialmente en el de aquellos empresarios que vivían haciendo negocios con el Estado. Kirchner entendía que todos ellos le debían favores a él, por ser la máxima autoridad de ese Estado, y que por lo tanto había que cobrarles una tajada de lo que ganaban. Levantaba el teléfono y a los gritos les pedía plata. O llamaba a su ministro de Obras Públicas, Julio De Vido, y daba la orden y de inmediato salían los autos a recaudar bolsos con dólares en las concesionarias viales, en las constructoras de obra pública, en los casinos y los bingos. El Malo, como le decían los suyos, era insaciable.

Entre los proveedores del Estado, los únicos que quedaban afuera de sus sistemas de recaudación eran sus testaferros, como su amigo Lázaro Báez, un empleado bancario al que transformó en dueño de una fortuna de más de dos mil millones de dólares, sostenida en los fondos para la obra pública que se giraban a las empresas que el propio Báez había creado para ese fin. Muchos de esos fondos estaban sobrecargados, iban a rutas que no se terminaban o se desviaban hacia cuentas en el exterior o a la compra de miles y miles de hectáreas de campos, colecciones de autos de lujo y aviones. Lo mismo valía para Cristóbal López, un empresario de medio pelo hasta la llegada de Kirchner al gobierno, que manejaba dos bingos de la Patagonia y de un día para el otro se benefició hasta el ridículo y llegó a ser dueño de la administración del hipódromo de Palermo (con la explotación ampliada de máquinas tragamonedas), de empresas petroleras, aceiteras y, por supuesto, una de las obsesiones del Malo, de un paquete grande de medios de comunicación. Radio 10, C5N y

más. Con sus testaferros y amigos, Kirchner hablaba sin intermediarios de por medio. Para los demás, los usaba a De Vido o a su secretario de Transporte, Ricardo Jaime, y a pocos más. Como sea, recibía en sus manos los bolsos de las coimas. Llevaba nota de los aportes de cada empresario. Ponía, en fin, el cuerpo en la trampa. Y lo hacía con la seguridad de que no iba a pasarle nada, con la certeza de que tenía los pasos cubiertos porque los jueces no veían nada de lo que pasaba ni querían ver. Como sabemos, Kirchner murió en octubre de 2010, cuando el corazón le dijo basta, sin comprobar que no hay certezas que duren para siempre.

46.

Fue en esa época, entre el fin del gobierno de Néstor Kirchner y el primer mandato de Cristina, cuando reapareció Patricio. Tras su etapa como agente de espionaje privado, al estilo Pinkerton, Patricio había salido de mi agenda y yo de la suya. Este tipo de relaciones eran así. Los periodistas entrábamos y salíamos de ellas todo el tiempo. Veías a una fuente dos o tres veces por semana durante meses y de pronto la olvidabas. Después de muchos años de verlo con cierta cotidanidad, simplemente dejé de verlo y siguió cada uno por su lado, como si toda esa confianza construida no precisara ni despedidas ni anuncios. El Patricio de Puerto Madero continuó por su lado y yo por el mío. Durante tres o cuatro años no tuve noticias sobre él.

Hasta que un día reapareció. Como si nada. Sin necesidad de dar explicaciones.

Debo suponer que en ese tiempo yo sufrí unos cuantos cambios. Los años que se acumulan en el cuerpo, más hijos llegados al mundo, alguna mudanza, las buenas y malas de la vida que van dejando marcas emocionales y desgastes físicos. Pero créanme que lo suyo era otra cosa. Él había mutado drásticamente. Patricio ya era otro Patricio.

Ahora atendía en el hotel seis estrellas.

Ahora vestía como un hombre adinerado.

Ahora se le veían canas, pero se notaba su impecable corte de peluquería y tenía las uñas prolijas y brillantes como un actor de Hollywood.

Estaba más grande, Patricio. Pero definitivamente renovado.

Por la información que me acercaba ahora, era evidente que, si bien no había abandonado los universos del espionaje y la Justicia, ya caminaba por el territorio de los negocios. Todo terminaba allí, en los negocios. Muchos espías de las década del noventa habían terminado operando para empresas privadas, como lobbystas o como recolectores de información. Organizaban reuniones de empresarios con dirigentes, visitaban funcionarios con recomendaciones, conseguían antes que nadie los requisitos de las licitaciones para asegurarse un resultado favorable. Conectaban gente, como decía Patricio. Y se quedaban con una tajada de lo que llevaban y traían. En su caso, se vinculaba especialmente con los proveedores del Estado. A diferencia de lo que ocurría en Europa o Estados Unidos, en la Argentina los poderosos se habían convertido en lo que eran, recostados en los fondos públicos. Todas las grandes empresas eran eso:

Techint, Roggio, el Grupo Macri, ahora Eurnekian, fabricaban o construían riqueza, pero básicamente se alimentaban por un sistema que se había servido de los fondos públicos para hacer sus propios negocios. Parte de los clientes de Patricio, según yo podía adivinar, eran empresas de ese tipo aunque sin tanto vuelo. Una fábrica de plásticos que vendía productos para los ministerios, una empresa de reparación de veredas. Lo que hacía Patricio era acercarme información sobre licitaciones en las que sus clientes quedaban afuera del negocio. Así supe de un proveedor de material de librería que vendía resmas de papel a un valor cuatro veces más grande que el de mercado. Así me enteré del negocio que había montado un jefe de la Policía Federal (Roberto Giacomino) junto a su cuñado, para venderle al hospital de la Policía un sofisticado y sobrevalorado sistema informático. Esa información me llegaba en forma de certeza. Un sobre que contenía fotocopias del proceso de la compra, un subrayado amarillo sobre los párrafos decisivos. Mi trabajo, por supuesto, no podía acabar hasta no chequear que esa información fuera cierta. Había que llamar a los funcionarios para confirmar datos y fechas. Había que cotejar valores con los de otros proveedores. Había que llamar, también, a la empresa a la que iba a denunciarse. Solo después de eso se podía publicar. Solo sabiendo que Patricio era una fuente de información, pero una fuente de la que había que cuidarse. No había que perder de vista que podía vender mercadería podrida. Que podía valerse de mi confianza para arruinar a inocentes. Al final, con Los Horribles en movimiento, el trabajo de los periodistas consistía en catar los datos circulantes.

Los vínculos de Patricio en los juzgados federales le abrían a su vez una clientela más amplia y peligrosa. Si bien se consideraba un jugador de medio pelo, almorzaba con jueces en los restoranes de Puerto Madero o el barrio de Retiro, llevaba y traía pedidos de sus clientes. Muchas veces trataba directamente con abogados que hacían de intermediarios. Ya era una práctica común que cada juez tuviera uno o dos abogados encargados de gestionarles los acuerdos extraoficiales. Rodolfo Canicoba Corral se manejaba con Guillermo El Gordo Scarcella, un picaresco funcionario de la provincia de Buenos Aires que articulaba su función oficial con el llevar y traer para su amigo juez asuntos que los iban a hacer multimillonario. Ariel Lijo era más práctico: se manejaba directamente con su hermano Fredy, quien pasó de ser un don nadie a tener oficinas en Las Cañitas, casa de fin de semana en el country Abril, autos de lujo, viajes por el mundo y, ya veremos, un haras para caballos de carrera. Oyarbide solía usar directamente al Señor Javier. Los intermediarios arreglaban todo. Era cuestión de sentarse con ellos y manejar los códigos. El juez, en principio, quedaba a resguardo.

Tanto tráfico de información y lobby no podía terminar bien. Una tarde cualquiera, Patricio me citó al café Tabac, en Coronel Díaz y Libertador, y

con el cuidado de quien cede una fórmula química secreta, me acercó un sobre marrón con un pendrive adentro. Apurado, sin citas a vaqueros ni a películas de otro tiempo, me explicó que dentro de ese pequeño objeto iba a encontrarme con los correos electrónicos de decenas de jueces, abogados, funcionarios y espías. Enseguida se levantó, le arrimó unos billetes al mozo y se fue.

Con el tiempo, esa información iba a conocerse como los Leakymails. Era la versión criolla de los wikileaks, la gran fuga de cables cifrados de la CIA y el Departamento de Estado que sacudía al mundo. La página argenta de esta historia, por cierto, era bastante más cruda. Y patética.

47.

Un pendrive. En apenas un puñado de años, habíamos pasado del áspero y trabajoso archivo de papel, de las anotaciones a las apuradas hechas a mano sobre un talonario o incluso de los sensibles disquetes angostos como una ranura a la electrizante arteria informativa contenida en un sintético objeto del tamaño de una pila pequeña. Allí dentro cabía todo. Absolutamente todo.

Con el pendrive de Patricio me fui a la redacción del diario, lo conecté a la computadora de mi escritorio y con un simple clic del mouse ingresé a un mundo desconocido, infinito, en algún punto inabarcable. Eran carpetas y carpetas, que contenía nada menos que el contenido de ocho mil quinientos correos electrónicos privados, el intercambio íntimo entre miles de personas, muchas de ellas las más poderosas de la Argentina. Allí estaban la desnudez del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Daniel Scioli, y la de varios ministros y la del ex jefe de gabinete Alberto Fernández. Allí la intimidad más secreta del juez de la Corte Suprema Eugenio Zaffaroni. Había correos entre jueces y dirigentes políticos. Entre abogados y empresarios corruptos. Charlas entre espías oficiales y de los otros. Citas sobre periodistas. Conversaciones entre periodistas y funcionarios. Chats entre Horribles de toda calaña, como El Coti, Szpolsky o Richarte, además de cuadros de relaciones y listados de contactos, elaborados a la sombra de informes de Inteligencia, chismes rescatados en conversaciones ajenas, travesuras alimentadas por rumores. El mundo público, el privado, el íntimo. Todo entrelazado. Todo a la vista.

Pero ¿qué hacer con todo aquello? ¿No era inmoral usar o siquiera consumir una cantidad de información privadísima obtenida de manera clandestina por un grupo de hackers?

Estaba claro que un nuevo tiempo nos estaba estallando en la cara. Los dilemas de antes parecían ahora frívolos. Había preguntas mucho más inquietantes. La principal nos exponía: ¿cuál era la diferencia entre los hackers y los periodistas?

El debate se había instalado en el mundo tras la explosión de WikiLeaks, un sitio web que había filtrado documentos clasificados de la guerra de Estados Unidos en Irak del 2007 y archivos secretos del Pentágono y de las embajadas de Estados Unidos en todo el mundo antes y después de esa guerra. Un agente informático había violado las normas básicas del secreto de Estado para exponer todas las conversaciones y planes de los hombres más encumbrados del poder, que incluían desde

actos de corrupción y conspiraciones políticas de todo tipo a crímenes de guerra. Los principales diarios del mundo, como el *New York Times*, *The Guardian*, *Le Monde* y otros, habían decidido publicar esa información y multiplicar su difusión y alcance. Pero no solo se revelaban secretos del poder. También a sus fuentes de información, también a los topos que trabajaban para los lados en pugna y que ahora estaban en serio riesgo. ¿No se había cruzado un límite al publicar información secreta obtenida de manera ilegal? ¿Dónde quedaba nuestro trabajo después de aquello? ¿Y dónde quedaba el periodismo en su versión doméstica, representada ahora en ese pendrive que se conectaba a mi computadora y tal vez a otras?

48.

Me hubiera gustado discutir el tema con mis viejos maestros de la redacción, en alguna larga mesa de la cantina Lezama, en San Telmo, o en una confitería de luces dicroicas en la avenida Corrientes. Pero esas noches ya no existían. Muchos de nuestros viejos jefes se habían jubilado y otros estaban envueltos en la misma vorágine que nosotros, cegados entre la velocidad de las cosas y las batallas intestinas que nos ofrecía la cotidaneidad de un país demasiado conflictivo. Ya no había tiempo para hacer pausa. Ya no había espacio para hacerse preguntas. El gobierno de Cristina había elegido a la prensa como blanco de enfrentamiento, negando así a los actores políticos que se suponían reales y declarando al fin que la verdad era siempre un punto de vista, opinable, discutible. Y lo era y lo será, pero no tanto como nos quisieron hacer creer a todos. Había hechos, más o menos sagrados, a los que debíamos aferrarnos. Había que empezar por señalarlos.

Entre los miles de correos electrónicos violados encontré una serie de intercambios que pertenecían a un camarista federal con el que solía hablar. Lo llamé por celular, le conté lo que tenía, le mandé parte del material por mail y me confirmó, horrorizado, que los mensajes eran suyos. Lo mismo hice con un diputado al que se mostraba criticando a su jefe de bancada en una serie de correos de un grupo del principal bloque opositor. Me confirmó, también espantado, que los mensajes eran suyos, y me rogó que no los hiciera públicos.

Finalmente descubrí que también había dos correos electrónicos enviados a mi casilla personal. Entre los miles y miles de mensajes filtrados, había dos míos. Conversaba de trivialidades, organizaba unas citas, nada importante, pero lo cierto es que habían filtrado mis correos y eso significaba que podían tener todos mis correos, mis datos, mis pensamientos públicos, privados y también íntimos. Quien quiera que haya sido el autor del hackeo, sabía o podía saber de mí todo lo que quisiera. No voy a profundizar en la sensación de vulnerabilidad que eso provoca. Todos, o muchos, más tarde o más temprano la iban a sentir en el mundo frágil de las redes sociales y la gran nube. Lo más inquietante para mí, sin embargo, era que mis dos correos filtrados tenían un mismo remitente. Eran conversaciones con él: con Patricio.

49.

Los Leakymails eran el producto de uno de los muchos grupos de espionaje vernáculo que empezaron a operar desde afuera de las oficinas del Estado. Ex agentes de algunas de las múltiples dependencias de Inteligencia (SIDE o fuerzas de seguridad o militares) se aprovecharon de lo que habían aprendido y de tecnología barata, poderosa y accesible, para hacer sus propios negocios. En rigor, muchos de esos grupos habían nacido como herramientas tercerizadas de los organismos oficiales, que vieron la oportunidad de seguir haciendo lo que hacían pero sin dejar rastros. Iván Velázquez era el caso, había trabajado en la Secretaría de Inteligencia dentro de la esfera de Jaime Stiuso para luego pasar a la Policía Aeronáutica, también para realizar tareas de espionaje, básicamente de control sobre el personal de los aeropuertos para prevenir delitos de contrabando. Durante y después, Velázquez se había especializado en el hackeo de información sensible por las redes de correspondencia electrónica. Cuando el caso se hizo público, supimos que la banda de Velázquez había empezado a operar por encargo de la SIDE, pero luego se descontroló y empezó a vender sus productos al mundo privado: empresas, dirigentes políticos y hasta periodistas, que se debieron haber tentado ante la poderosa herramienta que ofrecía, esto es, chats y conversaciones de funcionarios o de quien quisieran.

Esa era la razón que explicaba la variedad de las filtraciones. No había un objetivo común. No había una lógica. Se cruzaban escuchas y conversaciones entre ministros, pero también sobre figuras de la tele como Susana Giménez o actrices famosas como Marcela Kloosterboer. Patricio, por supuesto, había sido uno de los clientes y usuarios del hackeo. Como casi todos Los Horribles más o menos reconocidos. Pero también periodistas de los medios tradicionales. También periodistas de chimentos de espectáculos. No sabemos ni conoceremos nunca la dimensión exacta de ese espionaje masivo, pero nos demostró que no había intimidad que pudiera sobrevivir al ojo ajeno. Tampoco quedó claro por qué se lo hizo saltar por el aire. Tal vez se haya ido de control. Tal vez, simplemente, dejó de ser un negocio rentable. Fue la propia SIDE la que le puso fin. La misma SIDE que había educado y formado a sus mentores un buen día presentó una denuncia en el juzgado federal de San Isidro, a cargo de Sandra Arroyo Salgado, para ponerle un freno. Sandra había sido puesta en ese juzgado a pedido del superagente Jaime Stiuso e hizo lo que le pidieron: contuvo las filtraciones, contuvo el daño. La investigación acabó

persiguiendo solo al espía descarriado, Iván Velázquez. Nadie más pagó. El negocio iba a seguir, pero seguramente en otras manos.

50.

Durante el kirchnerismo, Los Horribles se movieron en su salsa.

El Señor Javier.

Sus amigos Sergio Spolsky y Darío Richarte.

El superespía Jaime Stiuso.

Varios de los ministros y secretarios de Estado.

El mismísimo presidente, El Malo.

En la periferia, claro, crecían otros, de mayor o menor influencia, dedicados a los negocios privados asociados a lo público. Uno de ellos era Patricio. Otro, El Corcho Rodríguez.

Su puerta de entrada a ese mundo había sido el mismísimo Galimberti. De esa amistad ya sabemos algo. Se habían conocido en la tradicional hamburguesería de San Isidro donde paraba el supuesto Dios de La Tablada. Galimberti también la usaba como lugar de reuniones y distensión. Detenía su moto en la vereda del local, se sentaba en una de las mesas al aire libre y atendía amigos y contactos. Un buen día recibió a Jorge Rodríguez, tan fanático de las motos como él pero más ordenado y ambicioso. El Corcho y Galimba conectaron enseguida. Unidos por la adrenalina, empezaron por salir a rodar por la Panamericana con sus motos ruidosas para perderse en la intensa fugacidad de cada kilómetro. Le siguieron las comilonas, las mujeres, la música, los cuentos cruzados sobre historias más o menos incomprobables. Galimba debió reconocer en su nuevo amigo una gran capacidad de seducción y pronto lo empezó a usar de puente para averiguaciones y contactos. El Corcho, como tantos otros de su raza, gozaba de la virtud del encanto y era un conversador infinito, atributos que podían ser bien aprovechados si se les inyectaba coraje y objetivos concretos. De eso se encargó Galimberti antes de morir de excesos. Lo llevó a las cuevas de la SIDE, a oficinas de la Casa Rosada, a despachos del Congreso y, tal vez lo más trascendente, a los salones más vip de la noche porteña. Para sorpresa de todo el mundo, años más tarde El Corcho fue presentado a las revistas de actualidad y farándula como el nuevo novio de Susana Giménez, la estrella más luminaria de la televisión. Galimba observaba de cerca los saltos de su amigo, entre divertido y preocupado.

–Salir mucho en las revistas te va a matar –le advertía.

Como ya contamos, juntos se asociaron a Susana y al cura Julio César Grassi y montaron el escándalo de las llamadas a cobrar, del que salieron ilesos de milagro. Pero lo que era el final para Galimba era el principio

para El Corcho. Siguió aprovechando los puentes tendidos y pronto se convirtió en un intermediario entre grandes contratistas del Estado y los funcionarios de turno. Lo hizo durante los noventa, más tarde durante el gobierno de la Alianza. Pero fue durante el kircherismo donde encontró el escenario perfecto para su ascenso brutal al club de los millonarios.

51.

Las pasiones, al final, lo son todo. Las motos y el rock le habían servido al Corcho Rodríguez para acercarse a Galimberti en los años noventa. Unos cuantos kilómetros después, iban a ser cruciales para su acceso al poder central del kirchnerismo.

Veamos el lugar. Es un barrio de casas bajas de Munro, Zona Norte del Conurbano bonaerense. Un sitio de calles silenciosas, con lomos de burro. De naranjos ácidos plantados en veredas transitadas por jubilados y chicos con delantales blancos que todavía andan en bicicleta. Hay algunos pocos comercios. Una mercería, una casa de pastas. Lo demás son chalets viejos, con persianas de madera blanca gastadas y rejas enmarcadas en las ventanas. Los ladridos de algunos perros irrumpen de a ratos. Se escucha de lejos alguna radio. Sobresale, apenas, esa vieja fábrica textil, de cuatro plantas, que ocupa toda una esquina y se extiende por uno de sus lados hasta un tercio de manzana. Si no fuera por lo que ocurre cada vez que se abre el portón, los vecinos no tendrían nada que decir sobre ese edificio que por fuera no tiene gracia alguna. Pero allí pasa algo. Lo saben. Por el portón de chapa ingresan o salen, a veces en manada, autos modernos de vidrios espejados y motos que parecen robadas de las películas. Son motos impresionantes, de llantas gigantescas y motores ruidosos, conducidas por señores envueltos en cuero y cascos multicolores.

Lo que ocurre es que esa vieja fábrica se había convertido en otra cosa. Lejos de los ruidos del centro, El Corcho la fue transformando en un verdadero santuario del rock, los fierros y los negocios. Apenas se abría el portón, los visitantes se encontraban con un garaje subterráneo con lugar para seis o siete autos y una hilera de motos de su dueño y de sus amigos que serían la envidia de cualquier coleccionista. A primera vista se destacaban varios modelos de Harley, de Ducati, otras irreconocibles salvo para expertos, porque habían sido construidas por los fabricantes a pedido y gusto de sus dueños. Pero eso es solo el principio. Atravesando el garaje se ingresaba a un mundo secreto dedicado al placer y a la creación de entretenimiento. Mesas de pool, barras de tragos, un escenario para pequeños recitales, pantallas led gigantes, paredes cubiertas por guitarras eléctricas de estrellas del rock vernáculo y mundial. Era solo lo visible en la planta de acceso. Las cuatro plantas incluían oficinas, estudios de edición de video para producciones audiovisuales, islas de grabación de sonido similares a las de cualquier estudio profesional de primer nivel, con consolas de última tecnología y, cuando hacía falta, con los mejores

mezcladores del mercado.

El Corcho era audaz y se había sabido vincular. Como muchas de mis fuentes horribles, él se ocupaba de llevar y traer, de conectar gente, solo que lo había hecho a gran escala. Empresarios y banqueros acudían a sus servicios. Inversores extranjeros. Dirigentes sindicales y políticos. Incluso una de las más grandes constructoras del mundo, la brasilera Odebrecht, con la que planeaba montar un megaestadio para recitales, que en principo se iba a construir en terrenos del hipódromo de San Isidro. Dentro de la vieja fábrica de Munro se definían los detalles finales de los planos del estadio. Una inmensa maqueta del proyecto ocupaba el epicentro de un salón de estar. Y a un lado de la maqueta descansaba, reluciente, como si tuviera vida, como si fuera una musa admirada o divina, la moto más preciada de su colección: la mismísima moto, hecha a nuevo, con la que se había reventado sobre el asfalto el ídolo máximo de la casa, Norberto Pappo Napolitano. Eso era el templo del Corcho. Rock y fierros de lujo en estado puro. Ni Galimba lo hubiera creído posible.

52.

Allí llevó, en un buen día para él, al hijo de Julio De Vido.

Facundo era el más rebelde de los hijos del superministro de los Kirchner. Un muchacho al que, digamos, le costaba insertarse en el mundo. No había estudiado, no le gustaba el trabajo, no tenía ningún interés en los negociados de su padre y además amaba demasiado la noche o lanzarse a recorrer la ruta con alguna de sus motos. El único sueño más o menos pronunciable de Facundo era convertirse en una estrella de rock. Como Pappo, pero sin su talento.

El Corcho asumió el reto y le dio todo lo que precisaba, aun sabiendo que Facundo estaba lejísimo de ser un rockero más o menos potable. Primero lo contrató como asistente de su productora, Nelly Entertainment S.A., y luego le consiguió los músicos y la estética para su propia banda, con Facundo como líder y cantante. Llegaron a grabar un disco de altísima calidad de sonido y dudoso repertorio. Se llamó *El infierno a la carta*, lo que a la larga iba a sonar como un maldito presagio. No solo porque con los años iba a caer preso el mismísimo Julio De Vido, acusado de entregar obras a cambio de coimas. El Corcho también iba a enfrentar sospechas, procesamientos, embargos y el fantasma de una prisión inminente, básicamente por su rol como operador de la magnánima Odebrecht en sus contratos comprados con coimas durante la gestión del padre de Facundo. Pero para eso iban a faltar unos años. En el camino, El Corcho siguió tejiendo relaciones, cerrando negocios y sacándose fotos arriba de sus motos, caminando en la chacra que se compró en Punta del Este o bajando de un helicóptero que lo llevaba de una fortuna a otra. Su relación con Susana había quedado en la historia, pero ahora era pareja de otra figura de la televisión, Verónica Lozano. Cuando su buena estrella empezó a apagarse, cuando el cambio de clima político empezó a cobrarle cada entuerto, más de un amigo le debió haber recordado la frase de Galimba: “Salir mucho en las revistas te va a matar”.

53.

Los borradores de Patricio narran historias, escenas más o menos cotidianas de un mundo que se nos oculta. Elijo una al azar, la leo, luego levanto la vista y le pregunto, otra vez, si él había participado de la reunión o si la conocía a través de alguna de sus fuentes. Seguimos en el salón fumador, ya ha terminado su habano, nos han servido una segunda vuelta de lo mismo que tomábamos antes. ¿Estuviste en la reunión? Su respuesta es, como siempre, evasiva.

–Digamos, compañero, que la conozco de primera mano –me dice.

Hace tiempo que me llama así. *Compañero*, me dice. Supongo que lo hace con muchos, pero yo lo tomo como un gesto de simpatía y afecto. No pienso detenerme en el detalle. De más está decir que no somos más que compañeros de estas reuniones, a través de los años. Vuelvo al libro casi terminado. A la escena que elijo. La transcribo según me ayuda la memoria.

Ocurrió en una inmensa oficina del centro, lujosa, con paneles de vidrio abiertos hacia el puerto desde la altura de los que mandan. Delante de un escritorio inmenso estaban sentados en distintas sillas un grupo de cuatro o cinco empresarios, todos de traje, algunos ensayando un portuñol de cabotaje y hablando con el anfitrión sobre la posibilidad de incursionar fuerte en el negocio de la obra pública en la Argentina. Quien los escuchaba con atención era El Corcho. Aunque no estaba en su santuario de Munro, era y se movía como el dueño de casa. Esa era su oficina del centro, un espacio más adecuado para el mundo formal y los negocios de etiqueta. Un mozo vestido de mozo caminaba entre los invitados mostrando una carta con platos de entrada, calientes y opciones de vinos. El Corcho llevaba años representando los negocios de Odebrecht y sabía que a los brasileros les gustaban esas cortesías. Sobre las posibles inversiones, había algunas bien concretas para analizar. La construcción de una planta depuradora de aguas en Zárate y, la más importante de todas, la construcción del soterramiento del tren Sarmiento, una obra descomunal que suponía la perforación de un túnel de dieciocho kilómetros de longitud por debajo de la superficie de la ciudad de Buenos Aires. Por allí iba a pasar un tren de pasajeros. Estaban en juego cientos de millones de dólares.

–Con este gobierno vamos a hacer muchas cosas juntos –les decía El Corcho a los empresarios.

Para demostrar su influencia, había invitado a la reunión a un

representante del mismísimo gobierno. De Vido, a quien El Corcho había llegado a través de su hijo Facundo, no solía participar de reuniones de ese tipo, así que llevó a otro funcionario de peso, que amaba como él las motos y las zapadas rockeras, tanto que habían compartido muchas y largas noches en Munro. Era nada menos que el ministro de Economía, más tarde el vicepresidente, Amado Boudou. Pero Amado era distraído y juguetón. Mientras El Corcho hacía todo su esfuerzo por satisfacer a los inversores brasileros, el ministro se había alejado hacia un apartado de la inmensa oficina, donde un largo paño verde simulaba un pequeño green de golf. Allí estaba él, atento a una acción mucho más específica. Sosteniendo un putter que había sido del mismísimo Jack Nicklaus, el simpático Amado probaba acertar una pelotita en un hoyo artificial.

–Sentate, Amado, que estamos trabajando –lo retó El Corcho.

Nos cuenta Patricio, en sus memorias a medias, que los brasileros observaban la escena sin entender del todo lo que pasaba. ¿Era realmente el ministro de Economía quien estaba allí? ¿Ese hombre encorvado y con la vista fija en un hierro y la alfombra? Amado había colgado su saco en el respaldo de una silla, se había arremangado la camisa y solo tenía ojos y mente para esa pequeña y rebelde pelotita. Recién cuando, luego de dos golpes, logró terminar su juego, giró hacia los otros y volvió a meterse en los asuntos que lo habían llevado hasta aquella torre de cristal.

54.

El ascenso político de Macri también fue meteórico. Una tarde cualquiera de mediados de los años noventa, el hijo mayor del clan Macri, heredero de grandes empresas y una fortuna de cientos de millones de dólares, había citado a algunos dirigentes de Boca en la confitería Rond Point, en Libertador y Tagle, y les había anunciado su deseo de dejar atrás el mundo empresario para convertirse en presidente de Boca. Sus interlocutores debieron observarlo con incredulidad, pero al poco tiempo lo vieron cumpliendo lo que deseaba. Lo que ocurrió en Boca es historia conocida. Tras un comienzo con muchas dificultades de gestión, logró modernizar el club, conseguir resultados deportivos nunca imaginados y convertirse en uno de los hombres más conocidos del país. La crisis de 2001 le despertó un nuevo deseo: saltar ahora a un nuevo destino, el de la política. No lo consiguió en las elecciones de 2003, pero volvió a intentarlo cuatro años más tarde y se convirtió en el jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Antes de irse de La Bombonera, en una cena en su honor, dejó la presidencia del club en manos de su amigo Pedro Pompillo y anunció, de antemano, al que sería el siguiente.

–Acá les presento al futuro presidente –dijo Macri.

El señalado era El Tano, por supuesto. El Coterráneo.

Nadie entendía nada. Macri dejaba su herencia inmediata y ya anticipaba la siguiente en un hombre casi desconocido para el mundo Boca. Al fin y al cabo, El Tano solo era un binguero que ayudaba en los números, pero ni siquera era el tesorero, cargo al que iba a acceder poco después, tras la misteriosa muerte de Pompillo, desplazado del mundo por un infarto en medio de una inconfesable cita nocturna. Lo que todos ignoraban es que Macri estaba gestando con El Tano una amistad diferente a todas las que tenía. Criado bajo la sombra de su temible padre, rodeado en los tiempos de juegos y descanso de sus muchos primos, Macri se había aferrado a las amistades que había conseguido en su entorno familiar, entre sus compañeros del colegio, el Cardenal Newman, y poco después en las empresas de su familia. Nicki Caputo, José Torello, Pablo Clusellas o su primo Angelo Calcaterra, por nombrar a algunos de muchos, eran sus íntimos pero además eran sus pares. Habían crecido en ambientes más o menos parecidos, veraneaban en Punta del Este, trabajaban en empresas como las que él había dirigido, tenían gustos similares a la hora de vestirse, de pasar el rato o incluso de amar y de odiar. El Tano, en cambio, era un ser extraño, criado en los márgenes, hijo de un mecánico, mal

vestido y que hablaba de manera rústica –evitando las eses, con dificultades para acompañar una frase detrás de la otra– , como si de verdad no hubiese pisado jamás la secundaria y menos que menos la universidad. Pero El Tano tenía algo de lo que los demás carecían: sabía lidiar con lo rancio. En Boca, naturalmente, había mucho de eso. En los pasillos del club y en las decisiones que se tomaban, había que convivir o tropezar con barrabravas, empleados que se movían como dueños de casa, representantes de jugadores, proveedores de servicios que calzaban armas en la cintura. Ese era el mundo real de Boca. Y El Tano, con sus mañas, con un estilo frontal y obsesivo, lo había hecho mucho más transitable. Escribió Patricio: "El Tano ya era millonario, pero no dejaba de ser de Soldati. Un morocho de Soldati. Había trabajado con hombres de manos pesadas, había manejado a los punteros políticos de la zona sur de la ciudad, se había hecho hombre entre los vendefrutas de los bingos. Tenía lo que El Bombón no podía comprar ni con toda la plata del mundo: tenía calle".

El fútbol terminó de cerrar la amistad. Los sábados por la tarde, El Tano comenzó a visitar a Macri en su departamento de Barrio Parque o en la quinta familiar de Los Abrojos, donde se pasaban horas frente a la tele, mirando partidos de la liga española o de la inglesa, revisando asuntos de Boca, intercambiando miradas sobre jugadores y opiniones sobre otros dirigentes. Para Macri, ya se sabía, no había nada más importante que el fútbol. Las mujeres, tal vez, y después el fútbol.

55.

El salto, el gran salto.

Mientras Macri gobernaba la ciudad de Buenos Aires, El Tano amplificaba su poder en Boca y sus negocios del juego. En pocos años adquirió parte de los casinos de Uspallata y Tupungato, en Mendoza, y se compró Madero Tango, a la altura de la avenida Brasil de Puerto Madero, un restorán con show en vivo que cada noche recibía a cientos de turistas y a los visitantes ilustres de la ciudad. También, como fruto de sus charlas de sábado con el jefe de gobierno, empezó a meterse en la política de la ciudad. Con varios de sus compañeros de ruta, empezó a hacer lo que no dejaría nunca: a llenar casilleros. Su amigo Oscar Zago se convirtió en legislador porteño, como lo harían más tarde su compinche Martín Ocampo, Carlos Niño, Raquel Herrero y tantos otros. Esos fueron sus primeros pasos, pero serían solo eso, los primeros. Durante los primeros meses del gobierno porteño de su amigo, le apareció una oportunidad que lo iba a empezar a convertir en lo que finalmente era: un Horrible.

Su incursión en el Poder Judicial fue casi accidental. O más bien, la reacción de un audaz ante la necesidad y la emergencia. El jefe del Gobierno de la Ciudad venía lidiando con asperezas de todo tipo, como la resistencia sindical a sus cambios o las trabas legislativas de sus rivales políticos a cada intento por hacer una gestión diferente. Pero si algo exasperaba a Macri, era la rebelión de un grupo de jueces del fuero Contencioso Administrativo, el fuero encargado de analizar la legalidad de los actos de gobierno, que bloqueaban muchas de sus decisiones. El más combativo era el juez Roberto Andrés Gallardo, que le había frenado cuatrocientas obras a su antecesor en el Gobierno de la Ciudad, Aníbal Ibarra, y que seguía haciéndole lo mismo a Macri, avalando amparos en contra de muchas de sus decisiones. Gallardo frenó el traspaso de terrenos del barrio de La Boca en favor del club, detuvo la construcción de un shopping (el Dot) en la zona norte de la ciudad, sancionó con multas a varios funcionarios de primera y segunda línea, firmó decenas de fallos ordenándole al gobierno la asistencia inmediata de servicios básicos para villas miseria y barrios precarios. Hasta principios de 2010, Macri intentó contrarrestar esas acciones por los carriles oficiales y denunció al juez siete veces ante el Consejo de la Magistratura de la Ciudad, el órgano que controlaba a los jueces. Pero esas denuncias quedaban en la nada, una y otra vez, y Gallardo, en vez de retroceder, solo parecía salir fortalecido de cada batalla. Fue entonces cuando El Tano se ofreció a intervenir. Lo que

hizo fue lo mismo que Menem en su tiempo. Una vieja práctica para la que hacía falta cinismo y eficacia. El Tano decidió dejar de usar el látigo, para usar armas de seducción. En una movida silenciosa pero efectiva, activó algunos hilos y logró, en semanas, que el juez Gallardo fuera ascendido a defensor general adjunto en Materia Penal. Al llevarlo a ese nuevo despacho, de más prestigio y mejor pago, lo que hizo fue correrlo del día a día de la toma de decisiones. Lo sacó de la trinchera. Lo embarcó en una burocracia judicial tediosa e inofensiva.

Pocos años más tarde Gallardo iba a volver a su cargo y a sus batallas, pero para ese tiempo El Tano ya había logrado la confianza de Macri como desactivador de conflictos judiciales. No iban a pasar más que unos meses cuando su hombre en Boca, que en 2011 se hizo cargo del club, ya se había convertido también en su hombre en la Justicia.

56.

Patricio me ofreció conocer al Señor Javier. Ya transcurría el segundo mandato de Cristina en la Nación y el de Macri en la Ciudad. Yo había escrito dos libros sobre la Secretaría de Inteligencia, preparaba otro sobre la Justicia Federal, husmeaba en territorios bajo dominio del principal operador de los Kirchner en Tribunales. Patricio ofreció el contacto, aunque debo suponer que en realidad estaba cumpliendo con un encargo.

–Ya te dije que yo llevo y traigo. Conecto gente.

Para concretar la reunión, primero debí admitir las reglas del Señor Javier: debía hacerse en su casa y con sus condiciones, ya que su vida, en ese tiempo, parecía correr peligro. El Señor Javier acababa de recibir una balacera sobre su auto, de la que había salido vivo de milagro o por un cálculo quirúrgico y fines perversos de sus agresores. El ataque había sido a plena luz del día, en una esquina específica de Buenos Aires. Un auto se había cruzado al suyo y habían disparado varias veces. Igual que al valijero que leía el diario. El Señor Javier hablaba por teléfono cuando sintió el sonido de las balas golpeando la chapa de su auto importado. Los gritos del chofer. El frenado repentino. El silencio inmediatamente posterior. Nadie salió herido. Fue como un sacudón que le corrió todo de lugar y que puso en veremos toda su historia, todos esos años desde que empezó a caminar por los tribunales y todos esos años llevando y trayendo favores, convenciéndose de ser un eslabón importante de algo grande e inalterable, hasta que de repente el tiempo se contrajo en un sinsentido absoluto hacia un punto mínimo y espasmódico. Plac. Plac. Plac. Y después nada. A seguir como antes, pero de otra manera. Sabiendo que hoy estaba allí, pero que podía no estar más. La decisión sobre su vida era de otros. Siempre habría otros.

Aunque los sospechosos eran muchos, El Señor Javier nunca supo con certeza quién lo había mandado a balear. Mandó a reparar el auto, le aumentó el sueldo al chofer, modificó sus rutinas y compró una puerta blindada de cien kilos para su departamento, en una planta baja de un edificio gigantesco en el centro geográfico de la ciudad.

Abrió esa puerta un hombre diminuto. Delgado, de no más de un metro y medio, llevaba una remera liviana y un jean sostenido a sus caderas con un cinturón de cuero exageradamente ancho, que afianzaba la sensación de que le quedaba demasiado grande.

El Señor Javier recibía en el quincho de su casa, una extensión integrada del comedor que se reconocía por la presencia exuberante de

una parrilla, un cambio repentino del parquet a los azulejos y el cambio en las paredes, de pronto decoradas con banderines de Boca, pósters de Riquelme, Maradona y de películas viejas. Entre todas las imágenes de ese santuario de pasiones, se destacaba el póster de *El Padrino*, con la cara fabulosa de Marlon Brando. El Señor Javier me recibió con la mesa central del quincho dispuesta con una picada como para veinte personas y dos botellas de vodka. Vale decir que éramos solo él y yo, además del hombre diminuto, que circulaba por la casa en silencio y solo entraba y salía de la escena cada tanto para saber si precisábamos algo. No revelaré aquí lo que hablamos aquella noche. Fue la primera de varias citas, pero quedaron selladas por el compromiso de confidencialidad que exigen las fuentes, especialmente las fuentes horribles. Solo diré que otra vez comprobé la falsedad de los archivos. En los buscadores de noticias (ya digitales) se describía a un hombre huraño, atascado de trabajo, formal y oscuro. En aquellas paredes cerradas, en cambio, se veía a un niño grande jugando a ser malvado, cosa que por supuesto había conseguido muchas veces. Pero El Señor Javier tenía la cualidad infalible de la simpatía, una herramienta tan letal como desatendida. El Señor Javier sonreía a carcajadas, narraba historias con histrionismo, imitaba a sus interlocutores de otro tiempo, interpretaba sus papeles cambiantes con la pretensión de un actor dramático de escuela, como los duros personajes que lo observaban desde las paredes. Creo recordar de su boca la tesis de que el poder es una gran familia. Como la de la mafia, agrego yo, ahora. Una familia donde todos se conocen y se tienen afecto, donde todos se deben favores y se adeudan, donde todos tienen la capacidad fáctica de matar al otro y donde todos pelean, más tarde o más temprano, por lo único que realmente vale la pena: persistir, mantenerse. Eso era el poder y lo sigue siendo.

Me fui de aquella primera cita con El Señor Javier tambaleando y aturdido. Solo en parte por culpa del vodka.

57.

En ese quincho cerrado, con el póster de Don Corleone de fondo, se había consagrado la impunidad del kirchnerismo. En muchas ocasiones. Con El Señor Javier de anfitrión, el hombre diminuto rondando la escena, algunos de los muchos jueces federales y muchos bolsos cargados de dólares o promesas de dólares.

El contador del matrimonio entre Néstor y Cristina Kirchner iba a narrar ante funcionarios judiciales una de las escenas más impactantes de todo aquello. Ocurrió en octubre de 2009, dos semanas después de la primera denuncia formal contra los Kirchner por enriquecimiento ilícito. La denuncia había caído en el juzgado federal de Norberto Oyarbide, al que le llegaban por un curioso sorteo todas las causas incómodas para el gobierno.

Vamos a la escena. El contador Víctor Manzanares recibió un llamado a su celular. Era Néstor Kirchner, su jefe. A los gritos, le ordenó ocuparse de la pericia contable que debía respaldar las declaraciones juradas que habían sido cuestionadas. En teoría era una tarea asignada a los peritos contables de la Corte Suprema, pero Kirchner sabía que esos formalismos podían saltearse. Quería que fuera su propio contador el encargado de revisar su contabilidad. Es decir, de dibujar los números que hicieran falta. Para coordinar el trabajo, Kirchner le pidió a Manzanares que se presentara en la SIDE y se pusiera a disposición de las personas que lo estaban esperando y que se iban a ocupar de todo. Eso hizo. Un par de horas más tarde, el contador ingresaba a la sede del espionaje por la entrada principal de la calle 25 de Mayo, a metros de la Casa Rosada. Una puerta de vidrios espejados se abrió a su paso, dos empleados de traje le pidieron el documento y lo acompañaron en ascensor hasta el piso quinto, donde otros empleados de traje le retuvieron el teléfono y lo hicieron pasar a una sala de espera sin ventanas. Manzanares era un hombre del sur patagónico, que llevaba unos cuantos años trabajando para la familia de la presidenta y de su marido. Sabía que lo suyo precisaba del sigilo inconfesable, pero no terminaba de aceptar el carácter bucólico de lo que eso significaba. Se sentó en un sillón y recién entonces advirtió que a su lado había otro hombre. Un señor regordete, con anteojos y casi pelado salvo por unos leves mechones algo despeinados por encima de las orejas. Era El Señor Javier, que apenas se presentó por su apellido y con cierta hosquedad se alejó hacia otra habitación. Manzanares no podía saber, aún, que ese hombre era el más importante operador del gobierno en el poder

judicial, no solo en la Justicia Federal, sino también en la Corte Suprema y en los fueros Contencioso Administrativo y Penal Económico, es decir, en todo el arco del aparato de justicia que pudiese rozar a los funcionarios del Ejecutivo. El Señor Javier se ausentó un largo rato –habrá sido poco más de una hora, o eso le pareció–, lo que le permitió a Manzanares recorrer una y mil veces las paredes desnudas de aquella sala de espera, vacía de decorados, ausente de toda identificación, como si fuese un lugar sin tiempo ni sentido. Cuando ya estaba empezando a impacientarse, al fin volvió a abrirse la puerta, de donde se asomó otra vez El Señor Javier.

–Ahora lo van a acompañar a la planta baja y vamos directo para mi casa –le dijo. Cargaba, ahora, con un pequeño bolso de cuerina negra.

Le devolvieron el celular y lo guiaron por el ascensor, ahora hacia los pisos inferiores. Pero no fue hasta la planta baja sino al subsuelo, donde se encontró dentro de un garaje repleto de autos de vidrios oscuros. Lo acompañaron a uno de ellos, junto al Señor Javier, que se sentó a su lado y apoyó el bolso en el piso del auto, entre sus zapatos. El chofer los sacó del edificio por la avenida Alem, en la zona del Bajo, luego se internaron en la ciudad por la avenida Córdoba, rumbo al norte. Era un día laborable por la tarde, el tránsito caótico, la ciudad convulsionada por sus propias preocupaciones y ajena a esos hombres de traje que transitaban calles y avenidas con un bolso de cuerina negra por encargo de los jefes de la administración del Estado. Al cabo de una hora, llegaron al frente de un alto edificio de ladrillos a la vista, en un barrio que Manzanares confundió con Belgrano, pero era el corazón de Villa Crespo. Durante el trayecto, Manzanares se había mantenido en silencio. No así El Señor Javier, que no había soltado un segundo el teléfono celular, hablando en voz alta y gesticulando sus emociones, que iban de la risa al enojo, en iguales proporciones y sin importar sus interlocutores, que iban cambiando a cada rato. Estaba eufórico El Señor Javier. Así era, siempre.

Bajaron del auto e ingresaron al edificio. Frente al ascensor los esperaba el hombre diminuto, de jean y camisa a cuadros, que los guió hasta el primer piso y abrió la puerta blindada del departamento del Señor Javier. Entraron por la cocina, pasaron por un lavadero, bordearon un living a media luz desde el que se podía imaginar un pequeño parque, típico de los pisos bajos de ciertos edificios de las décadas del setenta y ochenta. A través del living llegaron a una extensión de la construcción que se destacaba por la enorme parrilla asentada sobre la pared del fondo. Era el quincho cerrado, decorado con las gigantografías de Riquelme y Maradona, banderines de Boca, el póster con la cara de Don Corleone.

El Señor Javier ocupó una silla de la cabecera de la mesa que ocupaba casi todo el espacio del quincho. Manzanares se sentó a su lado, todavía algo aturdido y lleno de dudas, pero obediente. Casi de inmediato el hombre diminuto anunció que iba a abrir la puerta. Había llegado El

Doctor, dijo. De impecable traje, peinado a la gomina, con el gesto exageradamente serio, ingresó a escena ese hombre al que el país identificaba, con razón, con lo más vergonzoso de la justicia: el juez Oyarbide. El Señor Javier saltó de la silla para abrazar a su invitado. Se conocían de toda la vida.

–¿Quiere tomar algo? –le preguntó El Señor Javier a Manzanares.

En la mesa había dos bandejas con masitas secas. Al contador no se le ocurrió otra cosa más que pedir un té con leche.

Las carcajadas del Señor Javier y Oyarbide resonaron durante un largo rato. Se miraban y se reían, divertidos como dos adolescentes traviesos ante la inocencia de Manzanares. Allí no se tomaba té ni nada de eso. De inmediato volvió a entrar al quincho el hombre diminuto, con una botella de champán y una bandeja con copas.

–Acá se toma en serio –explicó Javier.

El bolso negro ya estaba encima de la mesa.

58.

¿Por qué el póster de *El Padrino*? ¿Por qué la cara de Vito Corleone interpretado por Marlon Brando, con esa enorme pera de bulldog, sus bigotitos prolijos, sus arrugas de hombre madurado y la tristeza profunda que se intuye en ese jefe del clan mafioso?

¿Por qué, en fin, algo tan obvio?

No conozco la respuesta. Tal vez sea demasiado banal. Pero también El Tano era fan de *El Padrino*. Unos años más tarde, cuando Daniel Angelici cumplió su medio siglo de vida, organizó un fiestón en Puerto Madero al que asistieron Macri, ya como presidente de la Nación, y muchos jueces y bingueros y dirigentes políticos y Horribles. Los invitados estaban todos sentados en sus sitios, tomando sus primeras copas de champán y picando los canapés de bienvenida, cuando el cumpleañero, que se había hecho esperar, hizo su triunfal entrada al salón. Se bajaron las luces, hubo un silencio expectante y entonces apareció él, envuelto en un elegante traje negro, acompañado por un vals triste, melancólico, casi en tono de marcha fúnebre. Era la música de *El Padrino*. Cuando Coppola se lo encargó a Nino Rota, allá en 1970, imaginó una melodía suave y lenta para acompañar la brutal y despiadada vida de la familia Corleone. No buscaba un supuesto contraste entre la violencia de los protagonistas y la suavidad de la melodía. Lo que quería era resaltar la tristeza y el sino trágico que acompañaba aquellas vidas teñidas por desgarros brutales de vidas y amores. En el póster del Señor Javier y en la fiesta de cincuenta del Tano, aquella obra maestra de Nino Rota cobraba un nuevo sentido, cercano a la burla, al guiño grotesco.

En ese mismo tiempo, a comienzos del gobierno de Macri como presidente, vi otro póster de ficción en el despacho de su jefe de Inteligencia, Gustavo Arribas. ¿Adivinen? Era un póster de los legendarios Maxwell Smart y la agente 99. El despacho más celoso de la Argentina, de cara a Puerto Madero y al helipuerto presidencial, custodio celoso de la Casa Rosada, estaba decorado con un póster de la serie ícono de la burla a ese mundo del espionaje, la genial *Superagente 86*.

Es cierto que el poder no tiene por qué ser original; le alcanza con ser efectivo. Pero debe haber algo más detrás de todo aquello. Se me presenta ahora el recuerdo de Patricio, alguna noche de buen humor, en alguno de esos momentos en los que se relajaba y se ponía a narrar algunas de sus películas preferidas e imitaba los movimientos de cejas de Gary Cooper o la mirada segura de Clint Eastwood después de morder su cigarro.

Admiración, fascinación, acaso era la envidia que les generaba el amor que esos hombres a los que creían pares habían conseguido.

El cine, y después la tele, delinearon la naturaleza de nuestros héroes. También la de nuestros villanos.

59.

Estaban acostumbrados a resolver sus conflictos con violencia, mataban a sus enemigos, incluso a sus íntimos, pero al final lo que buscaban Vito Corleone y su hijo Michael era dejar de ser lo que eran para convertirse en gente de respeto.

Entre la década de 1920 y los años sesenta, las mafias italianas asentadas en las principales ciudades de Estados Unidos habían construido su poder en base al dominio de negocios ilegales. Juegos de apuestas, contrabando de licores, prostitución, narcotráfico. Para sostenerse y crecer se habían servido de la compra de favores, corrompiendo a policías, jueces y políticos. Gay Talese, el gran cronista de esa historia, contó que la decadencia de los capos de la mafia comenzó cuando los baños de sangre con los que resolvían sus entuertos empezaron a saturar a la opinión pública, obligando a los fiscales y jueces a poner en caja a los mafiosos. No siempre podían perseguirlos por los delitos más graves que cometían, pero sí por faltas menores y fáciles de comprobar. El resultado de la cacería fue que los jefes de las familias empezaron a necesitar menos de matones que de abogados. Llegaron a gastar fortunas, incluso hasta la quiebra, para pagar a sus defensores y cancelar las fianzas que los mantenían lejos de la cárcel. Con el tiempo, algunos de ellos lograron su cometido y pudieron reemplazar su clandestinidad por negocios formales, invirtieron en hoteles, en fábricas, pagaron impuestos y se integraron al sistema. Pero no era nada sencillo. La mayoría de los matones acabó desangrado junto a una alcantarilla.

Hay una escena de *El Padrino III* que muestra las dificultades de ese intento de conversión. Michael Corleone ya es un hombre encorvado y canoso que se enfrenta a sus últimas vivencias y a una mirada retrospectiva cargada de culpas y lamentos. Habla con su hermana en un patio de baldosas, en lo que parece ser un pueblo del sur de Italia. Le confiesa, resignado: “Toda mi vida he intentado subir en la escala social. Quería llegar al lugar en el que todo sería legal y honrado, pero cuanto más alto subo, más podrido está el ambiente”.

El jefe del clan había aprendido que ciertos caminos no tenían cláusula de escape. Cada vez que intentaba encontrar una manera de salirse de aquello por lo que lo juzgaban, volvían a meterlo adentro. “¿Dónde demonios acaba todo?”, se preguntaba, y pronto sabríamos que el final era una estancia insoportable de dolor y soledad.

Tal vez de eso se trate el poder. Un lugar al que se aspira para cambiar

las cosas y al que se llega para descubrir que nada va a cambiar demasiado.

60.

Después de mi primera visita al Señor Javier me quedé pensando en el hombre diminuto que abría la puerta y renovaba el stock de picada y alcohol. Era el mismo que había recibido al contador de los Kirchner. El mismo que guio hasta el quincho al juez Oyarbide. Debía pesar cuarenta y cinco o cincuenta kilos. Su voz era tan delgada. Se lo veía tan frágil. De pronto me invadió una idea: ¿si ese hombrecito era en realidad el jefe? ¿Y si ese pedacito de humano escondía al verdadero dueño del poder permanente, camuflado en la aparente miseria de su ser? ¿Si solo simulaba abrir la puerta cuando en realidad era el gran capo, el amo de todos los botones que movían las telarañas de la gran red?

No, era imposible.

Las formas no podían ser tan indiferentes.

La farsa no debía conocer de absolutos.

Tal vez me estaba volviendo demasiado mordaz.

O debía ser obra de lo sórdido. Lo sórdido nos hace ver lo que en realidad no existe.

61.

Ya estaba todo o casi todo corrompido. Me refiero, claro, a la Justicia Federal. Durante gran parte del período kirchnerista, los jueces se encargaron de simular. Aparentaban hacer su trabajo, cuando lo que hacían era simplemente abrir expedientes y esconderlos en los armarios de los despachos de Comodoro Py. Hasta que el segundo gobierno de Cristina no empezó a dar señales de debilidad y un posible ocaso, ninguno de los jueces se atrevió a profundizar alguna de las muchísimas denuncias de corrupción que inundaron los tribunales, sobre contrataciones irregulares, licitaciones a medida, estafas con fondos públicos, enriquecimientos inexplicables o lo que se llamó la creatividad contable de infinidad de contratos y riquezas.

El más impresentable de todos, lo sabemos, era Oyarbide. Llegado a la Justicia Federal en los años noventa, cuando se inició el proceso de captación política del fuero, en la era kirchnerista aceptó las reglas del Malo sin ningún prurito. La causa por el enriquecimiento de los Kirchner fue solo la más visible. Tras la reunión en la casa del Señor Javier, Oyarbide convocó a Manzanares a su despacho de Comodoro Py y lo reunió con la contadora María Del Carmen Penedo, perito contable de la Corte Suprema, para que juntos (contador y perita contable) dibujaran los números de los balances de las empresas y negocios de los Kirchner y pudieran, así, justificar el crecimiento o el blanqueo de su riqueza. Al llegar al gobierno, Kirchner y su esposa eran dueños de departamentos en Santa Cruz y uno en la ciudad de Buenos Aires, en la esquina de Juncal y Uruguay, en Recoleta. Los balances del año 2008 veían a esa fortuna, que se calculaba en casi dieciocho millones de pesos, multiplicada en depósitos bancarios, terrenos y nuevas propiedades, hasta llegar a una nueva valuación de cuarenta y siete millones, es decir, con un crecimiento de un 158 por ciento. Semejante bonanza, que no iba a dejar de crecer, era inexplicable para un matrimonio que solo podía justificar ingresos como funcionarios públicos, Kirchner como ex presidente y ella ahora como presidenta. Pero el contador y la señora perito lograron aplicar suficiente creatividad contable como para argumentar esa suerte. Le entregaron el informe al juez y Oyarbide decidió entonces cerrar la causa, sin que se le moviera un pelo. Según iba a confesar años más tarde el contador Manzanarez, la pericia fue el resultado de nueve reuniones de trabajo que tuvo junto a la perito Penedo. Es difícil imaginárselos, pero así fue: los dos sentados, codo a codo, junto a una pantalla de computadora, tomando

notas sobre fotocopias de balances, comentando cómo explicar lo inexplicable. Lo inverosímil era demasiado real.

62.

Tras resolver el entuerto con el juez Gallardo, El Tano Angelici amplificó su poder dentro del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Ya había puesto a algunos de sus amigos en las listas de legisladores, pero ahora se presentaba como operador de la Justicia. Para consagrar su nuevo rol, se asoció con quien se ocupaba de esa tarea dentro del peronismo porteño, Juan Manuel Olmos. Fue una sociedad buscada y complacida. Olmos llevaba años manejando a parte de los miembros del Consejo de la Magistratura porteño, el organismo que designaba y controlaba a los jueces de la Ciudad, pero estaba agotado de tener que negociar los favores con el funcionario al que asignara Macri para cada ocasión. El Tano le acercó una opción mucho más simple: que fueran ellos dos, sin mediaciones molestas, los que resolvieran todo. Esto es, absolutamente todo. Juntos, iban a dominar la Justicia de la Ciudad a su gusto. Podían ser rivales para la política, pero socios en la administración de los jueces. Al final, todos buscaban lo mismo: que la Justicia, en teoría independiente, no interfiriera en los asuntos políticos. A partir de esa sociedad, increíblemente exitosa, El Tano y su nuevo aliado definieron casi a dedo todos los ascensos dentro del Poder Judicial, completaron las listas de candidatos para los cargos vacantes o por crearse, que eran muchos en ese tiempo ya que la justicia porteña estaba en etapa de formación gracias a la autonomía porteña lograda en la reciente Constitución de la Ciudad. Pero El Tano no hacía nada sin sacarle provecho. Si gestionaba el nombramiento de un juez, al otro día lo llamaba para recomendarle personal para el juzgado y hasta recomendaciones sobre alguna futura causa. Si el juez era de Boca, por supuesto que lo invitaba a los palcos de la Bombonera, donde afianzaba todas o casi todas sus relaciones. Si no lo era, lo llevaba a Madero Tango o le conseguía entradas para ver a la selección de fútbol. Si quería algo más, también se lo conseguía.

La influencia de este hombre relativamente nuevo en el círculo de decisiones de Macri generó, como era de esperar, el celo de los hombres que hasta ese momento se ocupaban de la relación del gobierno con el Poder Judicial. Eran también desconocidos para el gran público, como José Torello, íntimo de Macri desde que compartían travesuras en el colegio Cardenal Newman, o su abogado personal, Fabián Rodríguez Simón, que respondía a un apodo un tanto infantil, el de Pepín, aunque de inocente no tenía nada. Ellos eran la vieja guardia (que ni siquiera era tan vieja), eran extremadamente cautelosos, formales y respestuosos, y veían entre

indignados y asombrados al nuevo influyente, un nuevo rico nacido en los barrios pobres de la ciudad, que apenas hablaba de corrido y ahora levantaba el teléfono y pedía y otorgaba favores a los gritos. El Tano, hay que admitirlo, era exuberante. Y brusco. Y no parecía importarle el qué dirán. Ayudaba a un juez para lograr su designación y se aparecía sin descaro en su acto de asunción, para ratificar su padrinazgo a la vista de todos. Eso no se hacía; no debía hacerse. Pero al Tano no le importaba.

Al poco tiempo descubrió una mina de oro que no sabía ni que existía. El Consejo de la Magistratura de la Ciudad. Es de suponer que el 99 por ciento de los porteños tampoco supiera de su existencia. Un organismo previsto para designar a los jueces porteños, juzgarlos si cometían actos irregulares y administrar al Poder Judicial. Similar al que existía a nivel nacional, solo que porteño y mucho menos observado por los periodistas y por los vecinos. El acuerdo con Olmos incluyó también la división de nombramientos dentro del Consejo. Y allí encontró una oportunidad de oro para hacer lo que había aprendido en sus tiempos de militante de la Juventud Radical. La posibilidad de meter gente, de dar favores para algún día cobrárselos. El Consejo funcionaba en un bellísimo edificio junto al Cabildo, a unos pasos de Plaza de Mayo, y en los hechos era poco menos que una bolsa de empleo político. Con un presupuesto de cien millones de dólares al año, se había diseñado como un gigantesco órgano burocrático cuya función original, la de decidir nombramientos de jueces y controlarlos, se había desvirtuado por la multiplicación de asesorías, laboratorios de investigación, cuerpos de expertos en servicios de Justicia, direcciones de estadísticas, de planeamiento de políticas de género y hasta de protocolo. El Consejo iba a llegar a ofrecer nada menos que dos mil puestos de trabajo, desde el presidente del Consejo hasta el último ordenanza, y a su planta se la iban a repartir, en tajadas proporcionales a su influencia, los distintos partidos de la ciudad: radicales, peronistas, socialistas y, especialmente, el Pro de Mauricio Macri. Militantes, familiares, amigos, amantes, todos los círculos aledaños a la casta política porteña encontraron un sitio para cobrar un buen sueldo y tener las comodidades y cobertura del Estado benefactor al que repudiaban en público. Por supuesto, no podían quedar afuera los mejores amigos del Tano, aquellos muchachos que lo acompañaban en los tiempos de la militancia estudiantil, Larry Ochoa y El Enano De Stéfano. Allí hicieron base los dos, durante años. También la hermana del Tano, Claudia, dos de sus cuñados, decenas y cientos de familiares y amigos de familiares que conseguían el privilegio y los favores de lo público sin más mérito que el de las relaciones adecuadas. Total, nadie prestaba atención al Consejo ni a ese hombre que, para la enorme mayoría, seguía siendo solo un presidente de un club de fútbol.

63.

Volvemos al libro casi terminado de Patricio.

Escribe que uno de los hombres más ricos del país inició su fortuna robándole un billete de lotería a su empleada doméstica. Un billete ganador. Y resulta que hoy es un hombre muy respetable. Tiene hoteles, viste lujos, su propia colección de arte, es uno de los más buscados en los cócteles de las embajadas y sale en todas las galerías de famosos de las revistas. Pero mucho antes de eso fue un vil embustero. Un canalla. De lo peor. Escuchó a su empleada doméstica celebrar un golpe de suerte, se ofreció a cobrarle la fortuna que había ganado y se quedó con todo. Pero claro, ¿quién recuerda al primer millón de cada millonario? El tiempo y los brillos se ocupan de borrar los pecados de origen. Las fortunas acaban por doblegar a los memoriosos. Por eso lo único que nos llama la atención son las fortunas nuevas. Las rápidas. Las de último minuto.

El Tano era hijo de un mecánico que había llegado muerto de hambre de la Europa de las grandes guerras. Ahora manejaba bingos por todos lados, dirigía el lobby de buena parte del juego con la política, era dueño de Madero Tango, tenía legisladores propios, cientos de favores a cobrar en la Justicia porteña, y se había comprado una fabulosa quinta de seis hectáreas en Pilar, llamada Don Remo, que usaba para encontrar tiempo de calma junto a María Inés, su mujer, y sus tres hijos. Claro que El Tano no podía con su sangre y ese espacio con pretensión de soledad acabó siendo centro de asados, sobremesas y festejos interminables, a los que invitaba a jugadores de fútbol, empresarios, políticos y también jueces.

Su sorprendente crecimiento lo hacía en sí mismo sospechoso. Era un nuevo rico de mucha riqueza. Sin embargo, nadie lo investigaba ni despertaba las suspicacias que sin duda merecía. Es muy probable que esa suerte haya estado atada al más audaz de sus movimientos: convertirse en presidente del club más popular del país. Boca. Boca Juniors. Campeón de todo durante la gestión de Macri. Campeón en la suya. Un lugar que le abría las puertas a un público guiado más por la pasión que por las preguntas. Que se rendía ante la debilidad del hincha frente a un pasaje de avión, una camiseta firmada por los ídolos y, sobre todas las cosas, a pertecener al selecto grupo que habitaba los palcos de la Bombonera.

Mientras los jugadores transpiraban en la cancha y las tribunas latían al ritmo de goles propios y ajenos, la zona de los palcos de la cancha de Boca fue creciendo en tertulias políticas y lobby judicial. Los palcos habían sido reconstruidos y modernizados durante la gestión de Macri, y generaban

pequeños espacios cerrados con todas las comodidades de un living de lujo y vista perfecta sobre la primera línea de la cancha. Estaban unidos entre sí por un pasillo por donde circulaban los dirigentes, las viejas glorias del club, empresarios, muchos políticos (como el omnipresente Coti Nosiglia) y los mozos que cargaban picadas, sushi, gaseosas y champán. Con el arribo del Tano a la presidencia del club, ese espacio comenzó a recibir a los hombres y mujeres del poder judicial, la mayoría de ellos como invitados especiales y unos pocos con abonos pagados con sus tarjetas de crédito. La lista de los plateístas judiciales fue larga y en los hechos la puerta de entrada del Tano al mundillo del fuero federal, el más codiciado por los políticos. A la Bombonera asistían religiosamente el fiscal de la Cámara Raúl Plee; los jueces Ariel Lijo y Rodolfo Canicoba Corral; los fiscales Carlos Stornelli y Gerardo Policita. Además de muchos otros, que entraban y salían, les gustara o no el fútbol.

Les voy a contar aquí un secreto que tal vez no debiera.

Entre los plateístas estaba Patricio.

De su afición me había enterado en alguna de nuestras citas. En algún momento de hablar pavadas, sobre cosas triviales de la vida, me había comentado algo sobre un gol polémico en un partido de la Copa Libertadores. Yo no sabía que fuera futbolero. No me lo imaginaba. Me costaba visualizarlo desaforado en pleno grito de gol. Pero sí, me dijo:

–Soy bostero. De toda la vida.

Sus apuntes testifican escenas de lo que ocurría en los palcos. No están narradas en primera persona, pero describen encuentros y conversaciones que solo puede conocer alguien que estuvo allí, escuchando de cerca. Patricio visitaba los palcos y narra en detalle el momento en que El Coterráno, como él lo llamaba, le ofreció al fiscal Carlos Stornelli convertirse en secretario de Seguridad del club, cargo que Stornelli ejerció a pesar o por ser amigo del jefe de la barra brava de Boca, El Rafa Di Zeo. Patricio exhibe como propio de los palcos el puente que empezó a ejercer, entre El Tano y los jueces federales, Guillermo Montenegro, quien había sido uno de Los Doce jueces y ahora militaba en el PRO. Patricio describe al Tano en facetas desconocidas, como cuando le mandó a cambiar el número de asiento a un político que, a su juicio, se había puesto ahí para robar cámara en las transmisiones de televisión. Y completa la lista de los nuevos plateístas de la Bombonera. Allí aparece, de pronto, el mismísimo Señor Javier, protegiendo su pelada con una gorrita azul y oro, y su viejo socio, el abogado Darío Richarte, que compartía con El Tano su pasado radical y se iba a convertir en uno de sus principales laderos en la Comisión Directiva.

Una creciente amistad con Stornelli. Montenegro como enlace. El Señor Javier y Richarte, ahora tomando champán en la primera fila del mundo Boca. De a poco, El Tano empezaba a allanar los caminos hacia Comodoro

Py.

64.

Su primera misión en el territorio federal fue la causa de las escuchas. Una causa que nació, como tantas otras, en el territorio de Los Horribles. Como ya vimos, entre los espías y los traficantes de información se conocen todos. Los oficiales, los tercerizados, los clandestinos, los de las distintas fuerzas de seguridad o Inteligencia. No son tantos, finalmente. Treinta, cuarenta, cincuenta tipos. Y ninguna mujer, por cierto.

Hacia mediados del año 2009, Macri creó la Policía Metropolitana de la Ciudad y puso a su mando al comisario general retirado Jorge Palacios, conocido como El Fino por su altura y delgadez. El Fino era todo un personaje en el ambiente. Se había formado en investigaciones sobre narcotráfico, había participado en la persecución de bandas de secuestros y finalmente, antes de su retiro, había trabajado en la causa AMIA, asunto que lo había acercado a las embajadas, a recorrer el mundo y a hombres de mucho poder. Su rol en ese caso lo había enfrentado a Jaime, por razones que pocos conocían y con un nivel de desprecio mutuo que nadie podía dimensionar del todo. Se odiaban con todo el corazón. En especial, Jaime al Fino.

Alguna vez Patricio me contó la historia. No está en sus apuntes, pero sí en mi memoria. Durante la investigación del atentado, un grupo operativo de la SIDE había detenido a un sospechoso en la provincia de Entre Ríos, en la ciudad de Gualeguaychú, y durante su traslado hacia Buenos Aires, que llevó varias horas, los agentes lo habían torturado con electricidad hasta dejarlo casi moribundo en una esquina porteña. El responsable de ese operativo había sido Jaime, por supuesto, y era necesario que no se supiera lo que había pasado. Fue entonces cuando entró en escena El Fino Palacios, que colaboraba con el juez de la causa y fue convocado de madrugada para levantar al moribundo de la calle, limpiar la escena, acomodar el sumario policial y ocultar las huellas de los muchachos de Jaime. Ese episodio marcó para siempre la relación. Tal vez El Fino intentó sacar provecho de su ventaja o tal vez Jaime no soportó que un comisario ajeno a su círculo conociera semejante secreto sobre él y su gente. Lo cierto es que a Jaime lo habían visto desnudo. Y esperaba el momento de vengarse.

La oportunidad se presentó cuando Macri puso a Palacios al frente de la flamante Policía de la Ciudad. Era cuestión de seguirlo de cerca, de caminarlo, hasta que metiera la pata.

En octubre del año 2009, un espía de la Secretaría enviado por Jaime le

acercó a Sergio Burstein, familiar de una de las víctimas del atentado a la AMIA, información que demostraba que su teléfono estaba siendo espiado. ¿Por quién? La orden provenía de un juez de Misiones, sin ninguna justificación, y ocultaba una red de monitoreo telefónico que había ideado y puesto en marcha El Fino. El jefe de la Policía porteña se había valido de un viejo truco. Conseguir un juez amigo que firmara órdenes de escuchas con marco legal, aunque con un objetivo claramente ilegal: seguir de cerca los pasos de algún blanco de espionaje, por motivos personales o políticos. La maniobra le generó una inesperada crisis política al gobierno porteño, la destitución del Fino Palacios y luego su detención. Pero era solo el principio. Con el correr de los días y meses, se fue descubriendo que entre los blancos del espionaje, además de Burstein, había empresarios, sindicalistas y… un cuñado del mismísimo Macri. Así era. Uno de los teléfonos intervenidos era el de Daniel Leonardo, esposo de Sandra, una de las hermanas de Mauricio, con fama de vividor y, según decían en la intimidad de la familia, un embustero que se hacía llamar parapsicólogo pero que no buscaba percepciones extrasensoriales sino billetes tangibles.

La causa, como todas las que interesaban al kirchnerismo, quedó en manos de Oyarbide. El juez ordenó detener a Palacios y procesó a Macri por espionaje y abuso de autoridad. La duda, por supuesto, flotaba en el ambiente. ¿Había sido Macri quien dio la orden de escuchar esos teléfonos? Patricio era de los que creía que no. En su teoría, similar a la que hacían circular en la intimidad de Macri, quien había pedido el monitoreo del parapsicólogo era su papá Franco Macri, el jefe del clan, también de buena relación con El Fino y preocupado porque su yerno no se quedara con parte de su fortuna.

–¿Qué dicen Los Horribles? –me preguntaron en la redacción.

Yo conocía el deseo de venganza de Jaime Stiuso en contra del Fino Palacios, pero era evidente que el espionaje existía. Lo habían investigado y lo habían descubierto con las manos sobre el cuerpo del delito. La duda estaba en el rol de los Macri. Padre o hijo. Hijo o padre. Alguno de los dos lo había encargado.

Cómo haya sido exactamente no lo sabremos nunca. La verdad, hemos visto, resulta ser menos importante de lo que parece. El hecho puntual del espionaje fue desplazado por otro más trascendente, el del proceso judicial, que amenazaba con obturar la carrera ascendente del jefe de Gobierno porteño, aspirante ya a la presidencia. ¿Y si Macri era condenado por espionaje ilegal?

–El Bombón estaba asustado –escribió Patricio.

Todos sus sueños podían terminarse.

65.

La única vez nunca es la última.

El Tano ya hacía valer su voluntad en la justicia porteña y ahora debía dar una mano en la justicia federal. Aun con la ayuda del ex juez Guillermo Montenegro, su incursión fue muy lenta y cuidadosa. Primero se acercó a Oyarbide, de quien iba a terminar haciéndose amigo gracias a noches compartidas en Madero Tango, almuerzos en los restoranes de la zona de Retiro y, más tarde, en el lobby del hotel Faena de Puerto Madero, que con los años iba a convertirse en una parada habitual del Tano. A Oyarbide le gustaba eso. Que lo llevaran a comer, que lo mimaran, que lo trataran con afecto. Pero el juez respondía todavía al Señor Javier. Le pertenecía. Lo único que consiguió El Tano fue cierta moderación en la acusación contra Macri. Y tiempo, el valioso tiempo.

Su otro objetivo fue la Cámara Federal, en particular la Sala I, encargada de revisar la tarea de Oyarbide en la causa de las escuchas. Allí había tres jueces. Eduardo Freiler, Jorge Ballestero y Eduardo Farah. Los tres también respondían al Señor Javier. En especial Farah, que era su compadre y había llegado a semejante cargo con su ayuda indispensable. ¿Podría El Tano romper esa alianza para imponer su voluntad en favor de Macri?

El casi libro de Patricio tomó nota de una reunión secreta entre El Bombón y El Coterráneo. Cuando hablan de comprar la voluntad de un juez. Cuando el futuro presidente cede ante las presiones de su Horrible. El juez era uno de esos camaristas. Era Freiler.

–Que sea la única vez –le había dicho Macri.

La causa de las escuchas del Fino Palacios iba a convertirse en la obsesión de Macri durante muchos años. Lo procesaron, casi lo mandan a juicio oral, agravaron la carátula de la acusación, lo embargaron, lo tuvieron de acá para allá. La gestión del Tano solo sirvió para ganar tiempo, pero ni Oyarbide ni los camaristas lo soltaron del todo y lo tuvieron a tiro, siempre. Para tener mejor suerte, El Bombón debía esperar a llegar a la Casa Rosada.

66.

Los últimos años de Cristina fueron un caos, también para Los Horribles. Las aspiraciones del gobierno de avanzar sobre el Poder Judicial (ya no solo sobre la Justicia Federal), de instalar un régimen cada vez más autoritario, de dominar a la prensa y de consolidar una mayoría absoluta cargada o maquillada con sonido y cotillón de épica, chocaron con una realidad económica cada día más dramática y un humor social que se iba haciendo adverso, especialmente en los sectores medios y altos. Los jueces federales, algunos de ellos, sobre el final empezaron a investigar un poco más en serio y hasta pusieron en aprietos a un par de secretarios de Estado, como el de Transporte Ricardo Jaime, y acorralaron al vicepresidente Amado Boudou, quien debió dejar por un rato sus motos y sus guitarras para defenderse en serio. El engranaje de protección, que parecía infalible, empezó un día a perder vigor.

Patricio, a quien yo no veía más que cada tanto, fue el que me hizo ver lo que estaba pasando. Lo recuerdo con precisión. Me citó a un bar del barrio Las Cañitas, a media mañana, y después de desayunar me soltó la noticia.

–Compañero: la sociedad ya no existe.

Patricio llamaba "sociedad" al acuerdo de impunidad que había sellado Kirchner con El Señor Javier, Jaime Stiuso y los otros. Es cierto que El Malo llevaba un par de años muerto, pero la cobertura en los juzgados federales lo había sobrevivido. A mediados del 2013, la desconfianza de Cristina y un extraño viraje en su política exterior, que amenazaban con desplazar al superespía Jaime Stiuso del control de la causa AMIA, fueron el principio de una crisis que se profundizó paulatina pero dramáticamente. Según me explicó Patricio, el sorpresivo avance del juez Daniel Rafecas sobre Amado Boudou en una causa muy delicada, la causa Ciccone, había sido entendido por Cristina como una traición de su grupo de cobertura. Todos conocíamos el carácter irascible de la presidenta, pero nadie imaginaba que llegaría a tanto. De un día para el otro, dejó de pedirle favores al Señor Javier y cambió a sus interlocutores con la Justicia, dándole esa tarea a un nuevo grupo de emisarios, aprendices en un oficio demasiado complejo. No vamos a profundizar en los detalles, pero lo cierto es que a partir de ese momento todo cambió. Rafecas, después Claudio Bonadío, incluso Ariel Lijo, varios de los adormilados jueces federales empezaron a dar señales de actividad. Era solo el principio.

67.

Tal como vaticinaba el anuncio de Patricio, en el ocaso del gobierno de Cristina echaron de la SIDE a Jaime Stiuso. Una noticia de un impacto y consecuencias imprevisibles. Jaime era parte escencial del grupo que protegía al gobierno en la Justicia Federal, pero la presidente le había perdido confianza y lo creía, sin matices, un traidor. Echarlo era una decisión de alto riesgo. Nadie sabía qué podía pasar con un Jaime desplazado y seguramente furioso. Su red de influencia era de las más impresionantes del país. Además de ser el director de Operaciones de la Secretaría de Inteligencia, era íntimo amigo del Señor Javier, administraba casi a gusto a muchos de los jueces federales, dominaba los controles aeréos de los aeropuertos, los marítimos de los puertos, tenía topos en la AFIP, en la Aduana, en los ministerios, en las fuerzas de seguridad de todo el país y dominaba como nadie el sistema de las escuchas telefónicas legales y las ilegales. Era un Horrible de oficio. Trabajaba de eso. Era el mejor y el peor de todos.

La SIDE fue rebautizada como AFI (Agencia Federal de Inteligencia), los cargos jerárquicos quedaron en manos de inoperantes, los agentes más importantes acabaron en poco tiempo en la calle. Pero en la transición se nos expuso a todos la sordidez de ese mundo. El fiscal Alberto Nisman, que investigaba junto a Jaime el atentado a la AMIA, acusó a la mismísima Cristina de intentar encubrir ese atentado y a las pocas semanas apareció muerto en el baño de su departamento de Puerto Madero, con un disparo en la cabeza. Suicidio sí, suicidio no, la conmoción fue total. Jaime se fue una temporada a vivir a Estados Unidos, llevándose a su familia y mil y un secretos.

Yo no hablaba con Jaime. Lo había hecho un tiempo atrás, pero la publicación de primer libro sobre la SIDE, en el 2006, había quebrado su comunicación conmigo. Sin embargo seguía en contacto con uno de sus amigos. Un regordete de pecas al que, como es de esperar, le sobraba simpatía. Contaba anécdotas graciosas, nunca se victimizaba, preguntaba por mi familia como si le importara, me recomendaba música y películas. Era también conocido de Patricio, pero caminaban en círculos diferentes. Solo se respetaban como pares.

Durante el exilio de Jaime, en la primavera de 2015, me encontré con el señor de las pecas. Este tipo de fuentes acepta las citas con los periodistas por dos razones básicas: contar lo que les interesa que se diga y de paso averiguar qué sabemos sobre eso mismo que les preocupa. Eso nos

obliga a un ejercicio práctico, que no es sencillo frente a especialistas: escuchar mucho y hablar poco.

Nos juntamos en un café de Palermo, frente a la iglesia de Guadalupe, en una vereda de sol mientras los jacarandás de la plaza se preparaban para florecer. Conversamos sobre la muerte de Nisman, evitó a toda costa decirme algo sobre el paradero de su amigo, pero me relató el último tiempo de Jaime en la SIDE. Desprovisto del respaldo de la presidenta, habían dejado de hacerle encargos, le habían quitado todo el prespuesto, lo habían corrido de las decisiones. Ya no elegía blancos de Inteligencia. Ya no ejercía el rol que su cargo y su historia le asignaban. Entonces pasó lo impensable. Jaime empezó a recibir llamadas extrañas, sus hijas sentían pasos a sus espaldas, varios de sus amigos recibieron represalias (recordé la balacera contra El Señor Javier) y uno de sus agentes de mayor confianza, el espía Lauchón Viale, fue asesinado por la policía bonaerense en circunstancias con todas las características de un ajuste de cuentas. Jaime era uno de los tipos más temidos del país, pero ahora dejaba de usar su auto oficial y se empezaba a mover en taxis tomados al azar en la calle. En ese tiempo abandonó las tarjetas de crédito para no dejar rastros. Modificó todas sus rutinas. Alteró los horarios de la familia. Finalmente, Jaime se puso un arma en la cintura.

–Tenía miedo. No por él, pero sí por sus hijas y por sus amigos –me dijo el señor de las pecas.

Lo chicaneé con la bravuconada. Esa idea de que los malos nunca deben tener miedo por ellos mismos me parecía de películas en blanco y negro. Por supuesto, ignoró mi comentario y redondeó la idea como para estamparla en un póster:

–Se tiene miedo cuando tus enemigos lo pierden.

Así era la cosa. Estábamos en una vereda de sol, ya entrados en el siglo XXI, en una democracia más o menos estable, con instituciones más o menos organizadas, pero el miedo seguía siendo el motor de los resortes ocultos de ciertos lugares del poder. Cristina sintió miedo. Nisman sintió miedo. Jaime sintió miedo.

Qué nos quedaba al resto.

68.

En octubre de 2015, las elecciones nacionales decidieron un cambio de página en nuestra historia. Por primera vez en más de treinta años, se eligió como presidente de la Nación a un dirigente que no era ni peronista ni radical y que llegaba al poder con la promesa de cambiarlo todo. Cambiemos, se llamaba el nuevo partido. Cambiemos. Era una coalición de la agrupación de Mauricio Macri, el Pro, más el partido de Elisa Carrió (la Coalición Cívica) y lo que quedaba del radicalismo. Los analistas no dudaron y esta vez no se equivocaron: la sociedad puso en Cambiemos todas sus aspiraciones para dar por terminada la era del Malo y de Cristina. Basta de soberbia. Basta de mafias en el poder. Basta de delirios populistas. Basta de Horribles.

Con un discurso formado por lecturas de autoayuda y filosofía zen palermitana, el nuevo presidente representaba a los ojos de los electores un giro hacia una Argentina normal y decente. Había que confiar en la honestidad de los argentinos, en la capacidad de superación de cada uno de nosotros, hacer del esfuerzo individual un motor para la reconstrucción colectiva de este país que no estaba condenado al éxito pero que valía la pena.

El camino de Cambiemos era el de la normalización. Un camino difícil y peligroso que suponía dejar atrás una cantidad descomunal de problemas: terminar con un cepo al sistema cambiario que prohibía la compra y venta libre de monedas extranjeras; recuperar los índices estadísticos básicos que venían siendo adulterados; combatir la inflación y la pobreza; aplacar un sistema de subsidios a los servicios esenciales que hacía inviable el excesivo gasto público; atraer inversiones de un mundo que nos daba la espalda; acabar con un brutal sistema de retenciones a las exportaciones; terminar con un sistema impositivo injusto y brutal; hacer andar, en fin, algunos de los resortes básicos de un gobierno que prometía, si no cambiar la historia, al menos dejar de destruirla.

Pero sin duda, uno de los mayores desafíos era lo que Elisa Carrió llamaba la refundación moral de la Nación. En un país malacostumbrado a violar las leyes, a violentar las normas, había que terminar con las mafias enquistadas en el Estado. Eso incluía, naturalmente, a los jueces y a sus operadores.

¿Podría el nuevo gobierno estar a la altura de las expectativas que había generado?

El día de la asunción de Macri, sus familiares, futuros funcionarios y

amigos lo acompañaron hasta la Casa Rosada, en la tradicional toma del poder central del país. Su antecesora, Cristina, no había querido participar del traspaso de mando, pero la ceremonia se hizo igual. El flamante presidente ingresó a los salones principales de la Casa Rosada y se abrazó a su padre, saludó a sus futuros colaboradores, salió al balcón y se animó a cantar cumbia y a bailar junto a su vicepresidenta, Gabriela Michetti. *Gracias, Gracias, Gracias*, gritaba, en un euforia que acompañaban muchos argentinos, los hastiados del populismo que parecía quedar atrás. Entre los invitados de aquella tarde que prometía hacer historia, estaban también sus amigos de siempre, los del Cardenal Newman, muchos de sus compañeros del mundo empresario y algunos del ámbito del fútbol.

Entre ellos estaba él. Más feliz que nadie. Saludando con besos y abrazos como un embajador consagrado. Acaso incrédulo de las vueltas de la vida, de un recorrido veloz y misterioso que lo había llevado desde la pobre Soldati, desde una dudosa oferta en un bar de mala muerte, hasta el centro mismo de la toma de decisiones.

69.

Somos el resultado de lo que hacemos ante las oportunidades que se presentan.

También los presidentes. O especialmente ellos.

En las primeras semanas tras su asunción, Mauricio Macri se preguntó y preguntó a sus funcionarios y amigos sobre varias decisiones que prometían cambiar las cosas. Eran planes concretos, algunos llegaron a redactarse, todos estuvieron sobre su escritorio. Los planes patrocinaban una vuelta de página:

- Terminar con las mafias policiales.
- Ponerle fin a la carterización de la obra pública, que había beneficado y hecho grande, entre otros, al propio Grupo Macri.
- Acabar con las reelecciones indefinidas de sindicalistas, intendentes y gobernadores.
- Definir a través del Congreso reformas laborales e impositivas estructurales de un país trabado por prácticas y leyes arcaicas que lo condenaban al retraso, como los viejos convenios laborales o el sistema impositivo.
- Ajustar con políticas de shock el déficit del gasto público, para atacar la inflación hasta que el país pudiera volver a una senda de crecimiento, pero sin abandonar la asistencia a los más pobres, que eran cada vez más.
- Reformar el sistema jubilatorio, totalmente quebrado.

Algunas más traumáticas que otras, todas las medidas respondían a un diagnóstico del que participaban Macri y sus principales asesores. Suponía que un pedazo de la Argentina estaba totalmente podrido y había que arrancarlo de raíz.

En esas horas iniciáticas también se pensó, seriamente, en prescindir de la Secretaría de Inteligencia, la ahora llamada AFI (Agencia Federal de Inteligencia), y en mandar a juicio político masivo a Los Doce jueces federales, para que sus acciones en el pasado fueran revisadas, en su totalidad, en el Consejo de la Magistratura.

70.

Pero aquello formaba parte de la euforia de los primeros días. El triunfo de Macri había sorprendido al propio Macri, y muchos de los borradores sobre la futura gestión habían sido pensados o escritos en un clima de excitación que podía chocar con el mundo real o, incluso, con sus propias conveniencias y deseos. Se tomaron algunas medidas de corte, como el fin del cepo, la eliminación de las reelecciones de los intendentes en la Provincia, y de a poco se fue transparentando la contratación de obra pública y se normalizó el INDEC. Pero había muchísimo más por hacer. Reformas de raíz. Reformas de alto riesgo. Y entonces empezó a debatirse la profundidad del cambio.

Dentro y fuera del gobierno, las voces que apostaban a medidas de shock empezaron a perder fuerza, para darle lugar a los que sostenían que la crudeza que se deseaba no era apta para el momento histórico. Para una primera etapa, parecía preferible el camino de la moderación. Se lo llamó *gradualismo*. Lo que había que hacer se haría de a poco y mientras tanto se iba a pedir plata prestada a inversores extranjeros.

–El Bombón es hijo de millonarios. Y los hijos de millonarios hacen los que se les canta. Pedir plata es una de esas cosas –escribió Patricio.

El gradualismo, del que tanto se iba a hablar, iba a ser el camino a seguir en el plano económico. Pero no solo en el económico. Antes de afrontar la limpieza que se sabía indispensable en la Justicia Federal, en los organismos de Inteligencia, en las fuerzas de seguridad, en los pasillos de los lobbys y de los intercambios de favores, había que preguntarse si el gobierno de Macri estaba dispuesto o si deseaba prescindir de los mecanismos heredados. Así como las políticas económicas de shock perdieron rápidamente su lugar de privilegio, también la idea de que se buscaría un cambio profundo y repetido en los demás de temas de preocupación. Cerca del presidente empezaron a hablar de la teoría del *agua sucia*, como parte del proceso que vivió la novata democracia española tras la muerte del dictador Francisco Franco. La teoría era bien gráfica. Al caer el franquismo, los dirigentes políticos más importantes de la España naciente iniciaron un proceso en favor de la República que supuso acuerdos con muchos de los principales militares, políticos y empresarios del mismo sistema que había gobernado España durante las décadas que se intentaban dejar atrás. No había manera de abandonar una era de las profundidades del franquismo sin apelar a una fracción del franquismo. La metáfora que se usaba para explicar esa transición era la

del agua con sarro que sale de las canillas cuando se termina de limpiar el tanque de un edificio. Veamos el ejemplo. Para limpiar un tanque de agua, lo primero que hay que hacer es vaciarlo por completo, para después sacar del fondo, con una pala o una aspiradora, toda la acumulación de bacterias y basura. Recién después se vuelve a llenar el tanque y se abren las canillas para completar la tarea. Pero el proceso, lo sabemos, no puede ser inmaculado. Cuando abrimos la canilla de nuestro departamento, lo primero que sale no es agua limpia, sino un chorro marrón oscuro, que arrastra toda la suciedad que se había acumulado antes de la limpieza desde el tanque y a través de todo el sistema de cañerías. Al cabo de un buen rato el agua irá perdiendo suciedad, se irá aclarando hasta llegar a ser cristalina, como deseamos. Ese proceso de limpieza puede durar minutos u horas, pero es siempre inevitable. El *agua sucia*, en fin, es parte inexorable de la limpieza.

¿Era eso lo que iba a pasar? ¿O era una excusa para seguir igual que siempre y no producir ningún cambio?

71.

En las redacciones de los diarios no hubo ningún gradualismo.

Las noches de la bohemia se habían acabado hacía rato.

Los teclados de las máquinas de escribir eran objetos de museos.

El blanco y negro había dejado de existir hacía tiempo y los colores inundaban los diarios, como las magníficas infografías que dibujaban unos jóvenes brillantes más parecidos a los artistas de videojuegos que a los gruñones reporteros de antes.

Los sistemas integrados modernos, diseñados especialmente por mentes brillantes, permitían cerrar cada página de los diarios desde cualquier computadora de la redacción o incluso desde la casa de los periodistas, para mandarlas en tiempo real a las imprentas más veloces del mundo.

Pero lo más trascendente de todo era que la imprenta misma, motor de la revolución cultural, estaba quedando obsoleta.

El diario que conocíamos ya no era lo importante.

Ocurrió, como suelen suceder las cosas, casi sin darnos cuenta. Primero se lo llamó *fusión*. Esto era, en teoría, la convivencia entre un diario enteramente de papel hacia una mixtura entre ese diario (lo viejo) y su versión digital (lo nuevo). La *fusión*, lo sabemos ahora, escondía una trampa inevitable. Que el diario de papel poco a poco se iba a vender menos, a leer menos, a mirar menos, y que los viejos lectores iban a ir dejando lugar a un nuevo consumidor de la información llamado audiencia. Sí, la audiencia. Un público que no solo quería leer, sino también mirar y escuchar, y hacerlo a un ritmo vertiginoso y simple, primero con el clic de un mouse y enseguida nomás con un pequeño y sensible toque en una pantalla o, luego, en un teléfono celular más inteligente que muchos de sus usuarios.

Ese proceso nos dejó a casi todos patas para arriba. Ya casi no había tiempo para procesar la información, pero además, no había tiempo entre lo que producíamos y su efecto. Si una nota subida a la web era de interés, los medidores digitales la catapultaban y la multiplicaban. Si, en cambio, no atravesaba la urgente atención de la audiencia, la nota se iba alejando de los lugares más visibles de la pantalla hasta desaparecer en pocos minutos. Nuestro trabajo, antes tedioso y pensado, antes calibrado con artesanía, encontraba su punto de inflexión en los clics de misteriosos consumidores cuyos caprichos podían definir nuestro futuro o el futuro de lo que queríamos contar. La consecuencia directa fue que las páginas digitales de los diarios se llenaron de fotos de mujeres en tanga y de

escándalos mediáticos que desplazaron a segundo o tercer plano aquello que nosotros creíamos importante. Eran los algoritmos los que empezaban a mandar. Como las mediciones del rating minuto a minuto en la televisión, la inteligencia digital aplicada al consumo de noticias empezó a dar las órdenes sobre qué debía contarse y cómo debía hacerse. Los periodistas más veteranos (aquellos que quedaban de mis viejos maestros) y los de media estación (así me gustaba llamarnos a nosotros) peleábamos con una resistencia más testaruda que sabia y nos sujetábamos a la idea de que podían cambiar las formas o incluso los medios, pero que al final siempre se iba a premiar la información, ese tesoro que era nuestra mercadería suprema. No estoy seguro de que eso fuera cierto o un deseo. Pero lo decíamos, a gritos. Si queríamos distinguirnos de la marea de blogueros o twiteros o mercenarios de las redes que pulularon por ahí, debíamos hacer la diferencia con los datos de contexto, con esas reglas de la escuela de nuestro heróico Kapuściński, estar, ver, oír, compartir y pensar.

No fue fácil la subsistencia. Y en eso estamos o estábamos.

La etapa final de esa transformación coincidió con mi salida del diario *Clarín*. No fue el producto de un análisis ni una planificación acorde a los tiempos que se venían, pero definitivamente coincidió. Como muchos colegas de mi redacción y de muchas otras, me mudé a otros formatos. Radio, televisión, los libros que resistían con más entereza el cambio de época.

Por supuesto, me llevé a mis Horribles encima.

72.

¿Podía Macri prescindir de los suyos?

¿Podía o quería prescindir de aquellos horribles que lo habían ayudado a ser quien era y lo acompañaron hasta la puerta de la Casa Rosada?

El Tano empezó a diagramar su influencia en aquel organigrama que llenaba, calmo y decidido, ante la mirada indiscreta de Patricio, en la confitería Rond Point, en Libertador y Tagle. Sus dos custodios tomaban café, los mozos lo ignoraban, el país latía ajeno a sus apuntes. El Tano miraba los espacios vacíos, meditaba, hacía cálculos y los completaba con un nombre. Debió empezar, seguramente, por sus amigos de la Juventud Radical. A Martín Ocampo lo puso como secretario de Seguridad de la Ciudad de Buenos Aires. A Larry Ochoa lo dejó para que tejiera los acuerdos con los peronistas en el Consejo de la Magistratura porteño. A Raquel Herrera en la Defensoría del Pueblo. Y siguió y siguió llenando casilleros, ahora expandiendo sus dominios hacia la provincia de Buenos Aires y hacia el gobierno nacional, también en el Ministerio de Justicia, en la Oficina Anticorrupción y, con especial interés, en el Consejo de la Magistratura de la Nación, donde pensaba hacer pie para influir en ese territorio que se le abría ahora con mucha mejor perspectiva, el de la estratégica Justicia Federal. En ese organigrama de la Rond Point, el primero de muchos, El Tano completó decenas de casilleros con sus amigos, allegados, influenciables. La red, otra vez. La red cada vez más amplia. La red del poder en su expresión tentacular.

No, Macri no iba a prescindir de él, sino todo lo contrario.

Lo que estaba haciendo El Tano era exactamente lo que tenía que hacer. Ese era su mandato. Era lo que Macri esperaba de él.

Llegó finalmente el turno de la AFI. La vieja y podrida Secretaría de Inteligencia. La idea de eliminarla había sido planteada en privado por Jaime Durán Barba (el decisivo consultor electoral de Macri) y en público por la diputada Elisa Carrió. Pero Macri prefirió, al menos en principio, apelar a la moderación y el gradualismo. Daría pasos lentos. Primero la iría achicando. Le quitaría poder. Le ofreció hacerse cargo de la AFI a su amigo José Torello, que con mucha elegancia le pidió mantenerse como su asesor en asuntos judiciales, lo que en los hechos, y Macri lo sabía, servía de contrapeso al poder en expansión del Tano. Al final convocó a otro antiguo amigo, al que había conocido en la adolescencia cuando alguien lo invitó a sumarse al equipo de fútbol donde jugaban los fines de semana Macri y sus amigos del Cardenal Newman. Gustavo Arribas, El Negro, era

escribano de profesión y se había hecho millonario en el turbio negocio de la compra y venta de jugadores. Por supuesto, no tenía ni la menor idea sobre Inteligencia, pero era de fiar y muy despierto. Con eso debía ser suficiente. Total, nadie esperaba noticias de la AFI, más que su lenta extinción. Para lidiar con el día a día de los agentes pusieron como segunda jefa a Silvia Majdalani, La Turca, una mujer astuta y rea que conocía del paño porque había lidiado con los asuntos del espionaje desde la Cámara de Diputados, como miembro de la Comisión de Seguimiento de la Inteligencia oficial. La Turca además era amiga de algunos viejos espías, de unos cuántos jueces importantes y del mismísimo Tano.

Volvemos a la confitería. A la Rond Point. Patricio ya se alejó de su mesa y El Tano siguió llenando casilleros. Cuando llegó el turno de la AFI, sonrió satisfecho cuando vio el nombre de La Turca y agregó otro que tenía pensado desde el principio. O más bien, puso su apodo: El Enano.

73.

¿Se acuerdan de la causa de las escuchas, del Fino Palacios y todo ese enredo que tanto había alterado los nervios de Macri y su familia? A los pocos días de haber asumido, el presidente recibió la increíble noticia de que había sido sobreseído de esa investigación. El 29 de diciembre. Llevaba apenas diecinueve días como primera figura del país y se cerraba por fin esa causa que lo había atormentado durante más de cinco años y lo había expuesto al país como un fabricante de operaciones de espionaje de la peor calaña. A pedido del fiscal federal Carlos Di Lello, el nuevo juez del caso, Sebastián Casanello, lo liberaba de toda responsabilidad en los hechos. Ni él ni su padre Franco tenían culpa alguna en el espionaje sobre el parapsicólgo que había esposado a la hermana del presidente. Todo había sido obra del comisario Palacios y sus socios menores.

La coincidencia entre la llegada de Macri a la presidencia y su sobreseimiento no podía ser casual, sino más bien un gesto de cortesía de la liga de la justicia más politizada del país. Un guiño. Una señal de buena voluntad. O incluso una invitación. Porque la salida del kirchnerismo había generado un extraño vacío de operadores oficialistas en los pasillos de la mole de cemento y misterio de Comodoro Py. Los Doce jueces federales, los camaristas y fiscales, llevaban años hablando y negociando sus fallos con enviados por el kirchnerismo, como El Señor Javier y los que le siguieron. De un día para el otro, esos emisarios ya no estuvieron y muchos jueces se sintieron huérfanos, extrañados hasta la angustia por no tener con quién hablar sobre las causas sensibles que tenían en sus despachos.

Ese vacío, sin embargo, no iba a durar mucho tiempo.

74.

El Tano siguió completando organigramas.

La Agencia de Bienes del Estado.

La Sindicatura General de la Nación.

La Inspección General de Justicia.

La Auditoría General.

El Registro de Armas.

La Corporación Puerto Madero.

La Lotería Nacional (no se la iba a perder).

El Consejo de la Magistratura Nacional.

Y como ya contamos, la AFI.

Allí fue Sebastián El Enano De Stéfano. Uno de sus delfines de toda la vida, de cuando se compró su primer auto de rico y todavía peleaba por cargos en la Juventud Radical de base. El Enano se había criado en Caseros y venía de una familia humilde, pero había sorteado ese inconveniente desde hacía rato para mudarse a Puerto Madero y casarse en el hotel Faena con Silvia Blanco. Su mujer, justamente, había quedado al frente del Consejo de la Magistratura de la Ciudad para liberarlo a él en su nuevo emprendimiento de espía. El Enano era pícaro y entrador. Ideal para ciertos mandados. A pedido del Tano, fue designado jefe de asuntos jurídicos de la AFI. No porque fuera un abogado brillante (lejos estaba de serlo), sino porque ese puesto era el mismo que había ocupado José Allevato, el primer operador que tuvo Menem en la Justicia Federal, incluso antes de la aparición del Señor Javier, un cargo que lo autorizaba a visitar despachos de jueces y fiscales ofreciendo colaboración y buenos deseos. El Enano tenía una misión clara en la Justicia Federal. Hablar en nombre del Tano, cuya visibilidad lo exponía demasiado, en especial a los gritos en público de Carrió y a las quejas más íntimas de Torello. El Tano sabía que él no podía pasearse por los tribunales, pero sí podía hacerlo alguien en su nombre. Y eso hizo El Enano. Desde casi el principio.

75.

Hago una pausa para volver al hotel seis estrellas. Tanta información hace que pierda de vista donde estoy. Aquí enfrente sigue Patricio. Ya es muy tarde, tal vez demasiado. A nuestro alrededor ya no hay nadie, más que un mozo que se intuye en una sombra junto al ventanal. Estoy empezando a cansarme y también Patricio. Me vuelvo a asomar a sus apuntes. Encuentro muchas referencias a las pasiones sexuales de los presidentes de los últimos treinta años. De Menem y de Macri, especialmente. Del Turco y del Bombón, como los llama Patricio. Las historias son irreproducibles. Pero hay Horribles, entre ellos, que alimentan esas pasiones. Llevan y traen, ya no influencia, sino mujeres, lugares secretos, noches demasiado largas. De esos Horribles casi ni se habla fuera de este casi libro.

76.

Macri, El Bombón, dividió su política judicial en varios frentes.

De los asuntos institucionales se iba a ocupar el ministro de Justicia, Germán Garavano. Era un buen hombre y estudioso. Se iba a encargar de planificar políticas de reformas a los códigos, dialogar con los demás poderes del Estado, diagramar acciones de derechos humanos, penitenciarias y más. La cara visible de la política de Justicia. La que se quería mostrar.

De las designaciones de los nuevos jueces se iba a ocupar José Torello. Era una tarea delicada porque había cientos de vacantes y Macri no quería que se colaran simpatizantes del kirchnerismo. Torello, además, pretendía cerrarles el camino a los simpatizantes del Tano. En los años por venir se iban a nombrar cientos de jueces y por primera vez se iba a priorizar, salvo excepciones, el mérito por encima de los favores. Claro, eran jueces civiles, comerciales, de familia. Ninguno peligroso.

Luego llegaban los canales informales. Eran tres.

Del diálogo extraoficial con la Corte Suprema se iba a ocupar Pepín Rodríguez Simón, un extravagante abogado que atendía asuntos privados de Macri. Pepín iba a ser conocido más por sus fracasos que por sus éxitos, pero era una debilidad del presidente y sus amigos. Todos querían a Pepín.

Los otros dos canales informales eran para la Justicia Federal y la Justicia del fuero Contencioso Administrativo, los fueros que realmente le interesaban al gobierno para evitar sorpresas incómodas para sus funcionarios o su gestión. Allí entraban en escena El Tano y la AFI, que era parecido a decir El Tano y otra vez El Tano.

Pronto se supo que el mito sobre la influencia del presidente de Boca en los tribunales federales no era ningún mito. Una de las primeras en comprobarlo fue la jueza María Servini. De ella íbamos a hablar con Patricio cuando me anunció que estaba preparando su retiro. El retiro de Patricio, claro está, ya que María no pensaba abandonar su juzgado federal más que muerta. La Corte Suprema había decidido que todos los jueces debían abandonar sus puestos y jubilarse al cumplir los setenta y cinco años. Así lo marcaba la ley y no podía haber excepciones. Pero El Tano ya estaba empezando a dominar el Consejo de la Magistratura de la Nación y consiguió que el caso de María, ya sobrepasada en edad, se postergara por un tiempo y para siempre. María había sido beneficiada por Jorge Antonio en los años noventa, por El Señor Javier en la era kirchnerista y ahora por El Tano. ¿Quién era, si no ella, el poder permanente?

A los pocos meses volvió a mediar, esta vez en favor de Norberto Oyarbide. El juez del bolso de cuero en el living del Señor Javier. El que arregló con el contador de los Kirchner su declaración jurada de bienes. El que había empujado la causa contra Macri por el espionaje a su cuñado. Acorralado por sus escándalos, Oyarbide iba a ser expulsado por el Consejo cuando El Tano lo citó al Hotel Faena y acordó para él una salida más decorosa: su renuncia, sin más, con una jubilación de privilegio hasta el fin de sus tiempos. De esa manera se evitó el juicio político y Oyarbide se fue a vivir su vida sin molestar ni ser molestado. Una botella de champán cerró el acuerdo.

77.

Durante los primeros meses del gobierno de Cambiemos, mis encuentros con Patricio se hicieron bastante habituales. Él ya atendía en el hotel seis estrellas y hablaba del Bombón y El Coterráneo como los administradores del mundo que habitaban él y los demás Horribles. Yo me había ido del diario con la certeza de que ya no volvería a trabajar en una redacción, pero alternaba entre programas de radio y de televisión y escribía un nuevo libro, ahora sobre la Justicia Federal porteña, el corazón de los pactos de impunidad que cruzaban la política argentina. Fui a verlo, cenamos las milanesas de bife de chorizo, tomamos vino del bueno y durante la cena me contó anécdotas probables e incomprobables sobre los jueces federales. A algunos de ellos los conocía desde que eran jóvenes, a otros les contaba una y mil travesuras. Con un par de ellos se había emborrachado, no una sino varias veces. Habían jugado juntos al truco, habían viajado, habían compartido la locura de noches de mujeres y lujuria. Mucha de esa información era impublicable. Al menos para mí. Mis maestros me habían educado en ciertos límites que no debían vulnerarse. Los vicios personales y los hijos de los funcionarios públicos eran en principio intocables. Los vicios pertenecían al ámbito privadísimo, salvo que financiaran sus miserias con fondos públicos. En cuanto a los hijos, eran sagrados. No había que meterse con los hijos.

Entre anécdotas y recuerdos, aquella vez Patricio habló sobre sí mismo mucho más que de costumbre. Como ya dije, era reservado en esas cuestiones y yo prefería no indagar. Después de tantos años, yo sabía solo lo que él me había querido contar, nunca nada de más. Sabía de su infancia en una ciudad de la provincia, de su paso por el Ejército. Sabía que vivía en un departamento de Barrio Norte, que estaba de novio, que tenía dos hijas con las que no vivía y que una de ellas tenía alguna enfermedad crónica no demasiado grave. Esa noche fue un poco más allá y me comentó que él mismo arrastraba un problema de salud. No mencionó con precisión de qué se trataba, pero me explicó que era algo que cada tanto lo obligaba a internarse durante una “temporada en el infierno”. Evitó los detalles, evitó ponerle nombre al drama que lo perseguía. Me invadió esa sensación de extrañeza que produce descubrir que sabemos poco y nada de las personas que nos rodean. A Patricio, además, le gustaba ese misterio. Caminaba sobre él como un equilibrista.

Cuando nos despedíamos, como al pasar, me comentó que había un amigo suyo dando una mano en la nueva AFI. Un tal Miragaya.

–Buena gente –me dijo.

78.

La experiencia, de la que nadie aprende, indica que los servicios secretos, o al menos el nuestro, provocan más disgustos que beneficios. Al asumir la presidencia, Macri hizo lo que todos habían hecho: poner al frente del organismo a un amigo de mucha confianza, sin importar que no supiera nada de ese mundo sórdido y peligroso. Gustavo Arribas, uno de sus compinches más cercanos, estaba viviendo en Brasil así que tenía que mudarse a Buenos Aires. Como Macri a su vez debía irse a vivir con su mujer y su hija a la quinta presidencial de Olivos, le dejó al Negro su departamento de la avenida Libertador. Macri era así, muy amiguero. La afición de ambos por la buena vida y pelota (aunque Arribas era hincha de San Lorenzo) los había acercado al punto de tenerse una lealtad absoluta, lo que le aseguraba que la AFI, si no ayudaba a gobernar, al menos no le conspirara en contra.

Las cosas, sin embargo, no iban a resultar como pensaban. Al hacerse cargo del despacho del quinto piso de la sede de la AFI, a metros de la Casa Rosada y con vista al río marrón que se asoma detrás de Puerto Madero, lo primero que hizo El Negro Arribas fue colgar sobre una pared el poster del súper agente 86 de Mel Brooks. Esa sátira genial sobre el mundo de los espías iba a resultar un verdadero presagio.

El Tano, como ya vimos, había llenado casilleros en el organigrama del nuevo poder de la AFI. Había aprobado el nombramiento de La Turca Majdalani, había puesto al Enano De Stéfano como jefe de asuntos jurídicos para que hablara en su nombre por los juzgados federales. Pero a último momento sumó otro nombre. Lo hizo a pedido de la jueza María Servini, pero era una relación que los dos querían fortalecer. Con el cargo más o menos inventado de Asesor Especial, pasó a formar parte de la agencia de Inteligencia Eduardo Miragaya, un fiscal errante que pertenecía a la planta permanente de la Procuración General pero estaba sin misión específica.

Flor de lío les hizo el asesor especial.

Como era de esperar, apenas Cristina se fue del gobierno los jueces federales despertaron del letargo de años y varios de ellos empezaron a investigar la corrupción del kirchnerismo que antes habían decidido ignorar. El juez Bonadío fue el más decidido. Ya había apurado la investigación contra ex funcionarios por su responsabilidad en la tragedia de un tren que mató a cincuenta y dos personas en la estación de Once y pronto activó causas en contra de Cristina, primero por su rol como

presidenta en una dudosa operación de compra y venta de dólares a futuro y más tarde por corrupción y lavado de dinero. Otros jueces se movían con más cautela, por lo que la AFI decidió empujarlos para que se animaran a actuar. Gustavo Arribas y El Enano De Stéfano se encargaron de visitar al juez Canicoba Corral para darle impulso a una causa que tenía en la mira a Omar El Caballo Suárez, dirigente al frente del gremio portuario que había montado un sistema extorsivo para cobrar peajes ilegales a los barcos que llegaban a los puertos. La AFI acercó información, recolectó pruebas y finalmente Canicoba mandó a la cárcel al Caballo. La Turca Majdalani, a su vez, se juntó con María Servini y entre las dos activaron la captura de un prófugo clave del tráfico de la efedrina que había conmovido al país a mediados del kirchnerismo. Ibar Pérez Corradi fue capturado en Paraguay, desde donde lo trajeron con la esperanza de que acusara a Aníbal Fernández, superministro de los Kirchner, de haber sido el responsable del triple crimen de General Rodríguez, un derivado directo de esa operación narco. Al final Pérez Corradi no dio lo que se esperaba de él, pero la AFI hizo todo su esfuerzo.

Estas visitas a los jueces federales encendieron la alarma. ¿Había vuelto el espionaje oficial a ponerse al servicio de operaciones políticas? Desde la AFI defendían su intervención con un argumento discutible. Decían que no se metían en la Justicia para garantizar impunidad, como había hecho el gobierno anterior, sino para activar causas dormidas por ese viejo sistema de cobertura.

Hasta que apareció Miragaya.

El juez Casanello venía investigando con extrema cautela al empresario Lázaro Baez por su descomunal riqueza, que se había gestado en los inicios del kirchnerismo gracias a los fondos públicos que le giró el gobierno nacional para que sus empresas, nacidas todas durante la era K, se hicieran cargo de prácticamente la totalidad de la obra pública en Santa Cruz, en muchos casos con sobreprecios disparatados y con obras inconclusas. El cambio de clima político también aceleró esta causa, pero hasta cierto punto. Casanello mandó a detener a Lázaro, pero no se decidía a avanzar contra Cristina, a pesar de los pedidos que le hacía el fiscal Stornelli.

Miragaya decidió intervenir para mostrar su supuesta valía y torcer la voluntad del juez. Apretándolo. Poniéndolo frente a la disyuntiva de una grieta definitiva sobre si estaba a favor o en contra del nuevo tiempo. Lo que hizo el asesor especial fue inventar una historia que salió a difundir como cierta a través de los periodistas. La historia que montó decía que Casanello no avanzaba contra Cristina porque era muy cercano a su simpatía. Tanto la quería, que Casanello la había visitado en la Quinta de Olivos al menos en dos ocasiones durante el fin de su mandato, en 2015. Aparecieron dos testigos, que se presentaron en tribunales para dar fe de haber visto al juez siendo llevado hasta la mismísima quinta. Los testigos

coincidían en los días de las visitas, en los detalles del auto que lo transportaba, en las horas de ingreso y salida, en la confianza existente entre la entonces presidenta y el juez. A mí me contó Patricio la historia.

–Es A1 –me dijo. A1 significaba que provenía de una fuente de primera línea. De la mejor posible.

No sabré nunca si Patricio cayó en la trampa de su amigo Miragaya o si siempre supo que era una farsa y me jugó una mala pasada. Por suerte para mí, no la creí posible. En realidad, cualquier periodista que conociera Comodoro Py sabía que esa versión era inviable. Casanello podía ser lento o incluso carecer de coraje, pero no era de los jueces que se entregaban al poder y menos de manera tan grosera. Era imposible imaginarlo yendo a la Quinta de Olivos a pasarle un informe confidencial a la presidenta sobre una causa que podía mancharla. Había otro detalle, igualmente contundente: Cristina jamás se hubiera rebajado a recibir así a un juez federal. No porque se lo impidieran razones morales, sino de estilo, que muchas veces son más profundas. Ella estaba para otras batallas. A diferencia de su marido, Cristina no gustaba de lidiar cara a cara con lo prohibido. Para eso existían Los Horribles.

Pasó lo inevitable. La operación de Miragaya salió en algunos medios durante unas semanas, pareció caminar hacia su cometido, pero más temprano que tarde chocó contra todo y fue desactivada. Sus dos testigos truchos acabaron procesados por falso testimonio y Miragaya fue eyectado de la AFI y debió volver a su cargo de fiscal errante, donde todavía anda, buscando dónde hacer pie mientras cobra su sueldo y goza de sus privilegios.

El Tano, por fin, debió tachar uno de sus casilleros.

79.

La única vez nunca es la última.

A medidados de 2016, desde la AFI tomaron la decisión secreta de crear bases de Inteligencia en el Conurbano bonaerense, con la pretensión, en teoría, de hacer un seguimiento sobre las causas por narcotráfico y delitos complejos que se llevaban adelante en ese territorio. A cargo de la operación estuvo desde el principio El Enano De Stéfano, que sabía de narcotráfico y delitos complejos lo mismo que cualquier amante del cine western sobre el uso del revólver. Su sonido, tal vez. Su impacto en el otro, con suerte. Su capacidad de daño. Pero nada de su mecanismo. Nada de su realidad.

El proyecto de las bases era en sí mismo la demostración de que las nuevas autoridades de la AFI empezaban a gustar de su poder y capacidad. Pero sin medir las consecuencias con suficiente tino. Se crearon seis bases en el Conurbano, en los partidos de La Matanza, San Martín, Ezeiza, Morón, Pilar y Quilmes, sitios estratégicos por su conflictividad y actividad delictiva, en los que, si se pensaba bien, se podía colaborar asistiendo con información. Pero... ¿de qué manera? ¿Y para qué hacerlo desde una base instalada allí, en el territorio donde operaba la Policía Bonaerense? La presencia de la AFI en el suelo más complejo y sensible del país demostraba que se buscaba un trabajo de campo, un trabajo de puro espionaje, que increíblemente se decidió sin la consulta y sin avisarles a los responsables de la seguridad en la provincia que gobernaba María Eugenia Vidal, se suponía que delfín y aliada decisiva de Macri. Nunca estuvo claro, tampoco, para qué estaban allí ni con quién querían colaborar.

El Enano entendió que para esa nueva estructura había que convocar a verdaderos especialistas. Delegó esa tarea en un funcionario de su confianza, Pablo Pinamonti, y la puso en marcha. Qué mejor, pensaron, que contratar a ex policías de la Bonaerense que ya hubieran hecho un trabajo parecido al que se buscaba.

La relación entre la vieja SIDE y la Policía Bonaerense había sido sólida durante la década del noventa y había nacido de la cabeza de Jaime Stiuso, enlace con comisarios de peso a los que la SIDE alimentaba con recursos y tecnología. Pero esa alianza se había roto hacía rato, entre desconfianzas mutuas y negocios quebrados que incluían ajustes de cuentas letales como el asesinato del Lauchón Viale, uno de los agentes preferidos de Jaime que se había dedicado a monitorear las noches del narcotráfico y la prostitución vip. Arribas y Majdalani no midieron el

peligro que suponía reflotar esa vieja sociedad o de poner el pie sobre ella. Porque era suelo putrefacto, solo apto para putefractos.

Pocos años más tarde iba a saberse que habían encargado el control de las nuevas bases a un grupo de comisarios a los que María Eugenia Vidal había corrido bajo la seria sospecha de que eran corruptos o corrompibles. Uno de ellos era Ricardo Bogoliuk. El otro, Aníbal De Gastaldi.

80.

Con los dirigentes a la cabeza

O con la cabeza de los dirigentes.

El viejo lema que explicaba la relación promiscua entre jueces y políticos acabó en una ola de detenciones nunca antes vista. No hicieron falta gestiones fallidas como la de Miragaya ni cenas caras pagadas por El Tano. Los ánimos de un cambio de época y los cálculos de los jueces eran más que suficientes para hacer girar la rueda en sentido diferente. Entre 2017 y 2018, los mismos que habían protegido durante años a los funcionarios del kirchnerismo decidieron desempolvar viejos expedientes y mandar a la cárcel a una veintena de hombres del riñón más selecto de la intimidad de Néstor y Cristina. El gobierno de Macri aprovechó para darle espectacularidad a las detenciones, con operativos de seguridad que parecían copiados de las películas de gángsters y un casco en la cabeza para cada funcionario que caía en las garras de Comodoro Py.

Ya estaba preso Ricardo Jaime.

Le siguieron José López, el ex secretario de Obras Públicas, descubierto in fraganti mientras dejaba más de nueve millones de dólares en un convento que pretendía usar de refugio.

Luego cayó Lázaro Báez, el testaferro del Malo.

Más tarde Julio De Vido, Amado Boudou y muchos más.

¿Qué había sido del Señor Javier, de Jaime Stiuso, de Darío Richarte, de aquellos que movían los hilos para garantizar que el poder de los Kirchner y sus aliados no se manchara los dedos con la tinta de los prontuarios?

Ni cayeron ni se esfumaron, apenas bajaron la guardia hasta nuevo aviso. Del Señor Javier sabemos que siguió manteniendo su cargo como auditor general de la Nación. Ya no andaba por los pasillos de tribunales y su quincho con el póster de *El Padrino* no recibía visitas, aunque su celular seguía teniendo la agenda más completa de todas y cada tanto hacía de las suyas. Por citar un caso, gestionó junto al juez federal Luis Rodríguez, uno de sus ahijados, una salida transitoria con arresto domiciliario para el líder de los portuarios, El Caballo Suárez. Nada de eso se hacía gratis.

La situación de Jaime Stiuso era de lo más extraordinaria. Tras su exilio en Estados Unidos, volvió al país para recomponer relaciones personales y laborales, aunque ya no iba a ser el gran cacique del espionaje. A diferencia de muchos otros de su clase (Brousson o Galimberti), tenía muchos negocios que atender afuera de la AFI como para andar

reventándose las venas. Patricio sospechaba que Jaime estaba detrás de mucha de la información que estaba alimentando las causas contra Cristina y sus funcionarios. Puede que sí, porque estaba en su escencia el ánimo de venganza, pero en todo caso no dejó rastros y siguió su camino como si nada. Una noche cualquiera pasó algo increíble y nos topamos con su rostro en la tapa de una revista de farándula, *Gente* o *Caras*. Jaime estaba vestido con un traje gris brillante, sonreía como un actor de cine en su noche de estreno, e ingresaba a un boliche de moda para participar de la fiesta de cumpleaños de Guillermo Cóppola, el histórico representante de Diego Maradona. Jaime, que había sido invisible por décadas, que había fabricado una épica del enigma, al final de su carrera se dejaba fotografiar por los paparazzis como un mediático más. Los tiempos definitivamente habían cambiado.

Y Richarte. Era el menos notorio de los que habían formado el círculo de dominio de la justicia federal. Tal vez por eso el más fácil de reciclar. Su estudio de abogados se mudó de edificio, renunció a la defensa de sus viejos clientes, cambió a asuntos más banales. Pero mantuvo su lugar en los palcos de la Bombonera, ascendió a vocal de la Comisión Directiva del club y se acercó más que nunca a ese hombretón nacido y criado en los barrios del sur de la ciudad que ahora representaba el lado prohibido del presidente. Al final, todo quedaba más o menos en familia.

81.

El spaghetti western ocupó un pequeñísimo espacio en la historia del western, pero fue popular e inolvidable. De esa etapa, una de las películas preferidas de Patricio era *Por unos dólares más*, la segunda de la Trilogía del Dólar de Sergio Leone. En los casi veinte años de trato, me habrá contado su trama seis o siete veces. Le fascinaba hacerlo. Su habitual gestualidad se volvía excesiva. Expandía los brazos, se paraba y giraba sobre sus pies, hablaba casi a los gritos o susurraba, según precisaba la escena, y por momentos parecía poseído y hasta parecía masticar tabaco, los ojos se le achicaban como si le molestara el sol ardiente del desierto del Oeste. Podía estar en un bar o en una oficina o en el hotel seis estrellas, pero Patricio se transformaba en un vaquero cuando relataba la aventura de Clint Eastwood y Lee Van Cleef, dos cazadores de recompensas detrás de la temible pandilla que dirigía Gian María Volonté, recién rescatado de una cárcel de máxima seguridad en medio del páramo. Patricio describía momentos, recreaba diálogos, se fascinaba con la dureza de esos hombres echados a la suerte y a la puntería de sus armas. Pero todo en él parecía tener un sentido. Cuando llegaba al final de su relato, bajaba el sonido de su voz para provocar la intriga justa, generaba silencios que anticipaban el desenlace, que no era otro que la revelación de que uno de los cazadores no buscaba dinero sino saldar una vieja deuda que dañaba su honor. Es más, ese hombre estaba dispuesto a resignar una millonada de dólares para quedar en paz con su alma.

–El honor y el dinero nunca van de la mano –cerraba Patricio a modo de conclusión.

Cabía preguntarse si a Patricio y al resto les importaba el honor. O qué era el honor para ellos.

82.

En el inolvidable invierno de 2018 se conocieron los cuadernos de Centeno. Un espectáculo increíble. Como la repentina llegada de un tsunami. De pronto, algo que parecía imposible ocurría y lo cambiaba todo, devastando historias que parecían inviolables para nuestros ojos. Oscar Centeno, el miserable chofer de un secretario de Estado (Roberto Baratta), llevaba años tomando notas de viajes en los que se recaudaban coimas millonarias por oficinas de empresarios ligados a la obra pública y a otras cajas alimentadas por los fondos del Estado. Las coimas se recolectaban en oficinas de Puerto Madero, en garajes del microcentro, en lobbys de hoteles, en cabinas de peajes, y se cargaban en bolsos que eran llevados prolijamente a la Quinta de Olivos o al departamento de la familia Kirchner en Recoleta. Centeno anotó todo, con detalle. La naturaleza de cada viaje. El remitente. El destinatario. Los cientos de miles de dólares de cada vez. Antes de ser chofer de Baratta, que era la mano derecha de Julio De Vido, Centeno había sido suboficial del Ejército, por lo que cargaba en su ser la afición de dejar nota de todo lo que hacía, como si estuviera en la guardia de un puesto militar. Debió haber sido eso o una manera de tomar distancia con lo que pasaba (narrar es también eso, tomar distancia), pero lo importante es que su relato era una fría descripción, nunca antes vista, de las paradas habituales de la red de corrupción de lo más alto del poder.

La revelación de los cuadernos fue mérito de un colega del diario *La Nación*, Diego Cabot. Una de sus fuentes, uno de sus propios Horribles, había servido de puente para acceder a esa fuente única de información. En los cuadernos estaban todos. Decenas de empresarios que habían pagado coimas, entre quienes figuraban los principales beneficiarios de la obra pública. Uno de ellos era el primo del presidente Macri, Angelo Calcaterra, heredero de la constructora de la familia, IECSA, involucrada junto a Odebrecht en el descomunal soterramiento del tren Sarmiento. Pero también los cobradores. Los valijeros. Los intermediarios. Los lobbystas. Los emisarios del Malo y El Malo en persona. Horribles de toda calaña, por fin en un mismo escenario: los apuntes hechos por un personaje de cuarta categoría en una pila de cuadernos Gloria.

El Señor Javier figuraba en los cuadernos como “Javier, de Inteligencia”, destinatario de varios bolsos cargados de dólares que habían sido llevados a su departamento de la puerta blindada y el quincho de *El Padrino*.

También aparecía El Corcho Rodríguez, cuyo nombre iba a rebotar en

todos los medios con mucha más resonancia que otros, certificando la vieja advertencia que le había hecho su amigo Galimberti.

Y Fredy Lijo, el hermano de Ariel.

Y Oyarbide.

Y el contador de los Kirchner.

Y Néstor, El Malo.

Y decenas de otros como ellos.

Me imagino que, de haber estado vivos, en la lista que se desprendía de los cuadernos hubieran figurado los nombres del Oso, de Jorge Antonio, de Galimba y de tantos que habían dejado este mundo desde hacía rato.

¿Y Patricio?

Nada sobre él.

Ni una línea.

83.

Alcanzo a leer en los apuntes que El Coterráneo se compró un haras. No cualquiera. Un haras en Guernica, El Haras Siása, que había sido propiedad de Jorge Antonio, el histórico operador del peronismo y el menemismo que lo antecedía en su oficio de llevar y traer en la gran red de jueces, políticos y empresarios. Más que un golpe del destino parecía un giro buscado por él para escribir la trama deseada: el heredero de una historia no escrita se hacía del viejo capricho de uno de sus ancestros.

Era un tema el de los haras.

Para muchos, la pasión por los caballos.

Para otros, una derivación de la fascinación por el juego y una ventana para administrar fondos difíciles de medir y controlar. ¿Cuánto vale una yegua?

Nadie sabe más que los que saben.

Quien andaba en ese negocio era Fredy Lijo, el hermano del juez federal, uno de los operadores que hacía y devolvía favores en Comodoro Py. Hacia él vamos.

A medida que el cambio de época se asentaba, a medida que muchos jueces giraban sobre sí mismos para recordar el oficio para el que habían sido designados, la idea de imponer un juicio total sobre la Justicia Federal fue perdiendo fuerza. El gradualismo o la conveniencia, hizo que solo unos pocos quedaran expuestos. Oyarbide, jubilado antes de tiempo con el guiño del Tano. Y uno de los camaristas federales, Eduardo Freiler, cuya riqueza no podía soportar una pericia contable, ni siquiera dibujada, y pasó a ser evaluado por el Consejo de la Magistratura. Durante el proceso contra Freiler declaró la ex mujer de Fredy Lijo, Carla Lago, quien contó que su anterior esposo se había asociado con Freiler en un haras. Otro haras. El haras La Generación, de la ciudad de Dolores, en una chacra de más de cuarenta hectáreas.

¿Cuánto vale una yegua?

Lo intangible, sabemos, es una invitación para los negocios sucios. Freiler y Ariel Lijo andaban en eso. Asociados a la supuesta cría, el supuesto entrenamiento, y la supuesta venta y compra de caballos de carrera. Parecía, claro, que se ocupaban de otra cosa.

El caso Freiler acabó con su destitución. Era camarista federal y uno de los que había garantizado la impunidad del gobierno pasado. No podía explicar ni su mansión de Olivos, ni sus departamentos, ni sus muchos terrenos, ni sus autos de colección, ni sus caballos de carrera, ni su modo

de vida. Fue expulsado por el Consejo de la Magistratura en agosto de 2017, en lo que algunos entendieron como el comienzo del fin de la fiesta judicial. Pero eso, ya los sabemos, no era lo que iba a pasar.

84.

La declaración de la ex mujer de Fredy Lijo ante el Consejo de la Magistratura dejó al juez Ariel Lijo contra las cuerdas. Su hermano era su lobbysta y vivía como millonario. El propio juez tampoco podía explicar su modo de vida. En medio del escándalo de los cuadernos de Centeno, Elisa Carrió pidió que se lo destituyera igual que a Freiler. Por fin aparecía la oportunidad de demostrar que se acababan las dudas que estaba mostrando Cambiemos frente al fuero federal. Por fin, llegaba el momento de mostrar que la cosa iba en serio.

Pero atención, porque los jueces federales hacía tiempo que habían descubierto que su poder equivalía a la capacidad de daño. A la posibilidad latente de daño. El juez Lijo era de todo menos sonso y sabía cómo contraatacar a una embestida. Entre las muchas causas adormiladas en su despacho, tenía una que se había originado a mediados de 2016 y podía provocar mucho daño al gobierno de Macri.

La causa analizaba la situación de la empresa Correo Argentino, que había sido propiedad de la familia Macri y llevaba desde hacía muchos años una puja con el Estado para evitar cancelar una deuda de varios millones de dólares por la falta del pago de un canon por la concesión del servicio de correo oficial. La discusión era de sumas y restas: el Correo de los Macri se resistía a pagar esa deuda con el argumento de que el gobierno de los Kirchner, al estatizar la empresa en 2006, le había provocado un daño mayor a la plata que debía. Si bien esa discusión era de carácter administrativo, llevaba años trabada. Hasta que en febrero de 2016, meses después de la asunción de Macri, el gobierno aceptó concederle a la familia del presidente una quita descomunal de la deuda, de casi el ciento por ciento. Esto había sido refrendado por el Ministerio de Comunicaciones, donde argumentaron que la suma y resta del conflicto daba casi cero. Que ni los Macri le debían al Estado, ni el Estado a los Macri. En el camino, se habían perdido más de cuatro mil millones de pesos del canon.

Lo concreto es que el acuerdo fue acusado de abusivo y de perjudicial para el Estado, dando inicio a una causa judicial. Que estaba en manos del juez Lijo. A su servicio. Nadie lo iba decir, pero estaba claro que el juez iba a aprovecharse de su suerte. Mientras Carrió pedía su cabeza, él debió avisar que podía pedir, si no la cabeza de Macri, al menos la de su padre Franco, el jefe del clan, ya con serios problemas de salud.

Por eso entró en escena El Tano. La clave de su gestión era el Consejo

de la Magistratura. El lugar donde se evaluaba la tarea de los jueces. Lijo se movía en un Mercedes-Benz E350, vivía como millonario, se sospechaba que era dueño de una cadena de locales de sushi, su hermano y operador era su posible testaferro y era dueño de un haras, socio de una empresa de seguros y cuando no andaba por tribunales se la pasaba viajando por el mundo como un rico heredero. Pero si alguien pensaba que Lijo iba a correr la misma suerte que Freiler, estaba equivocado. De los trece miembros del Consejo de la Magistratura (integrado por diferentes actores del mundo judicial y político), nueve estaban influenciados por El Tano. El representante del Poder Ejecutivo en el Consejo, Juan Mahiques, le respondía directamente. Igual que Pablo Tonelli, diputado del Pro, y los representantes de los abogados y los académicos. Había otros, como los referentes de los jueces, que no eran "suyos" pero se sumaban a sus pedidos.

El Tano citó a Lijo al Hotel Faena.

Y, como había hecho con Oyarbide, volvió a pedir champán para cerrar el acuerdo.

85.

–Compañero: vos sabés que esto es solo una parte.

Llevamos no sé cuántas horas en el salón fumador del hotel seis estrellas. Tengo la vista cansada, el casi libro de Patricio me tiene algo aturdido. Sé que lo que cuenta es solo una parte. Pero además, que cada día sumará una nueva página para su historia interminable.

El Coterráneo, escribió Patricio, jugó más para El Bombón que para sí mismo. En Boca. En la ciudad. En Nación. Siempre. Y eso al Bombón le gusta. Que jueguen para él.

Así fue. El Tano jugaba para Macri y arriesgaba mucho más que cualquiera de sus amigos. El arreglo con Oyarbide había sido una pequeña pieza. Más grande fue lo de Lijo. Levantó el teléfono de los consejeros y frenó la acusación contra el juez, a cambio de paralizar, también por tiempo indeterminado, la causa del Correo. Ya nadie hablaría de caballos de carreras, pero tampoco de deudas perdonadas. Hasta nuevo aviso.

Como era de preveer, Patricio sentía simpatía por El Tano. Supongo que había hecho algunos trabajos para él. La difusión del cuento de Miragaya, por ejemplo. Pero había además una empatía natural. Patricio defendía al Tano de sus críticos dentro del gobierno. Su argumento era simple. Se quejaban de él, lo hacían en público y en privado, pero al final era El Tano el que ponía el cuerpo para hacer aquello que los demás no se atrevían. Por supuesto que tenía sus beneficios. Gracias al respaldo de Macri se había convertido en presidente de Boca y ahora escalaba posiciones como dirigente de la AFA (la Asociación del Fútbol Argentino) y de la Superliga, como se rebautizó al torneo de Primera División. En breve, además, iba a conseguir lo que nadie había podido: permisos en la Ciudad de Buenos Aires y en la Provincia (donde Vidal lo miraba con mucho recelo) para instaurar los juegos de apuestas online, un negocio formidable que vinculaba como nunca antes sus pasiones más terrenales. Patricio, sin embargo, veía esos favores como un pago justo. El Tano se la jugaba por su amigo y recibía cosas a cambio. Llevaba y traía, mientras los demás opinaban y se llenaban la boca de palabras que no conducían a ninguna parte.

Después de salvarle la vida al juez Lijo, El Tano hizo lo mismo con Canicoba Corral. *Canicoima*, como le decían todos los empleados de los tribunales, también se había hecho recontra millonario y había sido llevado al Consejo de la Magistratura para ser sometido al tribunal de acusación. Varios de los asesores de Macri entendían que su caso era otro

buen ejemplo de lo que había que erradicar. La suya era una fortuna de las rápidas y había que mostrarse implacables. Ni siquiera podía explicar la mansión de Vicente López donde vivía o los gastos mensuales de tarjeta. Al Consejo de la Magistratura no le hubiera costado nada apretar el botón rojo y sacárselo de encima. Pero otra vez apareció El Tano. Citó a Canicoba al Hotel Faena. Repasó su colaboración en la causa en contra del Caballo Suárez. Escuchó promesas de seguir ayudando a futuro y levantó el teléfono para hacer las llamadas necesarias.

Al final, otra vez, pidió champán.

Levanto la vista y observo a Patricio y veo en él el paso del tiempo. En sus arrugas; en el tono de su piel y la pérdida de brillo y volumen de su pelo; en la tranquilidad con la que se mueve frente a mí. Han pasado muchos años, viéndonos más o menos a escondidas, intercambiando mensajes más o menos cifrados, construyendo esta suerte de sociedad secreta. Conozco lo que yo he ganado de este acuerdo, sospecho de sus beneficios, supongo que los dos hemos salido hechos. Hay diferencias, porque él se ha hecho rico y yo sigo siendo un periodista que se las rebusca, pero tal vez eso estaba escrito desde el principio: cada uno logró lo que perseguía.

El tiempo, en fin, solo modifica a los hombres. Pero nada cambia de fondo si no se altera esa profundidad. A mediados del gobierno de Macri, quedaba claro que el proyecto de barrer con los jueces corruptos o corrompibles se había desactivado.

86.

Fue Beatriz Sarlo quien definió a Mauricio Macri como un ser deseante.

Patricio lo escribió a su manera: “Bombón es hijo de millonarios. Y los hijos de millonarios hacen lo que se les canta”.

El ser deseante es aquel que no distingue entre lo que desea y puede. Macri, como el personaje de *Por unos dólares mas*, llegó al lugar que quería con el argumento de que lo hacía no por dinero, sino por el honor. En su caso, un honor vinculado a la necesidad de superar la maldición de su padre, un inmigrante italiano tan audaz como déspota que veía a sus hijos como una extensión más de sus dominios. Sus primeros años en el gobierno, al menos a primera vista, mostraron que no era fortuna lo que buscaba, aunque sí perpetuarse o mantenerse de pie. La base de su proyecto era la fuerza de sus deseos. El deseo de una baja en la inflación, el deseo de una lluvia de inversiones, el deseo profundo de que la Argentina sea lo que deseaba ser. Pero ya vimos que el deseo es una fuerza necesaria pero insuficiente. También hay que saber sobrevivir con herramientas fácticas. También hay que tener un plan, una táctica y una estrategia. O al menos, si nada de eso funciona, hay que poder sacar el arma antes que el otro y tener buena puntería.

Volvamos al deseo.

Tras la gestión del Tano en favor de Lijo y Canicoba, el gobierno encontró la oportunidad para correr a los dos jueces que quedaban de la Sala I de la Cámara Federal. Ya habían echado a Freiler, ahora faltaban Eduardo Farah y Jorge Ballestero. Lo que ocurrió es que Farah y Ballestero firmaron la sorpresiva liberación de Cristobal López, el empresario del juego y de los medios que se suponía testaferro de los Kirchner. Cristobal López llevaba unos meses en la cárcel por una estafa multimillonaria al Estado, pero Farah y Ballestero acudieron en su auxilio usando argumentos frágiles y reflejos antiguos.

La resolución provocó un gran revuelo y fue la oportunidad, ahora sí, para sacarlos del juego. Podría haber acudido El Tano en su auxilio, pero esta vez no lo hizo. A Ballestero le pidieron que adelantara su jubilación y a Farah lo mandaron a un tribunal donde molestara menos.

Con Cristina –escribió Patricio–, todo era política y negocios. Con Macri, nada de eso. Con El Bombón todo se convierte en personal.

A medida que avanzaba el gobierno de Cambiemos, las cuentas sobre lo que había pasado en la promiscua Justicia Federal le daba la razón a la sentencia de Patricio. De imaginar un juicio total a todos los jueces, de

esperar una limpieza total del fuero, se terminó con una solución acotada y, digámoslo ya, quirúrgica. Solo pagaron un juez y tres camaristas: Oyarbide. Freiler. Farah. Ballestero.

Seguramente lo merecían. Eran corruptos, se habían hecho millonarios, habían bailado al ritmo del Señor Javier y de tantos otros. Pero solo ellos cayeron.

¿Qué tenían en común?

¿Qué tenían ellos que no tenía ninguno de los otros?

Que ellos cuatro habían sido los responsables de la causa que había atormentado a Macri durante años por el espionaje contra su yerno. Justo ellos cuatro. Oyarbide había sido el juez de la causa y los otros tres los que habían sostenido su procesamiento.

Oyarbide. Freiler. Farah. Ballestero.

Quien había actuado, finalmente, era el ser deseante.

87.

Mientras tanto, en la AFI.

En sus años en la Policía Bonaerense, Bogoliuk había dirigido la Dirección de Investaciones de La Matanza y luego la de Mar del Plata. Lo habían pasado a retiro bajo la sospecha de que protegía a piratas del asfalto y entonces montó una oficina de investigaciones en el cuarto piso de Alicia Moreau de Justo 1150, en Puerto Madero, similar a la que había tenido Patricio cuando se daba aires de Pinkerton. El socio de Bogoliuk era su amigo De Gastaldi, desplazado de la fuerza cuando dirigía las investigaciones contra el narcotráfico en la zona norte y no pudo justificar la fortuna que había acumulado. A esa oficina de Puerto Madero fueron a buscarlos desde la AFI para armar la red de bases en el Conurbano. De parte del Enano De Stéfano.

Lo que hicieron en las bases del Conurbano nunca quedará del todo claro. Se sabe que prepararon informes de Inteligencia sobre objetivos demasiado diversos como para imaginar un plan específico. Juntaban información sobre narcos, contrabandistas, pero también sobre empresarios, políticos, sindicalistas y hasta periodistas. Se ve que actuaban por encargo o por intuición o por intereses personales. Igual que las bandas tercerizadas que habían nacido en los tiempos del Leakymails. Esta vez se basaban en el nutriente de información que les acercaban algunos jueces y fiscales amigos. Contaban a su vez con tecnología para interferir teléfonos, cámaras para seguimientos personales, armas de distintos calibres y usos posibles. Y tenían informantes. No sabemos cuántos ni a qué precio, pero está claro que, otra vez, estaban haciendo el trabajo sucio de los servicios. Sí supimos que uno de esos informantes era Marcelo D'Alessio, el tipo por el que todo iba a estallar por el aire.

D'Alessio se presentaba a sí mismo como abogado y experto en seguridad y narcotráfico. Mostraba su credencial como asesor de la Agencia Antinarcóticos de Estados Unidos (la DEA) y se jactaba de colaborar con el Ministerio de Seguridad de la Nación y con decenas de jueces, a los que prestaba su servicio de experto, a veces con investigaciones de campo y otras como analista. D'Alessio decía poseer "un afán investigativo que lo desbordaba". Como si no pudiera detener su sed de James Bond. En su currículum exhibía agradecimientos de decenas de fuerzas de seguridad e Inteligencia y un extraño paso por la empresa estatal de energía, Enarsa. Mostraba orgulloso fotos donde se lo veía junto a funcionarios o en la mismísima adrenalina del caos, participando de

operativos policiales, a bordo de un buque de control marítimo, manejando un dron espía, cargando fusiles o metrallas. También se festejaba una infinidad de apariciones en los medios, con artículos de opinión con su firma, participaciones en programas de televisión, dictando cursos o participando de ellos en congresos de especialistas.

En verdad D'Alessio era un farsante que se dedicaba a juntar y distribuir información. A llevar y traer. A vender lo que no era y cobrar por ello. Un Horrible, solo que para ser Horrible tenía demasiadas ganas de figurar.

–Nosotros tenemos que ser invisibles –solía decir Patricio.

En los primeros meses de 2019, el desbordante D'Alessio fue descubierto mientras intentaba extorsionar a un empresario, al que le ofrecía protección de parte del fiscal Stornelli, el impulsor de la investigación de la causa de los cuadernos. El caso fue llevado a un juez de simpatía con el kircherismo, Alejo Ramos Padilla, del Juzgado Federal de Dolores, que disparó una serie de medidas judiciales que acabaron en la detención de D'Alessio y sus dos mentores de la AFI del Conurbano, los ex comisarios Bogoliuk y De Gastaldi. En la casa de D'Alessio en el country Saint Thomas, durante el allanamiento tras su detención, se encontraron carpetas de Inteligencia con blancos tan diversos como sensibles. Habían hecho trabajos sobre blancos del anterior gobierno, como Julio De Vido, Hugo Moyano o Luis D'Elía. También sobre periodistas, sobre empresarios y sobre comerciantes vinculados a negocios más o menos turbios –en la Aduana, por caso–, a los que presionaban y extorsionaban con la promesa de usar sus influencias, algunas ciertas y otras inventadas. Pero había más. También habían hecho seguimientos sobre la gestión de María Eugenia Vidal. Las bases de la AFI en el Conurbano, en definitiva, habían servido para recabar información incluso sobre la gobernadora de Cambiemos. Una locura total e inexplicable.

La caída de D'Alessio causó un gran revuelo entre Los Horribles. No era un tipo muy conocido ni respetado, realmente. Parecía un jugador de baja escala. Un embustero de confitería. Pero había engañado a muchos. A funcionarios políticos, a comisarios bravos, a jueces y fiscales, y a unos cuantos periodistas.

Patricio, para citar su caso, no había oído hablar de él. Le mostré las fotos donde se lo veía en el Ministerio de Seguridad, en programas de televisión, le hice ver los artículos que había escrito. Su única respuesta fue de desagrado:

–Esto se está llenando de bocones.

Algo de eso había. Con la nueva AFI convertida en una caricatura de lo que había sido en los tiempos de Stiuso y los juzgados federales a medio camino entre la anarquía y el poder de bajas calorías del Tano, los traficantes de información parecían gran cosa cuando ya no lo eran.

También se supo, por esos días, como coletazo del caso D'Alessio, que el director de jurídicos de la AFI, El Enano De Stéfano, seguía visitando jueces y había ido hasta el despacho del juez de Avellaneda Luis Carzoglio, para meterle presión en una causa donde se investigaba a la familia del sindicalista Hugo Moyano. Carzoglio era un típico juez penal del Conurbano, más amigo de los comisarios que del Derecho, acostumbrado a resolver los asuntos más densos en la sobremesa de un asado. No era un tipo especialmente difícil. Sabía que administraba rudezas. Desde hacía unos años, tenía entre sus causas una contra dirigentes de Independiente, club que dirigían Hugo Moyano y su hijo Pablo, en la que se los investigaba por posible lavado de dinero de la corrupción a través de negocios del fútbol. Como es de imaginar, la presión de los Moyano venía frenando cualquier amague del juez de ir contra ellos. Pero nadie podía esperar lo que hizo El Enano De Stéfano. Sin conocerlo, sin un tanteo previo ni intermediarios, el amigo y ladero histórico del Tano Angelici se presentó en su despacho y le explicó que el presidente de los argentinos, es decir Macri, tenía especial interés en la detención de los Moyano.

–¿Usted qué precisa? –le preguntó.

Carzoglio tardó cinco minutos en despedirlo y salir a contar lo que había pasado. No sabemos si lo hizo por su honor, si lo hizo por miedo a la AFI o los Moyano, pero las cosas no se hacían así –ni siquiera entre Horribles– y El Enano De Stéfano quedó expuesto para siempre. Era evidente que seguía siendo el enano fanfarrón de sus años en la Juventud Radical.

A partir de ese episodio, sumado al de D'Alessio, Macri transmitió a su amigo Arribas la orden de frenar a la AFI. De desactivarla. De achicarla a su mínima expresión. Le recordó que lo había enviado allí para al menos no tener que sufrir a los espías. Pero claro, Macri era de dar órdenes que podían resultar contradictorias. Porque a quien no desactivó fue al Tano Angelici. Estaba llegando al final de su gobierno, pero no había ninguna pista que permitiera inferir que El Tano estaba dejando de ser quien había sido siempre. Es más: después de los escándalos de la AFI, iba a conseguir los permisos oficiales para aventurarse en su nuevo emprendimiento, el de las apuestas online. Más temprano que tarde, se podrá apostar por Internet sin necesidad de ir a sumergirse a los casinos o los bingos. El cambio, finalmente, avanzaba sobre los ludópatas con más y mejores opciones.

88.

Ahora vuelvo al hotel seis estrellas. La exhibición y posterior caída de D'Alessio no parecen hechos aislados entre sí. Lo miro a Patricio y pienso en su sigilo. Desde su teléfono celular se puede llamar a jueces, ministros, secretarios de Estado, senadores, empresarios, pero sin embargo no recuerdo una sola vez que su nombre haya aparecido en los diarios o en la radio y menos en la tele. Tal vez alguna crónica perdida, citándolo como "fuentes de la investigación" o como "un allegado" a tal personaje, incluso con alguna seña particular que permitía, a quienes lo conocíamos, identificarlo en la lejanía. Yo mismo lo había citado así, en la sombra, como a un fantasma, como alguien que sabe lo que precisamos pero cuya identidad debe ser reservada para que podamos proveernos de la información, que es lo que mueve nuestro mundo. Pero jamás salió su nombre. Ni siquiera en los cuadernos Gloria.

Me pregunto y le pregunto a Patricio sobre D'Alessio. Por qué un hombre como ese, más preocupado por su ego que por sus objetivos, logró penetrar en la vida de funcionarios de peso, de fiscales y jueces de trayectoria, de periodistas con experiencia. Si se hubiera producido el cambio que se esperaba, seguramente no habría llegado tan lejos. Pero tampoco podemos culpar de todo a los gobiernos o a los funcionarios, que al final son inquilinos de algo que los excede. No puedo evitar pensar en los cambios que hemos sufrido nosotros, los periodistas. La vorágine cada vez más precaria de cada día. La sobreexigencia por información a la carta. Los algoritmos que definen las prioridades. La noticia deseada por encima de la noticia. Se me ocurre que hace quince o veinte años, un bocón de esa calaña no hubiera atravesado el filtro de la puerta de entrada de una redacción.

No son Los Horribles los que cambian; somos nosotros.

89.

Antes del final, los western.

Gracias a las películas, la narrativa y la leyenda, la conquista del Oeste fue presentada al mundo, en la síntesis de su complejidad, como la conquista de un territorio hostil donde no había normas y donde sobrevivía el más fuerte o el más rápido en desenfundar. Así la veía Patricio. Un mundo sin ley donde gobierna el más fuerte. Tal vez así quería ver también al mundo nuestro. Un mundo que justificara sus actos. Yo no lo veía así. O mejor dicho, me gustaba discutir con él sobre aquello e intentaba verlo de otra manera. La conquista del Oeste, le decía, no fue una aventura alocada sino el resultado de una planificación del gobierno de los Estados Unidos. Entre 1860 y 1890, desde Washington se diseñó e incentivó la construcción de vías de ferrocarril que cruzaran desde la Costa Este del continente hasta la Oeste, para así poder poblar, con los aventureros que acompañaran ese progreso, lo que hasta ese momento eran miles y miles de kilómetros de un desierto a merced de los salvajes y el viento.

–Pero en el camino no había normas; se conquistaban –decía Patricio.

Yo lo retrucaba, siempre. Las normas existían y eran emanadas desde el poder central, solo que tardaban en llegar al lugar para el que estaban hechas. Los sheriff, en rigor, empezaron siendo matones miserables, los más rápidos de cada población más o menos precaria. Pero con el tiempo esos matones fueron corridos por otros un poco mejores y, al cabo del tiempo, por los verdaderos defensores de la ley. En definitiva, yo creía en los procesos, mientras que Patricio veía hechos concretos y crudos. En su lógica, los pistoleros eran los encargados de hacer transcurrir la historia en un país sin reglas. En la mía –que insisto, era más bien una forma de confrontarlo–, el vacío de normas era simplemente un tránsito hacia otra cosa, que obligaba a sus habitantes a imponer, si no leyes, en el mientras tanto, la moral de los hombres al desnudo.

De ese tránsito trataba una de las películas más celebradas del género, *El hombre que mató a Liberty Valance*. Dirigida por John Ford y protagonizada por John Wayne y James Stewart, la película estaba situada en la etapa final de la conquista, donde un pistolero veloz y de la vieja escuela debía elegir entre quedarse con la chica de la que se enamoraba o cederle el terreno a un buen hombre, recién recibido de abogado, que también la deseaba. El centro neurálgico de la historia se encontraba en un tiroteo fugaz y decisivo, pero el verdadero dilema, por supuesto, no era

ese: consistía en saber si John Wayne aceptaba que su tiempo estaba corriéndose para darle paso a otro, el de las leyes y el progreso que representaba James Stewart.

Puede que no exista mayor acto de heroísmo que el que resumía esa película: el de un hombre dispuesto a resignar su amor en pos del futuro.

Patricio admiraba a ese John Wayne, pero lo creía imposible. Un mito de Hollywood. Una patraña. Feliz, pero falsa. En el mundo real ese hombre jamás hubiera abandonado su esencia.

Su visión, pensaba yo, era la de un pesimista perpetuo anclado en la necesidad de sobrevivir. Por eso, para él todos los gobernantes eran más o menos lo mismo. Menem era un cretino. Duhalde un cretino tibio. De la Rúa un cretino inútil. El Malo y Cristina, dos cretinos perversos. Y El Bombón, un millonario menos cretino pero más caprichoso.

Escribió Patricio: El poder emputece.

Eso sí que es irrebatible.

Pero él pertenecía a ese poder. Eso lo convertía en un hombre emputecido. En un hombre que creía o quería creer que había solo dos opciones, o matar o morir, en un mundo sin leyes. Pero ese mundo, el nuestro, no podía ni puede ser una foto anclada en ese tiempo. Tiene movimiento, como sus películas o la suma de sus películas. Ya vimos cómo ha ido cambiando todo o una parte de todo. Lo que hacen los hombres como Patricio, en todo caso, es avanzar en un territorio donde nadie los detiene. Ellos, a su manera, avanzan hacia la frontera buscando los límites de su propia aventura. Como los conquistadores del Lejano Oeste, lo que tienen en común casi todos los personajes de esta trama, El Oso, Galimba, El Corcho, El señor Javier, El Tano, Patricio, es que nunca se detuvieron en la persecución de lo que deseaban, pero porque nunca han encontrado un límite a esa búsqueda. A Patricio le gustaría verse frente al espejo de los pistoleros más valientes y veloces, y tal vez esté bien, tal vez sea ese su espejo. Por eso se detiene allí, donde mejor le place la historia, donde pesan la ductilidad y nada más que eso, o en todo caso los valores morales que cada uno configure para sí. Los Horribles, o como quieran llamarse, quizá no sean más que la prehistoria del western o sus inicios, cuando, aunque no lo supieran, estaban preparando el terreno para ser reemplazados por versiones más sensatas y envueltas en un corset de reglas comunes para todos.

“Somos los indios”, decía El Oso. Pero también somos Solís. O lo que resulte de todo aquello. O lo más importante: lo que querramos ser.

Eso significaría que hay futuro. Quiero creerlo así.

90.

Me mira Patricio. Esta noche ya es insostenible. Llevamos horas envueltos en su humo y en sus historias.

–Preguntá lo que quieras –me dice–. Tal vez sea la última vez que puedas.

Se me viene encima una imagen de *El Padrino*. Es el final de la primera parte, cuando Michael está a punto de ser encumbrado. Su hermana lo acaba de acusar de haber mandado matar a su marido, un bravucón bien desagradable que los había traicionado. Ahora Michael se ha quedado solo junto a su mujer en su oficina. Afuera es de tarde, pero las persianas están bajas y parece de noche o se está haciendo de noche. Michael acopia una seriedad y aplomo increíbles. Lleva puesta una camisa con corbata y tiradores. Enciende un cigarrillo. Su mujer, que lo viene observando en silencio, por fin se le acerca y le pregunta si es cierto que ha matado a su yerno. Michael primero reacciona con enojo, le reprocha que se meta en sus negocios, pero luego vuelve a su posición de templanza y le dice que está bien, que le va a permitir una pregunta, la única y última pregunta.

–Podés preguntar. Una vez –le concede.

Todos sabemos que Michael Corleone ha matado al muchacho y que se lo tenía bien merecido. Pero es su mujer la que pregunta:

–¿Lo mataste?

Cuando todos esperamos la revelación, la confesión final, Michael hace un gesto con la cabeza y lo niega. No, le dice. Definitivamente no. Y la abraza, fuerte.

Para la sorpresa del espectador, la mujer se siente aliviada. Era eso lo que quería o necesitaba escuchar. La negación del crimen. “Los dos necesitamos un trago”, le dice ella, y se aleja de la oficina, pero apenas atraviesa la puerta percibe que algo no está bien, que su marido no le estaba diciendo toda la verdad. La cámara es ahora un plano de ella mirando hacia atrás, hacia el despacho. La vemos observar a Michael, que en ese momento recibe a dos de sus hombres que le besan el anillo y lo llaman Padrino, porque es en lo que se está convirtiendo. En El Padrino. Entonces uno de los matones se acerca hasta la puerta y la empieza a cerrar, despacio, y esa puerta nos irá fundiendo en su oscuridad, de la que queda ajena su mujer y también nosotros.

Se me viene a la cabeza la enfermedad que me reveló Patricio hace poco. Ese problema que lo obliga cada tanto a internarse en el infierno, junto a su promesa de retirarse de todo, en la que me resisto a creer. Me

acaba de conceder una última pregunta y tal vez lo diga en serio y sea la última vez. Pero no pienso hacérsela. No voy a darle el gusto. Esto no es Hollywood ni una crónica del policial negro.

Ha llegado el momento de irse. De dar por terminada esta noche. Me levanto para retirarme, pero cuando lo estoy haciendo Patricio me pregunta si se me ocurre cómo llamar a su libro. El mozo que nos merodeaba ya se ha ido. Las únicas luces encendidas en el salón son las nuestras. No hay ningún sonido a nuestro alrededor. Hasta el conserje del hotel debe estar esperando que nos vayamos a dormir de una buena vez. Estoy tentado de decirle que ya tengo su título, que lo tuve desde el principio, que siempre lo supe, pero le digo que ya es tarde y que voy a pensarlo. Camino hacia la salida y antes de salir del salón fumador giro para verlo una última vez. Me da la espalda y el sillón apenas me deja ver sus pelos canosos algo revueltos reflejados en la luz de la lámpara. Veo que se recuesta hacia un lado, claramente cansado. Quién sabe, puede que finalmente haya dado un paso al costado y en verdad se retire. Hasta puede que publique su libro.

Cuando salgo del hotel deben ser las tres de la madrugada o más. Afuera es una noche espléndida y silenciosa. Corre una brisa suave, una bruma de luz patina la noche por encima de los edificios con un gris eléctrico. Ahora tomaré un taxi y me iré a dormir un rato. O no. Tal vez sea mejor llegar a mi casa y tomar algunas notas de lo que logré memorizar de su casi libro. No quiero hacer más que eso. No quiero completar ideas que deben ser de otros.

Al fin y al cabo, la historia es aquello que podemos recordar de todo lo mucho que se nos escapa.